Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com
© 2022, **Ana Coello**
© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Cristina Zacarías Ribot | Anna Jiménez Olmos

Cubierta
Yamuna Duarte

Maquetación
Elena López Guijarro

Corrección
Liz Quintero

Impresión
PodiPrint

Segunda edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-16942-33-6
Depósito legal: B 5147-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Ana Coello

Tú, nada más

NovaCasa | Zelá

En lo desconocido está el misterio, en el misterio la intriga de seguir, y en ello un mecanismo de protección que se verá afectado por esas ganas de continuar, por la necesidad de volver a sentir que la vida aún tiene algo que dar.

Sin remordimientos
capítulo 1

—¡Puf! Creí que este jodido semestre jamás llegaría —exclamó Rodrigo con hastío, observando, mientras se frotaba las manos, a los estudiantes que iban rumbo a sus aulas.

Marcel le dio una calada a su cigarro mostrando una sonrisa torcida. Sí, todos parecían asquerosamente felices por comenzar el último puto semestre y para él solo era el recordatorio de que ya estaba a un paso de ir derechito a la tumba donde se sepultaría el resto de sus días.

¡Mierda!

Joel, el más alto de los tres, tomó un sorbo de su café y negó en silencio.

—No sé qué puñeteras disfrutas. Estamos jodidos, Rodrigo. Ahora sí se acabó el pretexto de la inmadurez.

El aludido se encogió de hombros. Era ecuánime, sosegado y, aunque disfrutaba de los desmanes y fiestas, sabía lo que quería, hacia dónde iba.

—No necesariamente, Joel. Eres un puto amargado igual que este. —Le dio un empujón a Marcel, riendo—. No todo es ir de cama en cama, de antro en antro y terminar ahogado hasta el amanecer.

—Ah, ¿no? Tú has de pasar la vida en el celibato y encerrado en tu casa —se burló Marcel con sarcasmo.

—¡Vete a la mierda! —rio Rodrigo—. Algún día comprenderás que saber lo que uno quiere no es tan malo. —Su amigo rodó los ojos y dio otra calada.

¡Y un carajo, eso ya qué más daba!

Varios chicos más se unieron conforme trascurrían los minutos. Era simplemente imposible que todos ellos pasaran desapercibidos; ni por su físico ni por su seguridad ni porque se hacían notar de alguna manera.

Aún no salía el sol. El frío a las casi siete de la mañana calaba los huesos por mucho que vivieran en Guadalajara y por mucho que ahí no se conociera la nieve. Pero a ese grupo de jóvenes parecía darles lo mismo estar ahí, afuera de sus aulas, la segunda semana de enero. Gritaban, bromeaban y sonreían sin importarles nada.

Tres chicas, como otras tantas, caminaron frente a ellos por el pasillo. Parecían nerviosas pues dejaban salir risitas y sus movimientos eran rápidos, algo extraviados. Evidentemente eran de nuevo ingreso y, por su pinta, no serían de las que en un par de semanas sabrían sus nombres.

De inmediato comenzaron los codazos burlones, ya que habían apresurado el paso en cuanto pasaron frente a todos, y es que a cualquiera le hubiese intimidado ver esa cantidad de chicos parloteando y aventándose, diciendo groserías, mientras fumaban y hablaban tontería y media. Por no decir que era muy evidente que se trataba de veteranos, cuestión por la cual nada les importaba demasiado.

Una de ellas, un poco más delgada que las otras dos, tropezó justo frente a esos fanfarrones. Por lo mismo, las cosas que traía entre

las manos cayeron y más de uno pensó que su rodilla había resultado lastimada. No obstante, fuera de ayudarla, dejaron salir sonoras carcajadas de burla que hubiesen herido el ego de cualquiera, pero en el caso de esa joven, arrancaron una lágrima que se apresuró a esconder. Se incorporó patosa. De inmediato una de las chicas se acercó, la ayudó a levantarse y, sin verlos, desaparecieron por el corredor.

Rodrigo chasqueó la lengua negando, mientras los demás se aventaban unos a otros en plena carcajada.

—¿Vieron eso? —soltó uno burlándose.

—Pobre, seguro es nueva —respondió otro que aún se reía.

Marcel volcó los ojos. Rodrigo era el típico chico de sentimientos nobles. Sin embargo, tenía cierta vena endiablada pues seguía juntándose con ellos.

—Y sus lentes no sirven para nada, eso sí que es estar jodido —reviró Marcel llenando de nuevo sus pulmones de humo como si fuera lo más obvio del mundo. Así era él: cínico, sarcástico, insufrible, con un físico favorecedor que sabía usar para su conveniencia cuando se le pegaba la gana, y, por si fuera poco, inteligente y sin problemas financieros. No era que los demás carecieran de esas aptitudes, pero como Marcel ninguno de ellos, ni en lo bueno ni en lo malo.

—Algún día estuvimos en su lugar, imbécil.

El aludido rio abiertamente.

—En tus putos sueños, yo cuando entré no lucía así… —Las bromas siguieron hasta que el maestro llegó y todos ingresaron al aula sin chistar.

La mañana pasó aburrida, monótona y llena de invitaciones para la noche. Así era siempre. Gracias a lo que, muchas horas más tarde, Marcel terminó ebrio, llegando de puro milagro a su apartamento en la madrugada. Nadie le diría nada, no existía quién lo vigilara, mucho menos lo retara.

—Creo que para variar tienes club de fans —expresó uno de sus amigos en la cafetería central del campus.

Marcel torció la boca en una sonrisa seductora que jamás fallaba. Siguió la mirada de Lalo. En la esquina, unas chicas que debían ser de primero, lo veían con ademanes de soñadoras, pero no solo a él, sino a varios de los que ahí se hallaban.

Soltó la carcajada cínicamente, les guiñó un ojo y les aventó un beso con sorna.

Una joven, que hasta ese momento notó, levantó el rostro. Era la misma que se había resbalado frente a ellos hacía unos días. Sus mejillas se tiñeron de rojo y, pestañeando, acomodó sus gafas. No era fea, al contrario, aunque no se trataba de una mujer que lo atrajera en lo absoluto, no debía pasar de los dieciocho, aunque si le decía que tenía diecisiete, le creería. Cabello castaño recogido en una trenza desordenada, tez blanca, boca de corazón y naricita respingada. El color de ojos, ni idea… Sin embargo, lucía demasiado infantil, inmadura y aburrida, muy aburrida.

Elevó una comisura de la boca con pedantería. Lo suyo no eran las niñitas con pinta de no matar una puta mosca, sino las de su edad en adelante. Eso de las rabietas y tarugadas del estilo lo hastiaban de inmediato. Por otro lado, la experiencia y sensualidad aumentaba con el pasar de los años y, a él, eso le fascinaba, nada como una chica atrevida, osada, que se aventurara con decisión.

Las miradas continuaron algunos recesos más durante la semana. Respondían todos de la misma manera y parecía que eso les agradaba, pues aunque tenían el tipo «intelectual» reían bobaliconamente. Bueno, no todas, por ejemplo, la que se había sonrojado aquel día, vivía con la nariz clavada en un libro que no tenía idea de qué iba, pero que parecía mantenerla bastante intrigada porque ni pestañeaba debido a su interés en las letras.

El lunes llegó, otra vez. Odiaba ese puto día, pero no tenía de otra salvo pasarlo y rogar por que el maldito viernes apareciera.

Efrén, hermano de su padre, ya le había marcado para felicitarlo por estar tan próximo a ser lo que todos esperaban. No le

agradaba en lo absoluto recordarlo. Hacía años que se había desentendido de eso y creyó que nunca llegaría el negro día en que tuviera frente a él su gris y opaco futuro. Pero estaba equivocado.

Iba maldiciendo entre los pasillos rumbo al estacionamiento cuando escuchó un quejido lastimoso proveniente de uno de los salones. Enseguida, voces masculinas que reían, gritaban y se burlaban. Con las manos dentro de los bolsillos de los *jeans* se detuvo enarcando una ceja.

—No te hagas, cuatro ojos, con esa boquita seguro te sale estupendo, hasta te va a gustar…

¡Guou!, ¿hablaban de lo que creía? Esperó, no era partidario de meterse en problemas, regularmente los ignoraba, pero tampoco se iba a ir de largo así nada más sin asegurarse de que no era lo que estaba pensando.

—Dame mis lentes… ¡Déjenme! Ya, por favor —rogó la vocecilla más tierna que hubiese escuchado.

—No, no, no. No has entendido; o nos haces los trabajos o sabrás lo que es dar placer a cuatro y al mismo tiempo.

Marcel abrió los ojos bufando de enojo. ¡¿Era en serio?! ¡¿Algo así de humillante estaba ocurriendo en ese puto plantel?! Prendió el celular, activó la cámara, acto seguido entró y grabó a los bastardos hijos de puta que acosaban a la chica, mientras esta permanecía pegada a la pared, supuso, porque no podía verle el rostro, aunque sí sus manos alzarse para intentar agarrar sus gafas.

—Bravo —y aplaudió cuando estuvo completamente seguro de tener las pruebas contra ese grupo de animales. Los acosadores giraron de inmediato, furiosos. Sus edades promediarían a lo sumo los diecinueve, pero exhibían unos rostros de depravados haraganes que no podían esconder.

—¿Y tú qué, imbécil? —dijo uno, mientras otro ocultaba por completo a la joven.

—¿Yo qué? ¿Esa es buena pregunta? —Dos dieron un paso hacia él. Los miró de forma inescrutable. Hacía mucho que el

miedo había desaparecido de su vida, pues cuando no se tiene nada que perder, nadie a quien amar, nada puede lastimarte—. No se muevan, idiotas. Resulta que el rector es mi tío y, bueno, ahora mismo le está llegando el video… —Alzó el móvil, riendo con cinismo. Fingió mandar algo. Enseguida palidecieron.

—No es verdad, ¡y no te metas! —rugió un niñato al que su cabello oscuro le tapaba casi todos los ojos.

—Bueno, si no me creen, lo harán en unos minutos… Cuando venga hacia acá para expulsarlos… —se cruzó de brazos arqueando una ceja, indolente. Entre ellos se miraron dudosos. De pronto, quien tapaba a la chica, se quitó. Notó algo desconcertado, un poco intrigado, que se trataba de la chica que vivía sumergida en el libro en la cafetería.

Las lágrimas salían, mas no era llanto. Se limpiaba las mejillas pestañeando, evidentemente nerviosa. Marcel mantuvo su expresión impávida.

Al pasar aquellos abusadores a su lado tomó a uno por la camisa, el que estuvo bravuconeando. Lo levantó levemente y acercó el rostro de él al suyo, dejándolo pálido.

—Conozco gente a quien le encantaría mantener tu asquerosa boquita bien ocupada, así que más vale que no te vuelva a ver… Hijo de la gran puta.

El chico asintió nervioso, sudoroso. Lo soltó y de inmediato salió corriendo.

En cuanto estuvo seguro de que se habían alejado, guardó el móvil y giró. La joven ya se ponía los anteojos y recogía sus cosas. La observó desde su posición. Era demasiado delgada, aunque tenía lindo cabello, muy natural y una piel como porcelana.

—¿Tienes auto? —se escuchó decir con tono amargo, sentía ácido en la garganta. Ella negó encarándolo. Su naricilla estaba enrojecida, y seguía limpiándose las mejillas con la manga de su suéter violeta—. Vamos, te llevo —con un ademán le indicó que lo siguiera.

—No… Yo…

Sí, demasiado tierna esa voz. Sacudió la cabeza, irritado.

—Dije que te llevo;¿o preferirás que esos chicos te estén esperando por ahí? —No era de mucha paciencia, tampoco un alma samaritana, así que no le rogaría. Avanzó, consciente de que la flacucha, como la apodó en su cabeza, iba detrás. Llegó a su *pickup* doble cabina gris plata y subió. La chica abrió, cautelosa.

—Yo…

Marcel prendió el motor haciéndolo rugir sin mirarla.

—O subes o cierras, tengo un hambre de perros —bramó, prendiendo la radio. Al momento de entrar y encender la camioneta, conoció el aroma agradable de aquella flaca chica, pues un leve olor a cítricos le llegó a la nariz.

Salió del campus sin dirigirle la palabra.

—No sabes dónde vivo —murmuró la joven con ese tono dulce. Apenas si la escuchó, ya que Kasabian a todo volumen no ayudaba. Se encogió de hombros virando la camioneta.

—¿Para qué? —cuestionó, dándole pequeños golpes al volante al ritmo de la música. Se percató del momento justo en el que ella elevó el rostro y lo miró. Le importó una mierda.

—Yo… Yo debo llegar a casa… —su voz se quebraba.

—Después. Te dije que ladro de hambre… Ahora quiero comer. —De reojo notó cómo se acomodaba un mechón de su trenza castaña ya un tanto deshecha debido a lo ocurrido.

—Por… Por favor —rogó. Apagó el sonido de un manotazo y justo en un alto la perforó con sus verdes ojos.

Era realmente imponente, y muy guapo si era sincera, pero parecía duro, rudo.

—Escucha, creo que un «gracias» sería educado. Sin embargo, me importa un carajo tu agradecimiento. Me debes una y vamos a mi casa, no más discusión… Aunque siempre puedes bajarte en este puto momento y mañana averiguar si esos hijos de perra no retomarán lo de hoy.

Por supuesto no lo harían. Era mentira lo de su relación con el rector, pero por la tarde le marcaría a uno de sus asesores que sabía que tenía estrecha relación con él y le mandaría el video.

¡A la mierda si imbéciles como esos continuaban ahí! Aun así, definitivamente no se desviaría para llevar a la flacucha a su casa.

Cuando la vio de cerca, notó que de verdad no era nada fea, al contrario. Una idea morbosa se formó en su cabeza al ver su dulce semblante. El rubor de las mejillas de la joven le hizo saber que estaba avergonzada, además de llorosa. Sin más, la chica se giró y perdió la vista por la ventana. Para su asombro no dijo nada más el resto del trayecto.

Llegaron al apartamento donde vivía treinta minutos después, ya que era la hora de más tránsito en la ciudad y todo se volvía un caos. Estacionó la camioneta en la cochera subterránea.

—Gracias… —susurró ella yendo a la salida. Marcel giró sus ojos hacia arriba. No, esa flacucha no se iría así, sin más.

—Come algo y te vas… —se detuvo vacilante—. Tenías facha de ser educada… —la pinchó chasqueando la boca y caminando rumbo al elevador. La escuchó resoplar por detrás. Sonrió. Entraron al aparato metálico en silencio. Un minuto después las puertas se abrían en el piso diecisiete. Ingresó la llave en el número treinta y cuatro, oyó cuando ella cerró despacio—. Hay *pizza*… De ayer… Siéntate —ordenó, abandonando la mochila en el descanso del pulcro piso blanco y metiéndose enseguida en la cocina que se encontraba justo después de la ancha barra que fungía de comedor, aunque había uno que sí lo era. Obedeció, taciturna, en silencio—. Toma —dejó un plato sobre la mesa con un trozo recién salido del microondas y una gaseosa. El aparato volvió a sonar, sacó dos trozos y se ubicó frente a ella recargando su brazo con desgarbo sobre la superficie de granito.

—¿Cómo te llamas? —la cuestionó al ver que veía su comida con un poco de desagrado. La joven alzó los ojos, eran color miel revolcados con azul marino. Jamás había visto algo así; llamati-

vos, redondos, como dos lagunas turbias y cristalinas. Lo cierto era que en conjunto era muy bonita, sin embargo, los pómulos se le marcaban bastante, y las leves ojeras no le ayudaban mucho.

—Anel…

Alzó las cejas devorando su segundo trozo.

—¿No piensas comer, Anel?, ¿o estás a dieta como todas las mujeres? —La chica agarró el pedazo y le dio una mordida diminuta. Casi soltó la carcajada—. ¡No inventes!, estás tan flaca que pareces de doce… —notó que se tensaba, ahí, frente a él, y dio una mordida más grande, masticando a conciencia.

—¿En serio conoces al rector? —preguntó una vez que pasó con esfuerzo el bocado. Su vocecilla lo sosegaba de una manera extraña, además, parecía que no conocía tonos más altos. Metió otro par de trozos a calentar, negando sin verla.

—Pero los expulsarán, sé qué hacer…

—Gracias… —murmuró.

—No me las des. No hago nada gratis —soltó sin más, encarándola fijamente. Ella perdió la mirada, descolocada—. Tranquila, no pretendo hacerte ninguna salvajada. Sí te dije que pareces de doce, ¿verdad?

—Sí…

Apenas la escuchó.

—¿Qué estudias?

—Derecho —dio otra mordida ridícula a su comida.

—No tienes la pinta… —Anel rodó los ojos y continuó sin verlo. De pronto, minutos después, le quitó el plato y lo aventó al fregadero—. Ven —le dijo al tiempo que se sentaba en un sillón negro enorme con cojines oscuros en el respaldo. Se dejó caer y prendió el televisor sin darle importancia. La chica se acomodó a su lado con una distancia prudente estudiando el lugar—. Mierda, ¿siempre luces tan tensa? —Anel volteó aturdida. Marcel ya se había incorporado, estaba a unos centímetros de su rostro—. Esperas lo peor de mí… Así que no tengo mucho

que perder… ¿Qué harías si te beso? —la desafió, divertido. La situación que él mismo había propiciado era de lo más extraña, pero por alguna extraña razón comenzaba a agradarle.

Instintivamente se hizo hacia atrás. Él rio abiertamente. Sin pensarlo, acortó la distancia pues ella ya había chocado con los cojines y posó sus labios sobre los suyos con suavidad. No tenía puta idea de qué mierdas hacía, eso no estaba planeado; ni siquiera lo deseaba, pero verla con esa fría ternura, le provocó unas ganas asombrosas de corromperla, de probarla, de que se diera cuenta de que no era color rosa después de todo.

No se apartó, no chistó, ni siquiera intentó quitárselo de encima.

Sabía a fresco, su aliento era agradablemente limpio, y sus labios… Dios, sus labios eran enfermizamente suaves, como dos bombones expuestos al sol de pleno verano. No se movían, aun así, se mostraban dispuestos.

Estaba casi sobre ella sin tocarla, con sus brazos a los lados de ese delgado dorso. Su respiración se sentía agitada. No dudó, atrapó uno de esas carnosas nubes y la humedeció con la lengua de manera sensual. La escuchó emitir un gemido, sorprendida, luego hizo lo mismo con el otro.

Abrió levemente los ojos sintiendo los párpados muy pesados. Anel no lo veía. Él sonrió para sí, complacido. Cuando por fin la chica en cuestión se abandonó, sintió la necesidad absurda de dejarse ir, de…

Se apartó de inmediato molesto, enojado. ¡¿Qué carajos hacía?! No era un puto quinceañero.

—Tengo cosas qué hacer —zanjó dejándola perpleja, ahí, recostada aún con los labios entreabiertos sobre el sillón—. Toma —y sacó un billete de su cartera—. El portero te pedirá un taxi.

Anel se enderezó con las mejillas, o, mejor dicho, los pómulos encendidos. Iba rumbo a su habitación, pero se detuvo. Ella ya se levantaba notablemente nerviosa, perdida por la misma situación

—Esto no pasó y tú y yo fuera de aquí no nos conocemos… Evítame si es posible…

La joven asintió temblorosa.

Marcel dio vuelta en aquel pasillo y entró en su recámara aventando la camiseta de manga larga oscura que llevaba a un sillón gris. *Soy un imbécil*, se reprendió. En primera; ¿para qué mierdas la había llevado a su casa? Y luego… ¡¿Eso?!

Sacudió la cabeza de pronto, entre risas. ¡Bah!, no hizo nada malo tampoco, la chiquilla no se resistió y por si fuera poco sabía delicioso.

Dejó los remordimientos de lado sin dificultad. Sacó su móvil del bolso sonriendo torcidamente mientras se adentraba al baño, una ducha le vendría bien, pero antes que nada debía ocuparse de esos degenerados. Gente así no debía siquiera estar pisando las calles.

Entorno negro
capítulo 2

En el taxi iba retorciendo sus delgados dedos, a punto de colapsar. ¿Qué había sido todo eso? Se tocó los labios con la yema pestañeando aturdida. Resopló mientras el auto serpenteaba la ciudad. Su casa no quedaba muy lejos.

Marcel, como sabía que se llamaba por Mara, una de sus amigas, que como las demás, se derretía por todos esos chicos que se reunían en la cafetería central a gritar, parlotear y demás; le acababa de dar su primer beso. Sonrió, turbada, desconfiada. Eran guapos, de último año y, por supuesto, a ella también le gustaban, aunque prefería no mirar el mundo que la rodeaba. La gente era desprendida, egoísta, lastimaba, sin importar nada y no deseaba más heridas de las ya existentes.

Aún seguía temblando cuando entró en su casa ubicada en una zona exclusiva del área metropolitana que colindaba con la zona donde estaba el apartamento de ese chico que le había robado un beso y algo más… *El aliento,* aceptó un tanto abochornada. Su exis-

tencia era tan gris y opaca que lo que acababa de suceder era como si una bengala hubiese iluminado por un segundo su entorno negro.

Hacía una semana que habían entrado a clases. Nada era diferente de lo que su vida solía ser. Las ganas de desaparecer ahí seguían, la ansiedad por lograr evadirse continuaba y la esperanza de que algo cambiara, también.

Abrió la pesada puerta de madera. La opulencia en la que vivía era patética, asfixiante, abominable. Desde que su madre se había casado con ese tipo, ya todo iba de mal en peor y parecía que cada vez se alejaba más el día de que tuviese un retorno.

El malestar provocado por esos chicos en el aula aún continuaba atorado justo en medio de su garganta. El sabor amargo de saberse tan expuesta, nuevamente, ante imbéciles que lo único que deseaban era alardear, la cimbró más de lo que hubiese deseado. Justo cuando pensó que algo realmente malo pasaría y el terror hizo que se mordiese la lengua tanto que hasta le sangró, llegó él.

Todavía sentía esa marea de alivio cuando lo había escuchado decir todo aquello. Odiaba el miedo, pero era lo único que sabía hacer: temer. Después, de alguna manera, su hostilidad, su firmeza, su gesto inescrutable, le brindaron la certeza que ansiaba en ese momento de tanto pavor.

Lo había seguido sin chistar pues no deseaba averiguar si esos tipos la esperaban por ahí. Luego, cuando no la llevó a su casa, tenía que confesar que había sentido cierto alivio. No era el sitio que más le gustaba, sino todo lo contrario, y alejarse de ahí con el pretexto que fuese le parecía buena idea. Pero, además, estaba la forma en la que él se manejaba, la seguridad que proyectaba.

Era un chico atractivo, cabello oscuro, casi al ras del cráneo, de ojos verdes, enormes, cejas muy pobladas, mirada dura, nariz ancha y boca grande, fuerte. Barba incipiente, no más de uno ochenta y cinco, complexión media notoriamente apetecible y bien torneado, o por lo menos así lo catalogaban Mara y Alegra. No había sido muy sensato ir a su apartamento, debía aceptarlo,

menos dejarse manejar de esa forma… Pero a últimas fechas ya todo daba lo mismo…

—¿Dónde estabas, Any? —Cleo le preguntó en susurros cuando atravesó la puerta de la cocina. Se trataba del ama de llaves y cocinera de aquella repugnante mansión. Any se encogió de hombros agotada—. Tu madre preguntó por ti…

—Tuve que hacer algo en la universidad —le daba igual si la regañaban, si la castigaban, si…

—¿Comiste?

Se detuvo dubitativa. Evocó con una sonrisa la *pizza* que Marcel le había ofrecido. Odiaba con toda su alma ese alimento, pero tampoco podía nombrar alguno que le gustara en particular. Salvo el helado de cereza o menta con chocolate, los plátanos y el pastel de tres leches, nada le agradaba, no desde hacía mucho tiempo, no desde que comer se había tornado una tortura y espacio para reclamos, gritos, arrumacos asquerosos y peleas. Al final asintió sin girar. No tenía hambre.

Al llegar a su habitación, justo cuando iba a tomar el pomo de la puerta, una mano dura que reconoció de inmediato, rodeó su cintura. El pánico regresó y el ácido en la garganta la quemó como si de fuego se tratara. La quitó de un jalón respirando agitada.

—¿Por qué no nos acompañó en la mesa, mi caramelito?

Lo detestaba, lo odiaba como nunca odiaría a nadie más. El típico sudor regresó, así como los temblores.

—Tenía… Tenía que hacer unos trabajos. —Recargó su espalda en la puerta buscando la manija para abrir. El hombre sonrió de esa forma que la aterraba, que aborrecía. Las malditas náuseas aparecieron y sus dientes comenzaron a chirriar al tiempo que el sabor de su saliva se volvía amarga. Alto, fornido, cabello rizado y pulcramente peinando, siempre inmaculado con

sus trajes de marca y tan cerdo por dentro. La repugnante mano se acercó a su antebrazo rozándolo con el dorso. Anel tragó saliva con ansiedad.

—En la cena será entonces, Caramelito.

Lo observó alejarse con las piernas a punto de doblarse. Entró en su recámara casi hiperventilando, con la cabeza martillando a tal grado que creía que explotaría, eso sin contar las enormes ganas de devolver el estómago que la invadían, pues la bilis subía y bajaba con ardorosa efervescencia.

Desde que se había casado Analí, hacía más de tres años, ese hombre se había convertido en su todo. Por él respiraba, reía, actuaba y pensaba. Ary y ella habían sido hechas a un lado sin contemplaciones, pues Alfredo —nombre del repulsivo tipo que se le acababa de acercar y marido de su madre— la absorbía y le lavaba la cabeza con que era un encanto.

Su hermana mayor, Ariana, los ignoraba. Hacía un año de su graduación en Diseño y pasaba todo el día fuera de casa trabajando, además, ese hombre jamás la había mirado como a ella. Desde la primera vez que la vio, en la casa donde solían vivir, con apenas trece años, la contempló de una manera que le puso los vellos de punta.

Cuando se casaron, comenzó a acercarse de manera más… Atrevida. Le insinuaba cosas, se sabía vigilada. Intentó más de una vez decírselo a su madre, que solía escucharlas, hablarles, quererlas. Nunca le hizo caso, y, al contrario, lo que ganó fue una especie de resentimiento que crecía día a día. La empezó a humillar en público, a burlarse de su apariencia, de su andar, de lo que decía… A menospreciar. Y a pesar de que Ariana le decía que no le hiciera caso, eso hizo mella en su autoestima, en su interior resquebrajando de a poco su alma, lo que en realidad amaba.

El hombre seguía viéndola de esa forma lasciva que la hacía temblar. Si por algo su mamá lo hallaba cerca de ella, sabía bien

que todo terminaría de forma desagradable, pero si osaba decirle que él era quien la buscaba, las cosas se tornaban violentas. Por lo mismo, las comidas eran un suplicio, ese tipo solicitaba, por lo regular si sabía que estaba en casa, que los acompañara. Frente a su plato, no lograba pasar bocado pues solía estar bajo ese par de miradas que la intimidaban de diferentes maneras.

No se maquillaba, en realidad no se preocupaba por embellecerse, esperanzada con que eso lo ahuyentara, que no la viera de esa manera, pero tal parecía que sus esfuerzos no surtían el efecto deseado: Alfredo seguía avanzando en sus intentos.

Dormía con la habitación bajo llave. Se duchaba muerta de miedo. Nadie sabía lo que vivía a diario. Intentó al principio huir, era menor de edad y su madre la recibió furiosa. Luego, le rogó que la mandase a algún internado, pero su padrastro se negó y Analí no dijo más. Contactó a su padre, él era de Chicago, lugar donde ella y Ary habían nacido, pero que, sin haber cumplido siquiera el año, dejaron pues no se soportaban y no lograron una vida juntos. No lo veía, se hacía cargo de sus gastos a través de su madre, pero con él hablaba una vez al semestre. En esos momentos le pidió que la alojara allá. Se negó ya que tenía una familia y no veía cómo podrían convivir.

Su tía, Nuria, una hermana de Analí, era más hueca que una piscina sin agua. Vivía en quirófanos y salas de belleza para mantener bien atado a su millonario marido. Laura, su otra tía, era una mujer que tenía un alto puesto en una compañía de comercialización de *software* por lo que viajaba todo el tiempo, aunque con frecuencia se iba a dormir a su apartamento y lograba relajarse. Ella era agradable, extrovertida, sonriente, aun así, no se había atrevido a decirle nada de nuevo. Primero: porque temía. Su madre la tenía más que amedrentada para que no estuviera repitiendo esas «tonterías» tal como las creía. Segundo: nadie le creería a una chica tan insignificante, tan poca cosa, que un hombre como ese la acosara. Y, por último, porque tenía pánico

de que, al verse descubierto, al fin cruzara la línea y le hiciera algo que de verdad la marcase.

Se duchó, como siempre, con lágrimas en los ojos. Se puso un pantaloncillo deportivo holgado y se dispuso a hacer sus deberes.

Ni estudiando lo que su madre deseaba la agradaba. Frustrada, vio todo lo que tenía que leer y que le parecía por demás aburrido. Debía buscar la manera de irse. Sin embargo, Analí le había advertido que no quería saber que buscaba un trabajo cualquiera, que su esposo tenía una reputación que cuidar y que ni se le ocurriera irse de la casa como una fulana sin educación, pues la encontraría y haría que regresara truncándole todos los planes. Alfredo era un hombre al cual «el qué dirán» le importaba demasiado, no deseaba verse envuelto en escándalos ya que su familia y apellido eran de abolengo en la ciudad y eso valía mucho, según él. Además, contaba con mucho dinero, así que si su madre se lo proponía, sí, lo cumplirían.

Intentando encontrar sentido a los documentos que debía leer, el tiempo pasó y sin percatarse, cayó profunda sobre el escritorio.

—Any… —era Cleo.

Alzó la cabeza desorientada. Casi no dormía, no cuando su madre estaba fuera de la ciudad, ya que debido a su trabajo eso sucedía con cierta frecuencia y esos días era justo lo que había ocurrido.

—¿Qué pasó? —preguntó bostezando.

—Me mandaron a decirte que la cena ya está servida. Baja, evita problemas.

Asintió desganada. Sin pasarse un cepillo por la cabeza llegó al comedor. Ahí estaban los dos. El hombre le sonrió lujurioso, gesto que ignoró deliberadamente. Su mamá rodó los ojos ante su aspecto desparpajado.

—Eres una facha. En serio, Anel, das lástima… Péinate por lo menos. —La joven no dijo nada, agachó la cabeza asintiendo—. Así dudo que algún día alguien se fije en ti… Pero es tu proble-

ma. ¿Verdad, amor mío? —Y su tono cambió por uno meloso y empalagoso.

—Comamos, preciosa… Después debemos recuperar el tiempo perdido.

Anel casi vomitó sobre ellos. Se besaron como si no existiera mañana, ahí, frente a ella. Su muestra de afecto era molesta, no lo hacían frente a nadie más, solo cuando se encontraba ella sola. Escuchaba los chasquidos de la saliva, los gemidos asquerosos. Jugó con la sopa hasta que la pareja se levantó varios minutos después, ya que cenaron y se cenaron al mismo tiempo.

—Como siempre, te haces la víctima… Sabes que no caeré en tus chantajes. Si no quieres comer, no comas. Solamente te diré que con cada kilo que pierdes te ves aún peor, Anel. Pero es tu salud… Ya sabrás tú con tu autoestima hasta dónde llevas esto. —Avanzó, contoneando las caderas al tiempo que Alfredo la seguía. Ya casi desparecían cuando él giró y le guiñó un ojo. La joven recargó la cabeza en el respaldo con los puños apretados bajo la mesa, ya ni ganas de llorar tenía.

Cleo la observó desde el umbral negando. En esa casa todo estaba tan torcido que dudaba de que las cosas salieran bien.

La noche estuvo atiborrada de pesadillas; chicos que abusaban de ella, una mano enorme que la toqueteaba y unos brazos que la envolvían logrando alejar, con mucho esfuerzo, todo aquello de su débil espíritu. Solía sucederle, aunque jamás nadie la hacía sentir «segura» como en esa ocasión. La transpiración provocada por la mala noche y las repetidas imágenes detestables, empaparon su ropa como si una cubeta llena de agua se hubiese derramado sobre su esbelta figura, tanto que se duchó nuevamente.

Por la mañana el frío calaba y, abrazándose a sí misma, bajó del auto que el chofer, impuesto por aquel hombre, conducía y tenía a su disposición y al cual usaba muy poco.

El día pasó sin nada interesante, lo común en su vida. Sin embargo, sí estuvo alerta de no encontrarse con esos chicos que

la mañana anterior le dijeron cosas tan humillantes. En cuanto a Marcel, le quedaba muy claro que no se lo volvería a topar salvo en la cafetería cuando sus amigas babeaban por esos chicos y él mientras ella leía a José Saramago. Si su vida era deprimente, *Ensayo sobre la ceguera* lo era aún más, así que por lo menos no se sentía tan miserable.

—Son unos bombones —parloteó Mara sorbiendo de su jugo.

—Y ya se dieron cuenta de que eso es justamente lo que piensas —le reclamó Alegra.

—Ash, tú tampoco dejas de verlos —rezongó.

—Ni medio campus.

Anel rodó los ojos y continuó su lectura. Absorta en aquellas hojas reflexionó en lo que la mente podía crear cuando no se contaba con la vista… Lo que el mundo se distorsionaba cuando algunos de los sentidos no existían. Así, evadiéndose, era como lograba pasar los días, las horas, el dolor y el vacío.

—¿Y tú?… ¿No te gusta ninguno?

Negó sin levantar los ojos mientras bebía de su malteada.

—¿En qué vas? —le preguntó Alegra acercándose. Pronto comenzaron una discusión sobre el libro olvidándose de lo que a su alrededor ocurría. Si había besado al hermoso chico el día anterior, parecía ni siquiera recordarlo, vaya, de hecho, lo enterró tan adentro de su memoria que de verdad le daba lo mismo. Aunque si era sincera, aún podía evocar la dureza y gentileza de sus labios sobre los suyos. Sonrió, discutiendo con sus amigas sobre el texto.

Iba caminando por los pasillos rumbo a la salida después de haber hecho eso que tanto le gustaba por unos minutos, cuando unos brazos la jalaron dentro de un salón. Tembló llena de pánico. No de nuevo. Al ver esos enormes ojos aceituna tan cerca de los suyos, soltó todo el aire contenido como si de un globo se tratase. Marcel. No supo si reír, llorar o qué…

—Te veo a las cinco en mi apartamento —ordenó, musitando muy cerca de su piel.

Anel intentó alejarse. ¿Era en serio? El chico veía su boca y sus ojos. Parecía nervioso, no deseaba que nadie se percatase, compendió resentida, un tanto dolida.

—No…, no.

De pronto se irguió y enarcó una ceja mirándola severamente.

—No detecté la pregunta en lo que te dije. Si deseas saber lo que les ocurrió a esos tarados que ayer te acosaron, ahí estarás… Y si… —susurró contra su oído—, y si no quieres que lo sucedido en ese salón se sepa, no fallarás.

Anel palideció. No se atrevería. Pero al ver su semblante supo que no bromeaba. Un segundo después salió de ahí sin decir nada dejándole las piernas como gelatina.

Pasó saliva ansiosa, con las palmas sudorosas. ¿Qué era todo eso? Recargó su cabeza en el muro. Era todo un imán para imbéciles, aunque ese, en particular, no le desagradaba, al contrario, pero de que era uno, lo era.

Sacudió la cabeza con una sonrisa boba, no tenía nada que perder. Total, sabía qué clase de chico era y ella no era ninguna ingenua, o bueno, no tanto. Algo distinto podía ser interesante.

Poco después de la hora en que la citó, llegó. Demoró unos minutos más, pues, leyendo, el tiempo se le había escurrido sin percatarse. De pie ante el umbral, el guardia del edificio la vio y de inmediato le abrió.

No tenía idea de por qué había accedido. No debía prestarse a ese tipo de juegos, menos de chantajes. Sin embargo, algo en su ego se infló al saber que él deseaba verla nuevamente.

Sí, ese era el motivo por el que se encontraba ahí.

En cuanto las puertas del elevador se abrieron tragó saliva respirando agitadamente. El apartamento estaba abierto. Entró con las manos entrelazadas frente a su cadera.

—Llegas tarde… —soltó Marcel, sentado en el gran sofá, en el que el día anterior la había besado, jugando con la consola algún juego de carreras.

—Lo… Lo siento, tuve que…

—Da igual, ven, toma un control. —Se acercó lentamente. Él le tendió uno sin verla. Lo agarró de inmediato—. ¿Ves ese auto rojo? Soy yo… Tú serás el gris… Estos sirven para moverte, así giras y aquí frenas… ¿Ya? —Anel abrió los ojos sin entender nada—. Listo… Ya estás en la carrera —giró al televisor con el comando entre sus delgados dedos y comenzó a picarle sin sentido—. Te saliste de la pista, Anel… —Lo miró un segundo y de nuevo se centró en la pantalla. ¿Sí? Ni siquiera sabía qué auto era, había más de uno gris. Marcel la sujetó por el codo e hizo que se acomodara a su lado—. No eres mala, eres malísima —soltó, deteniendo el juego. Ella no alzó la vista pues sus grandes manos se acercaron a las suyas, así como también su cuerpo. La calidez que emanó la alertó sin poder evitarlo. El chico comenzó a explicarle cada cosa con burlona paciencia mientras asentía ante cada instrucción dicha—. Ahora… ¿Empezamos? —quiso saber enarcando una ceja, se atrevió a girar. Él estaba a un par de centímetros—. Me agradas. No parloteas ni te la vives quejándote… —expresó sereno. Se encogió de hombros y reanudó el juego.

Una hora después Marcel reía a pierna suelta sobre el sofá con una mano en su plano abdomen.

—En serio, eres un caso perdido.

La joven lo estudió con las mejillas enrojecidas, por mucho que lo intentara no lograba mantener al auto sin estamparse con otro o dentro de la pista, definitivamente era más difícil de lo que parecía.

—Nunca había jugado —admitió con voz queda. Marcel sacudió la cabeza negando al tiempo que se erguía.

—Eso me quedó claro, pero tampoco se necesita ser brillante.

Anel desvió la vista incómoda ante la crítica. Su apartamento era agradable, muy moderno, en realidad, no cargado de cosas, ni de colores. Negro, blanco y madera oscura era lo que ponderaba, espacios abiertos y grandes ventanas cubiertas por cortinas blancas de gasa. Vivía solo, comprendió de pronto.

—¿Te gusta? —escuchó detrás de ella. Volteó y, al hacerlo, él, ahí, a un par de centímetros. Fue evidente que no lo esperaba ninguno de los dos. Sintió su aliento sobre sí; cigarro, pasta de dientes, colonia. No olía mal, no como pensó que olería alguien que tuviera ese vicio, al contrario, le daba curiosidad volver a sentir su sabor sobre sus labios.

—Sí —dijo, perdida en su boca.

En un instante tenía al chico devorándola sin tregua. Pestañeó aturdida, embelesada, maravillada. La lengua de él, sin más, ingresó en su cavidad, tomándola por sorpresa. Quiso retroceder al sentirlo. La mano de Marcel tras su nuca y acunando parte de su mejilla, se lo impidieron.

Era extraño, placentero, intimidante. Sus alientos se fundían sin que pudiese evitarlo. Aferró con dedos débiles su muñeca y, sin más, se dejó llevar por sus exigencias. Abrió más los labios permitiéndole robar todo lo que en su interior había.

Respirar comenzó a costar trabajo, pensar ni se diga… Eso ni siquiera lo intentó. No supo si fueron segundos u horas, lo cierto era que no deseaba que terminara. El oxígeno empezó a escasear y mantener llenos los pulmones se convirtió en una tarea complicada. Intentó alejarse, sintiéndose de pronto con mareos. Él se percató y, jadeando, dejó de besarla no sin antes succionar por última vez con ansiedad uno de esos elixires dulzones.

Permanecieron en silencio casi un minuto sin dejar de verse. Marcel agachó la cabeza rompiendo el contacto, frotándola con sus manos, ansioso y se levantó.

—Tengo cosas que hacer…

La chica comprendió lo que sus palabras querían decir y se puso de pie con las palmas sudorosas. ¿Por qué se portaba así?

—S-sí… Yo…

Marcel se sentía irritado, molesto consigo mismo. La había citado porque, maldita sea, no pudo dormir evocando sus labios y lo patán que se había portado. Deseaba contarle que esos imbéciles no regresarían al campus. Pero como si fuese un animal, un gran hijo de puta, la atrajo con ruines chantajes, por si fuera poco, no se pudo resistir y terminó de nuevo sobre ella intensificando ahora más que el día anterior el beso. ¡Y es que una mierda!, sabía delicioso, como un chocolate derritiéndose a puto fuego lento.

—Será mejor que te vayas, espero a alguien y… —Anel sintió ganas de llorar. Aun así, logró que no saliera ni una lágrima—. Escucha, tú no eres el tipo de chica que me gusta, mucho menos del tipo con el que suelo estar —esa estocada dolió aún más. Pestañeó, desviando la mirada al tiempo que asentía—. Además, pareces una chiquilla y ni siquiera sabes besar.

No aguantó más. Se dio la media vuelta, humillada, y salió de ahí sin decir nada.

Marcel se dejó caer sobre el sillón, furioso, dándole un golpe a la superficie demasiado irritado. Era lo mejor. Ni él necesitaba una niña así a su alrededor, ni ella un tipo tan complicado, tan amargado. Seguro su vida rosa y libros le decían que las cosas siempre terminaban así: con finales asquerosamente felices y él mejor que nadie sabía que eso era una mierda. Estar solo era lo mejor para no sufrir, para no decepcionar, para… No necesitar a nadie.

Condiciones
capítulo 3

La semana terminó y no volvieron a verse, no de esa forma por lo menos. Marcel se sentía irritado todo el tiempo, molesto, por lo mismo decidió que meterse con un par de chicas del campus y terminar el fin de semana ahogado en un antro, eran la solución perfecta, y así lo hizo. Sin embargo, esos labios en forma de corazón seguían inmiscuyéndose en sus sueños y en más de una ocasión había terminado excitado y bajo la ducha en plena madrugada, maldiciéndola en silencio, y otras no tanto, pues buscaba su propio desahogo. La veía poco, pues en la cafetería no siempre coincidían y tampoco la buscó para ver dónde se hallaba esa chica tímida y flacucha que no entendía por qué no se iba de su mente de una jodida vez.

El lunes la vio pasar sin poder evitarlo, pues sus caminos se cruzaron. Reía por algo que le había dicho una de sus amigas que no le quitaban el ojo de encima cuando se topaban. Un aguijonazo sintió en el centro de su pecho. Sonreía «bonito»; sus caren-

tes cachetes aparecían y sus ojos, a través de sus femeninos lentes, se veían más pequeños. Sacudió la cabeza harto. ¡A la mierda, a la mierda una y mil putas veces!

Anel estaba agotada. Había pasado la noche en vela, como las dos anteriores. ¿La razón? Su madre salió de viaje nuevamente. En la madrugada escuchó cómo ese asqueroso deseó abrir su puerta y, muerta de miedo, rogó porque no lo lograra. Gracias a Dios, se dio por vencido después de dos intentos. En ese par de días casi no había comido y se sentía al límite.

Por si fuera poco, la forma en que la había tratado Marcel la dejó con una leve depresión por más de un día que olvidó cuando su madre anunció que se iría. El fin de semana prácticamente no se paró en su casa hasta el anochecer, pues logró perderse en lugares no muy alejados de la ciudad, donde a veces iba, tomando fotos a diestra y siniestra. Así que las madrugadas se pudo dedicar a retocarlas, seleccionar las que más le gustaban y archivarlas.

La cabeza le punzaba y deseaba dormir, dormir un buen rato. Dios, la luz incluso le molestaba.

—Yo te llevo.

Al escuchar esa voz a su lado dejó de caminar. Sintió rabia, pero también desconcierto. ¿A qué jugaba? Marcel pasaba de largo, se detuvo y giró, enarcando una ceja indolente al ver que no lo seguía.

—¿No te moverás?

—No —dijo sin saber de dónde sacaba fuerzas para hacerlo. No había nadie ahí, esa clase la tenía en uno de los últimos edificios y siempre se demoraba capturando algunas imágenes, ya que al salir del aula, se extendían frente a ella árboles y preciosos paisajes que le exigían ser captados.

Él apretó los dientes ante la negativa. Después de mucho pensarlo decidió que haría algunos ajustes para sacarse a esa chiquilla de la cabeza y no se interpondría en sus planes. Se acercó hasta quedar a un par de centímetros.

—Te mentí —soltó avanzando en la medida que ella retrocedía. Cuando la tuvo donde deseaba: pegada a una de las paredes, la aprisionó con un brazo en cada extremo de su cabeza. Las mejillas de la joven se intentaron sonrojar. De pronto, la palidez de su rostro llamó dramáticamente su atención y todavía más sus ojeras ya demasiado pronunciadas—. Mierda. ¿Eres anoréxica o alguna de esas estupideces? —preguntó. Ella negó al tiempo que hacía una mueca de dolor.

—Me… duele la cabeza —intentó apartarlo con una de sus delgadas manos.

Marcel sonrió. Su extremidad era pequeña, delicada, con dedos largos, pulcros y un par de anillos con incrustaciones de ámbar, eso sin contar las pulseras tejidas que llevaba en su muñeca, tres, llegó a precisar con curiosidad.

—Con mayor razón. —La tomó de la mano sin permitirle chistar, prácticamente la arrastró hasta su camioneta que estacionó justo ahí cuando supo que tomaba esa clase al seguirla un par de horas atrás. Sí, todo eso había hecho con tal de sacarla de sus putos pensamientos.

La trepó sin más y arrancó un minuto después.

—No te entiendo —musitó la joven a su lado. Mantenía sus manos apretando su sien. Le dolía bastante, eso era más que obvio, pues mostraba los dientes al tiempo que cerraba los ojos.

—Eso es lo de menos. Vamos a comprar algo para que comas… Luces como un palo… —Ni siquiera parecía haberlo escuchado. Recargó la cabeza en el respaldo con los párpados cerrados y sus pequeñas manos ahí, a los lados de su cabeza—. En serio, Anel. Deja esas tonterías. Te matarán.

—¿Qué quieres de mí? —logró articular sin abrir los ojos.

—Por ahora, que comas… Así que dime, ¿qué quieres? —estaban atascados en el tráfico de las tres. Maldición. Esa avenida era un puto caos siempre.

—Helado… —murmuró.

Marcel giró carcajeándose.

—¡Eso no es comida!

Ella torció el gesto ante el ruido y ladeó la cabeza, de modo que su rostro diera a la ventana.

—Ahora vemos qué puedo hacer —siseó sin remedio.

Media hora más tarde se detuvo en un restaurante de comida mexicana. Pidió un consomé y algo más sustancioso para él. Anel parecía no tener la menor intención de abrir los ojos. En su casa había analgésicos que seguro le servirían. A un par de locales vio una nevería. Sonrió. Compró un bote de chocolate y otro de moras, como a él le gustaban.

—Anel… Ya llegamos —movió levemente su pierna. No dio señales de escucharlo siquiera. Pestañeó arrugando la frente—. Anel, despierta —nada—. ¡Ah!, chiquilla, abre los ojos, no creerás que te voy a llevar cargando hasta arriba —continuó, sin mostrar acuse de recibido. Se acercó para sentir sus latidos. Desorientado, se detuvo en su cuello. Olía a cítricos, como a naranja. Le gustó.

Se despabiló y se cercioró de que respirara. Lo hacía. Se alejó recargando la cabeza en el volante. Eso le pasaba por imbécil, por caliente, por… ¡Ah! Bajó molesto. Abrió su puerta y la cargó sin dificultad. La joven se quejó débilmente, aunque ni siquiera parecía registrar que la estaban moviendo. Con esfuerzos pudo solicitar el elevador y, ya adentro, pinchar su número. El reto sería abrir el apartamento. Bufó, acalorado, mientras la durmiente seguía ajena a todo. ¡Mierda, eso solo le pasaba a él!

Al llegar a su puerta, logró abrirla después de maniobras que a cualquiera hubiesen despertado, pero a ella, no. Avanzó y no se detuvo hasta que llegó a su dormitorio. Ahí la recostó y, de inmediato, se sentó a su lado llenando de nuevo sus pulmones de aire. No pesaba en realidad, aun así, no era tarea diaria cargar un cuerpo laxo toda esa distancia.

Se limpió la transpiración de la frente agradeciendo que fuese enero y el clima ayudara, de lo contrario, una ducha sería la única manera de desaparecer la sensación de calor. Soltó un suspiro y giró para verla. Acercó, dudoso, una mano hasta el rostro de ella. Con cuidado le quitó las gafas de armazón de acero inoxidable. No se le veían mal, sin embargo, al quitarlas, le asombró el largo de sus pestañas castañas, aunque también esas enormes ojeras. Un mechón atravesaba sus labios. Se lo hizo a un lado negando y soltando otro suspiro.

Debía sacársela de la puta cabeza, pero después de luchar todos esos días en vano, decidió que podría tener de ella lo que deseaba y luego… Luego olvidar el asunto. Al fin y al cabo, le quedaban unos cuantos meses en la universidad, después su vida cambiaría dramáticamente. Precisaba divertirse en ese momento, no más tarde, y lo sabía.

Dos horas. Ya había comido, incluso hecho algunos de los deberes, jugó con la consola y la chica no parecía tener la menor intención de despertar. Vio el reloj, pasaban de las seis y pronto oscurecería. Entró sin más a su habitación.

El brinco que pegó la joven lo hizo detenerse. Anel miró a su alrededor, asustada, sin reconocer dónde se hallaba.

—¡Ey!, tranquila, chiquilla, estás en mi recámara —le informó con las manos al frente, al tiempo que se acercaba. La chica no comprendió en absoluto.

—¿P-por qué? —tartamudeó, frotándose el rostro, aturdida. Él se sentó a su lado admirándola en silencio unos segundos. Era más bonita de lo que había creído y su boca, así, recién despierta, hinchada por las horas de sueño, se le antojó adorable. Se encogió de hombros dándole a entender que no tenía ni idea y, sin más, la asaltó tomándola por el cuello.

Anel, al sentirlo nuevamente tan cerca, pestañeó aturdida, pero él no parecía tener la menor intención de parar, al contrario, la iba regresando a las almohadas. Aferró su mano con la idea

de quitarlo. Marcel lamió uno de sus labios como si lo necesitara para vivir. Congeló ahí sus dedos dejándose llevar por las maravillosas e indescriptibles sensaciones que ese chico arrebatado le generaba. Su cuerpo sobre el suyo hundiéndola aún más en el colchón mientras adentraba con mayor ahínco su lengua. Gimió al sentirlo de nuevo así, en su interior.

Al parecer, el gesto le agradó a Marcel, pues con la otra mano comenzó a descender por su brazo cubierto por aquel fino suéter color rosa pastel hasta que llegó a su talle. Con su palma apretó su cintura suave y lentamente fue ascendiendo, fascinado. Anel, al principio temerosa, enredó su brazo alrededor de su cuello acercándolo más, dejando salir pequeños sonidos que le parecían celestiales.

No se quejaba, no lo rechazaba.

Llegó hasta un costado de su pecho y con el pulgar lo rozó por encima de la ropa. La chica dio un respingo que él acalló comenzando a besar su cuello, la curva de su rostro, trazando un viaje fulminante hasta su oreja; sintiéndola derretirse bajo su aliento.

No pudo más, metió la mano ahí, bajo esa capa que los separaba. Mierda, su piel era arrebatadoramente tersa. Sintió cómo sus vellos se erizaban al sentir sus yemas descubriéndola. De pronto fue consciente de lo pronunciado de su costilla. Eso lo detuvo.

Por reflejo, Anel levantó el rostro añorando sus labios duros sobre los suyos tomando todo lo que tenía para dar.

—Debes comer —soltó, sentándose con la cabeza escondida entre las manos.

La chica se llevó una mano a la boca temblorosa, vacía.

—Yo…

—Debes comer —repitió seco.

—Es mejor que me vaya.

La tomó por la muñeca y la acercó un poco, de forma suave.

—¿Recuerdas que hace unas horas te dije que mentí? —Ella asintió con la respiración agitada. Marcel la soltó rozando con el

dedo pulgar su labio inferior y luego la miró fijamente con esos pozos aceituna profundamente duros, adustos—. Besas bien. —El cambio de actitud de Anel lo dejó hipnotizado, de pronto su rostro se dulcificó de una forma asombrosa, sus preciosos ojos se abrieron anonadados logrando así que sus largas pestañas toparan con sus lindas cejas—. No ofrezco nada —murmuró embrujado—, no daré nada que no quiera. —Anel no se movía, solo lo escuchaba perpleja, sintiendo cómo un calor desconocido viajaba por su piel, por sus células, por sus neuronas. Nunca nadie la había visto así, nunca nada la había hecho sentir así—. No siento ni sentiré nada. —La chica se alejó un poco sin comprender a qué iba todo aquello, pero él seguía mirándola de esa manera que paralizaba sus pulmones—. Te lo digo porque no quiero malentendidos… Porque esto que ocurre no te ata a mí, ni me ata a ti. ¿Estamos? —asintió, apenas perceptiblemente—. Bien —se giró y caminó hacia el baño—. La comida está sobre la barra, el helado está dentro de la nevera.

No esperó a que desapareciera por completo de su rango de vista, agarró sus gafas y salió de esa habitación. Ya afuera, inhaló y exhaló varias veces. ¿Qué sucedía con ella? Si él no hubiese parado le habría permitido llegar hasta… el final. Posó sus palmas sobre sus mejillas; ardían.

¿Qué le pasaba con Marcel cuando se acercaba, cuando le hablaba?

¿Por qué se abandonó al sueño una vez que lo sintió cerca?

Cerró los ojos nerviosa, acomodándose un mechón lacio tras la oreja. No entendía nada, lo cierto era que… Le gustaba, le gustaba mucho y ahora que sabía que a él también le agradaban sus besos, se sentía mejor. Anduvo hasta la barra, ahí encontró un consomé servido en un plato hondo. Lo observó, arrugando la nariz.

—Si quieres helado, deja ese plato limpio —sentenció Marcel, pasando tras ella. Dio un respingo y lo miró. Un segundo

después, metía su comida en el microondas y le indicó con un ademán que se sentara—. No comes y no duermes —expresó, cruzado de brazos, evaluándola circunspecto.

—No me conoces —dijo sin más, dejándolo asombrado, pues aunque veía sus manos, el tono era firme.

—Tienes razón. Pero debes saber que ya estás demasiado flacucha como para que insistas en continuar así. —Esas palabras abrieron un agujero bajo sus pies. Sus hombros se encogieron. Desplazó la silla hacia atrás con la intención de irse. Marcel cruzó la barra y la detuvo—. ¡Ey!, eres muy bonita, no es necesario que te dañes. —Anel posó sus acuosos ojos sobre los suyos, incrédula—. Anda, siéntate y come. —Le acercó el caldo bien caliente—. Dicen que esas cosas reaniman. —Un segundo después la dejó.

Sabía que andaba por ahí, sentado en un sillón tecleando algo en su ordenador personal. De cucharada en cucharada y sin saberse observada, logró acabarlo.

—Ahí hay helado, sírvete lo que quieras —la invitó, sin despegar los ojos del aparato. La chica abrió el frigorífico con timidez, no acostumbraba a llegar a casa de nadie y tomarse ese tipo de libertades—. Dejé un tazón con cuchara.

Anel giró y lo vio.

—Gracias…

Marcel asintió metido en lo que hacía.

Tomó un poco de ambos y comenzó a comer de pie, allí, en la cocina.

—Veo que eso sí te gusta.

Sonrió, asintiendo. Él torció la boca estudiándola. No sabía bien qué era, pero deseaba contemplarla una y otra vez. Su presencia en aquel lugar era como una brisa refrescante en medio de un calor abochornante.

—Chocomenta y cereza —expresó su vocecilla. Él supo a qué se refería.

—Son buenos sabores…

La joven se acomodó un mechón suelto llevándose otra cucharada a la boca gustosa.

—Vives solo —dijo de pronto, intentando romper el silencio.

—Eres observadora —se burló con malicia. De inmediato se retrajo y fue asombroso notarlo—. Sí —creyó que vendría otra pregunta respecto al tema, sin embargo, alzó el tazón como preguntando si podía agarrar más—. Claro, come lo que quieras —expresó, intrigado. ¿Cómo podía odiar la comida y adorar el helado?, eso era extraño, demasiado extraño.

Cuando al fin lo terminó iba a lavarlo, su mano sobre la suya la detuvo.

No supo en qué momento se acercó. Lo miró de reojo respirando con dificultad. De pronto, sus palmas rodearon su cintura con una familiaridad mágica que lograba tocar partículas de su alma que no sabía que existían. Sintió su aliento en su nuca; la olía—. En serio, eres muy bonita y… Suave, pero… —apretó su estrecha cintura—, unos kilos más serían perfectos. —De nuevo eso. Intentó zafarse, pero él se lo impidió, acercándose más a ella. Con uno de sus brazos cruzaba su abdomen y con el otro la obligó a girar su mentón para que lo mirase—. Es tu cuerpo, Anel… Aquí cada quien hace lo que se le venga en gana. ¿Recuerdas?

Esa regla le agradó.

—Deja mi figura en paz.

Marcel sonrió ante su exigencia dulce, aspirando su aroma, chocolate más que nada, pues eralo último que había ingerido.

—No tengo nada contra ella, créeme. —La hizo girar y de inmediato la joven fue consciente de que no mentía, pues una parte de su cuerpo que sentía frente a su cadera se lo dejaba bien claro. Abrió los ojos de par en par. Él rio acariciándole la espalda de forma seductora—. Es solo que pareces una chiquilla. —Sin darle oportunidad de defenderse la besó. El gemido que soltó al

sentirlo así, arrebatado, solo logró que Marcel la tomara por el trasero y la sentara sobre la repisa. Sus alientos se mezclaron de forma imposible, sus dientes, incluso, chocaban por lo fuerte de las embestidas.

El chico no sabía qué le sucedía con ella, lo cierto era que deseaba probarla y probarla hasta que su esencia lo impregnara todo y así de una puta vez dejara de acosarlo esa niña en sus sueños.

El móvil de Marcel sonó. Bajó lentamente el ritmo. Dios, eso se estaba tornando adictivo. Posó su frente sobre la de ella unos segundos, la bajó y se alejó dejándola ahí, mareada.

—¿Sí? —contestó, yendo directo a su habitación. Anel tardó unos segundos en recuperarse—. Bien, en una hora. —Lo escuchó acercarse nuevamente—. ¿Te llevo? —otra vez seco, indiferente.

Se acomodó un mechón al tiempo que salía de ahí, era evidente que la estaba despachando.

—No, puedo irme sola —dijo y localizó con la mirada su mochila.

—Como quieras —lo escuchó entrar en su habitación. No sabía qué sentir. Era fuego un momento y hielo el siguiente—. ¿Cuál es tu móvil? —La detuvo su pregunta justo cuando abría. No se movió—. Márcame —ordenó con tranquilidad. No lo comprendía. Sacó el celular de la bolsa lateral y un segundo después él le dictó los dígitos. Aquella música que hacía unos segundos los sacó del trance, inundó el lugar—. ¡Va! Cierra al salir

Y desapareció.

Juego extraño
capítulo 4

Obsesionado, incluso molesto, pasó los días siguientes. La chica no le respondía los mensajes, tampoco las llamadas. Por si fuera poco, la buscó con la mirada en más ocasiones de las que algún día podría aceptar. Nada, sus amigas ahí estaban, todo parecía normal, pero Anel y su delgaducha figura ni rastro.

El viernes, a eso de las siete de la mañana, Marcel fumaba y discutía con Lalo sobre algo sin sentido mientras Rodrigo los escuchaba y tomaba de su café. De un momento a otro, Marcel la vio pasar. Anel iba bien cubierta por una chamarra, aferraba su mochila por el hombro, con unos *jeans* y botas afelpadas. *Parece un osito*, pensó, sonriendo.

—¿Escuchaste, imbécil?

Se giró, irritado.

—¿Qué rebuznas, animal?

Lalo rodó los ojos.

—Este dice que no irá al Chanté. Vanesa y él —juntó sus dedos burlonamente Rodrigo.

Marcel rio con descaro alzando las cejas, dándole un par de golpes en la espalda notoriamente alegre. Sí, de pronto, sin más, se sentía entusiasta.

—Venga, dale con todo, tigre —lo alentó carcajeándose.

Durante la mañana no se la topó y es que el campus era tan grande que tampoco era extraño pasar un par de días sin ver a algún amigo, o conocido. Sin embargo, daría con ella y le preguntaría por qué mierdas no le contestaba las llamadas. Aún tenía en el frigorífico el estúpido bote de helado sabor cereza que creyó que le gustaría. ¿Por qué lo había hecho? Ni puta idea. Simplemente se detuvo en una nevería conocida y lo pidió, luego se encontró guardándolo ahí, por si ella deseaba un poco.

¿Le gustaba esa chiquilla? ¡Por Dios, claro que no!, pero sus labios se sentían como satén delicioso cada vez que los atacaba y algo en su presencia lo hacía sentirse necesario. Aunque si era sincero, eso último era una babosada, más de tres días sin que diera señales de vida le dejaba bien claro que esas eran sus putas fantasías, no la realidad.

Subió las escaleras de dos en dos, casi corriendo. La había estado esperando abajo por más de media hora. Nada. Sabía que estaba en ese jodido edificio, pues nuevamente se cercioró, como el detective profesional en el que se estaba convirtiendo, de que iba hacia allá. Se asomó en cada piso, al llegar al cuarto la vio. Le daba la espalda, estaba medio encorvada recargando su abdomen en el barandal de cemento. No traía puesta la enorme indumentaria que por la mañana la hacía parecer un… ¡Bah!, en ese instante tan solo llevaba un suéter de punto color celeste y su cabello recogido en esa sencilla trenza.

En serio, era muy delgada. Desde atrás se veía con claridad cómo se le marcaban las costillas a pesar de no ser ajustado lo que llevaba puesto, aunque de alguna manera creía que con más

masa muscular encima, seguiría siendo escueta, pero bien proporcionada.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado sus tarugadas. Parecía concentrada. Curioso, notó que llevaba una cámara en la mano y buscaba, ahí, en el exterior desprovisto de edificios, algo. Escuchó los disparos más de una vez. Se movía poco, pero con gracia, delicadamente, suave. Ladeó la cabeza recargándose en el muro. Sacó un cigarrillo y, al hacerlo, ella se enderezó y giró asustada.

Le dio una calada estudiándola. Aferraba el artefacto plateado con una de sus pequeñas manos mientras pestañeaba descolocada, acomodándose los lentes, nerviosa.

—¿Huyes de mí? —la desafió fumando otra vez al tiempo que entornaba los ojos. Ella negó acomodando un mechón de su cabello que cubría parte de su mejilla. De pronto, un cardenal algo amarillento y no muy grande, llamó su atención. Estaba justo en la comisura de su labio. Acortó la distancia. Anel dejó de respirar al verlo moverse—. ¿Qué te pasó? —la cuestionó ya a un centímetro de su rostro. Dio otra calada y lo apagó con el pie, intrigado. La chica iba a tocarse cuando él lo hizo primero generando que el ambiente, ahí, en pleno edificio, donde el aire entraba de forma brusca y fresca, se sintiera denso, espeso.

Anel se alejó de su tacto y lo rodeó notoriamente nerviosa.

—Me caí —agarró sus cosas que descansaban junto a un muro con la intención de bajar, de…

Su mano enredada en su muñeca la detuvo.

—¿Por eso desapareciste? —murmuró, acercándola con indolencia a su cuerpo, aferrándola por el vientre. Tan solo con sentir su pequeño trasero adherido a su hombría, ardía. ¿Qué mierdas tenía esa niña que lo encendía como una caldera? Ella gimió quedamente, él apretó un poco más, y al movimiento le siguió un quejido. ¿Dolor? Aflojó su amarre haciéndola girar. Sin preguntarle, hundió su boca en la suya. Ya no aguantaba un puto minuto más sin hacerlo. La joven, como solía, no se opuso. Afe-

rró su mano al tiempo que colocaba su palma sobre su hombro y lo recibía desprovista de timidez, pero sin dar más—. ¿Estás mejor? —quiso saber entre besos ardientes. Anel emitió un sonidito nasal de aceptación—. Te llevo —anunció, retrocediendo un paso.

—¿A tu casa? —indagó esa vocecilla que comenzaba a conocer, peor, a echar de menos durante esos días. Era casi un susurro, delicada, cantarina. No podía concebir que hablara de otra manera.

—¿A dónde más? No somos nada, ¿recuerdas? Me vería ridículo invitándote a comer

No sabía por qué decía esas estupideces cada vez que la tenía cerca, pero su existencia,a esas alturas, lo confundía tanto que se encontraba furioso, frustrado, molesto y ansioso, casi todo el tiempo.

Él no era buena compañía, no deseaba ni querer ni que lo quisieran, no obstante, toda la situación con Anel le parecía tan absurda como deliciosa. El que ella se dejara llevar, el que nadie supiera lo que en realidad ocurría entre ambos, el que muriera por besarla cada puto minuto; el que eso se estuviera tornando un juego tan extraño que no paraba de pensar en ello, el que ella fuera consciente de que entre ambos no ocurriría nada salvo eso y continuara ahí. Dios, lo enloquecía.

—No tengo hambre —expresó secamente la joven.

Un tanto confuso arrugó la frente, esa chiquilla tenía un problema con el sueño y con la ingesta, decidió, notando otra vez esas ojeras, que no eran tan pronunciadas como la última vez que la había visto, aunque las líneas rojas bajo sus ojos, sí.

—Vamos.

Sin decir más, descendieron. Más de media hora después llegaron.

Ni bien había cerrado la puerta cuando volvió a besarla. Se estaba convirtiendo en una adicción cruel, desesperada. La pegó a

la pared con brusquedad invadiendo su interior con lujuria. Anel ladeó el rostro, quejándose. Marcel la observó, deseoso.

—¿Qué? —Sus delicados labios temblaban—. ¿Te lastimé? —interrogó, ardiendo por dentro, jadeando debido al desenfreno.

—Yo… sí —musitó, avergonzada.

Marcel se alejó un poco más frotándose la cara. ¡Ah!, debía refrescarse, tampoco era un mandril, aunque si no se echaba agua fría en el rostro seguro se convertiría en algo peor. No sabía qué le había ocurrido, pero evidentemente no era tan leve y no deseaba dañarla más.

—Hay helado en la nevera… Ahora vengo.

Anel lo observó irse frustrado con las manos en los bolsillos de los *jeans* y doblar a la derecha varios metros más adelante. Iba a su habitación. Dejó salir el aire contenido y, de pronto, su pequeña tripa rugió. Se llevó una mano al abdomen, sonriendo. No sabía por qué, ahí, en ese sitio, se sentía a salvo, más segura que en cualquier otro a pesar de que ese chico era hosco, seco, duro, cruel muchas veces.

Anduvo hasta el frigorífico cuando su vista se topó con un frutero que tenía manzanas, duraznos y plátanos. Sin dudarlo, agarró uno sintiéndose famélica y comenzó a engullirlo. Dios, eso era celestial. Silencio, nadie que la acosara, que le gritara que… De pronto, recordar lo ocurrido en esos días le estrujó los pulmones.

Había llegado justo cuando terminaban de cenar su madre y ese… Ya no sabía ni qué adjetivo ponerle. En cuanto la vio, dejó su servilleta de lino sobre la mesa y los gritos comenzaron. Que dónde estaba, que si creía que la casa era un hotel, que no se mandaba sola, que si no acataba las normas la conocería, que… Miles de tonterías había tenido que escuchar mientras la aferraba con fuerza por el brazo. Aún tenía marcadas sus huellas, aunque ya no dolían.

—Mamá, me lástimas —le dijo en susurros. La mujer bufó como si estuviese harta. Lo cierto era que Anel sabía muy bien que estaba molesta porque algo ocurría con Alfredo, seguro discutieron pues él ni la veía mientras la retaba. Había llegado de su viaje horas atrás y siempre le daba lo mismo dónde estuviera, así que tampoco le creía toda esa letanía.

—Deja a Anel en paz, no desquites tus frustraciones con ella —ordenó con voz queda desde la silla su marido, con tono amenazante.

Analí exhaló más rabiosa.

No, no de nuevo, cuando discutían las cosas se ponían aún peores.

—Es mejor que me vaya a mi habitación —dijo Anel, de pronto y en voz baja, miedosa de lo que ahí pudiera ocurrir. Analí con los dientes apretados, le dio una sonora bofetada que logró tumbarla justo al filo de la escalera que daba a una terraza. Cayó, impactando primero con un mueble en una de las costillas para luego descender varios peldaños golpeándose en varias partes del cuerpo.

Su madre la observó llena de ira desde lo alto, con la mirada desorbitada. Las lágrimas salieron sin poder evitarlo. Alfredo, que no perdió el tiempo, bajó corriendo y la levantó con cuidado no sin antes rozar su pecho con la mano. Deseaba gritar y por Dios que lo hacía en su interior. Se sentía al borde del colapso encerrada en un agujero con rejas y doble candado del que no lograba salir, menos porque la cerradura le era invisible, la oscuridad le impedía verla, ni siquiera era posible saber si existía.

—¿Estás bien? —asintió, intentando alejarse, quitando sus manos asquerosas de su cintura. Lo odiaba, la odiaba y se odiaba. Su alma rota, vencida, sentía que ya no lograría jamás curarse, levantarse y pelear.

—¡Déjala!, claro que está bien —bramó Analí desde lo alto, mientras Anel se limpiaba las húmedas mejillas. ¿Por qué ya no la quería como antes? ¿Por qué la veía con aberración, con rencor?

—Estás fuera de tus cabales, mujer —rugió Alfredo subiendo los peldaños y confrontándola.

Anel permaneció ahí, sintiendo cada uno de los raspones que la cantera le había dejado, eso sin contar el dolor en uno de los costados; el filo del mueble se había incrustado en alguna parte de su tórax y dolía como los mil demonios. Pero nada era peor que saberse lastimada de nuevo por ella, rechazada por quien le había dado la vida, por quien solía mimarla, adorarla, aceptarla.

—Soy su madre, sé cómo educarla. No te metas —lo desafió.

Cleo y Ary aparecieron de pronto. Su hermana bajó corriendo y se puso a su lado asustada, al tiempo que la pegaba a su cuerpo sin comprender qué había ocurrido ahí.

—¡¿Qué pasó?! Any, ¿estás bien?

No lograba emitir sonido.

—Tropezó. Cleo, llama al médico y tú, a la habitación. ¡Ahora! —exigió Alfredo dirigiéndose a su esposa. No dejaba opción a un «no». Esta giró y avanzó orgullosa sin voltear una sola vez.

Entre ellas dos y otra chica del servicio la pusieron cómoda sobre su cama. El doctor llegó unos minutos más tarde. Después de inventarle que se había resbalado por las escaleras, curó los raspones, que eran varios, y encontró un gran golpe en el costado. Después de asegurarse de que no fuera fractura, le recetó descanso forzoso unos días. Su madre presenció todo mirándola amenazante, pues no deseaba que dijera en algún momento qué había ocurrido en realidad y a pesar de que el médico insistió en que lo dejasen solo con la paciente, no sucedió.

Analgésicos, noches incómodas, lágrimas y tristeza profunda, fueron sus acompañantes. Ary la iba a ver por la mañana y pasaba por la noche, sin embargo, la sentía tan ajena a ella que no se atrevía a decirle nada, eso sin contar las represalias que sufriría si se le ocurría. Aun así, su hermana mayor la intentaba distraer y le prometía que en cuanto terminara sus estudios vería la forma

de que salieran de ahí pues aunque no sabía nada, sí estaba harta de la tensión en la que vivían.

Anel se sentía tan vacía, tan ajena, que no parecía siquiera escucharla. Alfredo la llenó de flores y chocolates que dejó en una esquina aborreciéndolos, no obstante, solo entraba cuando su madre lo hacía por las noches, un par de minutos.

Para el viernes no se sentía bien del todo, pero deseaba salir. No soportaba el encierro, esas paredes la consumían, le hablaban y le recordaban a cada momento lo patética que era, lo poco que valía, lo sola que estaba.

—¿Así que el plátano está en la lista de lo que sí comes? —Anel salió de sus pensamientos. Ya iba terminando el segundo y ni siquiera se había percatado—. Por lo menos es una fruta… —soltó, entrando en la cocina y abriendo el frigorífico. Sacó unos recipientes, los metió al microondas y después fue por un plato. Ella permaneció en su mismo sitio solo que ahora giraba, observándolo moverse con esa seguridad que la atraía—. Es lasaña, ¿quieres? —preguntó sin verla.

—Yo…

Sin esperar respuesta agarró otro plato.

—Comerás, un puto plátano no alimenta a nadie.

La chica abrió los ojos. Marcel era un mandón, comprendió, recargando sus manos en la repisa a un costado de su cadera.

Una vez servida la pasta le indicó con un ademán que se sentara. Su porción era cómica, mientras que la de él casi llenaba el plato.

—Si no la comes, pensaré que sí tienes un problema de anorexia.

—No lo tengo —se defendió Anel, sentándose desganada.

—Has notado cómo se te marcan las costillas, ¿cierto? —tomó un enorme bocado y se lo metió a la boca como si nada.

—Dijiste que era mi cuerpo

Marcel negó, observándola.

—Sí, tienes razón, me importa una mierda… Come. —Ella agarró el tenedor y comenzó a picar, se metió un pedazo diminuto a la boca incómoda—. ¿No te gusta que te vean? —preguntó de pronto intrigado. El consomé del otro día se lo comió todo… La *pizza* ni la probó cuando estuvo sentado frente a ella.

La chica se topó con su mirada curiosa, al mismo tiempo penetrante.

—Soy lenta.

El chico soltó una carcajada.

—Eso es ser positiva, un caracol es más veloz.

Se levantó y fue hasta el televisor con su plato en mano. Ahí, en el sofá, ingirió en silencio, perdida en las noticias deportivas.

Unos minutos después, Anel había acabado. Ni ella misma se lo creía. Se puso de pie y dejó el plato en la tarja. Marcel la vio de reojo sonriendo discretamente.

—Ya sabes, abre la nevera —lo hizo con timidez.

Se movía como un fantasmita, en silencio, con asombrosa gracia. Giró para ver cuál agarraba. Se sintió satisfecho cuando se comenzó a servir el de sabor cereza.

—Así que te gusta la fotografía —indagó, al pasarle su plato para que lo dejase en el mismo lugar que el suyo.

—Sí…

Marcel asintió, recargando los codos en la barra.

—¿De qué tipo?

Anel no comprendió su pregunta, por lo mismo hizo una adorable mueca con su boquita, lucía de nuevo cansada.

—¿Eventos, personas o paisajes?

Sonrió como una pequeña emocionada. Algo se activó en su interior al verla hacer ese absurdo gesto. Una garra desconocida apareció sintiendo una dolorosa necesidad de ser usada para salvaguardar a ese ser que tenía frente a él.

—Paisaje… Las personas también… Aunque prefiero lo primero.

Asintió tomando una manzana y dándole una mordida enorme. Esa era la primera vez que le sacaba más de dos palabras de tirón.

—¿Haces excursiones y esas cosas? —No parecía de ese tipo, eso sin contar con que si se caía seguro se rompería en pedacitos.

—Sí.

Abrió los ojos asombrado, intrigado. Anel notó su incredulidad.

—¿Qué te pasó? ¿Cómo te caíste? —deseó saber, sentándose en la alta silla. Comía como un pajarito, pero era tranquilizante verla hacerlo. La joven perforó con la mirada su helado.

—Tropecé y no vi las escaleras.

Él silbó, mordiendo de nuevo la fruta.

—Eso debió doler. —Anel dejó el tazón sobre la encimera asintiendo. Marcel arrugó la frente al notar que se retraía—. ¿Cómo es que decidiste estudiar Derecho si lo que te gusta es tomar fotografías?

Alzó los ojos pestañeando, agradeciendo con la mirada que cambiara de tema. Sin embargo, el rostro de él no mostraba ninguna emoción, de hecho, parecía haberse endurecido.

—Ya ves… —murmuró desanimada, ni ella misma ya lo comprendía—. ¿Y tú?, ¿qué estudias? —Marcel se levantó encogiéndose de hombros.

—Administración Financiera…, pero eso ya lo sabías, tus amiguitas se la pasan espiándonos… Deben tener el currículo de todos —se burló con sorna.

Anel torció la boca aceptando para sí que era cierto, aunque no se le había ocurrido preguntarles.

—Les gustan —murmuró, acomodándose un mechón como él comenzaba a entender que hacía cada dos por dos. Entornó los ojos deteniéndose y observándola incisivamente.

—¿A ti no? —la desafió. Hubiera dado lo que fuera por poder captar la imagen que tenía frente a él. Sus mejillas se encendieron

de una forma tal que Anel tuvo que girarse abochornada—. ¿No vas a contestar?

Dios, ya estaba a su lado. Intentó esquivarlo, pero se lo impidió al tomar su barbilla y con el pulgar perder su atención en la herida de la comisura de su boca.

—B-bueno, sí… ¿A quién no? —admitió, turbada. Marcel parecía complacido. Con ojos dormilones observó un segundo sus pupilas tras sus gafas y luego aproximó la nariz a sus labios.

Anel dejó de respirar. ¿Qué hacía? Los párpados del chico ya estaban sellados y la olía embriagándose de su esencia como si de un vino de reserva se tratara. Con deliberada decadencia depositó un beso en su cardenal, para luego lamerlo sensualmente. Anel posó una mano sobre su antebrazo sintiéndose mareada y con la otra se aferró a la superficie. La sangre bombeaba por todo su delgado cuerpo a un ritmo alocado, su pulso iba lento y rápido sin mantenerse regular, sus vellos se erizaban, su piel reaccionaba.

Marcel pasó una mano por su espalda de forma suave para no lastimarla. Metió la mano por debajo del suéter, masajeó de manera dulce y agradable ahí, donde se podían sentir las huellas de ungüento. Anel dejaba salir pequeños gemidos mientras él seguía depositando besos cargados de lujuria y delirio por su pequeña boca. De un momento a otro, mordisqueó su labio inferior sin lastimarla, esto logró que ella los abriera y él de inmediato la devoró.

Duraron ahí, en ese sitio, más tiempo del que ni siquiera se hubieran imaginado. Con timidez, Anel deseó también probarlo, sentirlo. Introdujo con lentitud su lengua en la cavidad que tomaba todo de su ser. Marcel perdió toda proporción de nuevo al sentirla ceder al fin. Se movía tierna, exquisita, sin ser invasiva solo haciéndose presente. Disfrutó el momento hasta que las manos de ella, acompañadas de un gemido lastimero, lo separaron.

¡Mierda, la había vuelto a lastimar! Su mueca lo decía.

—Lo siento —se disculpó al verla cerrar los ojos ante el dolor. La joven asintió con sus labios imposiblemente hinchados, con sus mejillas sonrosadas por lo que ocurría y con varios mechones de su cabello lacio esparcidos en su rostro. Carajo, se veía tan tierna y sensual, que deseó comérsela en ese puto instante. Sin embargo, Anel no parecía estar en condiciones—. ¿Te duele mucho? —Se sentía un idiota. La joven negó moviéndose torpemente, deseaba sentarse, primero debía ingerir los analgésicos—. ¿Qué hago? —su voz sonó ansiosa. Su preocupación la conmovió.

—Mi mochila… ¿Me la pasarías?

Una vez que la dejó sobre el sofá, fue por ella y se la tendió. La observó abrirla y sacar con sus frágiles manos unas medicinas. Debía ir con cuidado, no le gustaba esa sensación de aprensión que estaba experimentado al verla así.

—¿Podrías darme agua?

Su vocecilla tímida lo hizo reaccionar. De inmediato, se la tendió.

Anel tomó sus medicamentos haciendo muecas, luego cerró los ojos recargando su frágil cuerpo sobre los cojines.

—¿Por qué los medicamentos? —deseó saber aún de pie.

—Me encajé un mueble en el costado.

Se sintió un miserable, menos mal que no se había roto la costilla, o algo peor. Unos minutos después seguía ahí, de pie, viéndola, pero Anel ya no se movía y su mano que tenía en torno a su abdomen fue cayendo laxa a un costado del sofá. Pestañeó atento, incrédulo.

No, ¿era en serio? Se había vuelto a dormir. Tal parecía que era la bella durmiente. Se llevó las manos a la cabeza. ¡Maldita chiquilla! Se frotó el rostro con ansiedad mirándola de nuevo. Sus labios ya estaban entreabiertos y su cabeza levemente ladeada. Una sonrisa torcida apareció sin más. Debía admitir que era tierna, que… De pronto, se movió un poco, quejándose. No lo

pensó. Acomodó bien sus cojines y la dejó ahí descansar por lo menos un rato. Debió de haber pasado malas noches después de esa caída, de hecho, intuía que debía estar en reposo.

Ahí, en cuclillas frente a ella, se preguntó intrigado qué sería de su vida, qué historia tendría. Sacudió la cabeza regañándose. ¡A él qué mierdas le importaba! Le gustaba besarla, tocarla, verla derretirse así, sin más, pero de ahí no permitiría que nada avanzara. Todo a su alrededor cambiaría dentro de poco, así que más le valía aprovechar sus últimos momentos de diversión y esa chica le hacía pasar buenos ratos… Nada más.

No es una cita
capítulo 5

Despertó con la boca seca, desorientada. El ruido de las teclas de un ordenador hizo que se irguiera.

—Como que mi apartamento ya te gustó para dormir. —Marcel parecía entretenido ahí, con el aparato sobre sus piernas.

—Lo siento… —Su voz sonaba pastosa aunque delicada, como siempre.

—¿Estás mejor?

Se frotó los ojos como un gatito, sus lentes descansaban a un costado. El chico de inmediato volvió a lo que hacía. Cada movimiento, cada gesto, lo hacía desearla más. Por lo mismo, se sumergió en eso que tanto le gustaba para dejar de estar pendiente de cada débil ronroneo que emitía ahí, a su lado, descansando de la manera más tierna que hubiese presenciado.

—Sí… —miró a su alrededor. Pronto oscurecería—. ¿Haces tarea? —preguntó un tanto nerviosa. Él levantó la vista negando,

divertido, torciendo la boca de esa manera sensual que definitivamente la derretía. Parecía relajado.

—Ven. —Palmeó un sitio a su lado un tanto entusiasmado.

Esa era una nueva actitud, notó Anel. Tomó, con movimientos lentos, un poco de agua del vaso que estaba en la mesilla del centro y que llegaba casi al ras del tapete gris para luego acomodarse ahí, poniendo atención en la pantalla del ordenador. ¿Planos arquitectónicos?

—Mira… —le señaló con frescura una serie de líneas—. Es un complejo habitacional, cuando termine podré verlo en tercera dimensión. Las medidas y proporciones son reales.

Anel abrió los ojos asombrada, aunque sin entender mucho lo que ahí se veía. Por más de una hora Marcel le explicó cada movimiento que efectuaba con el cursor, y lo que hacía.

—¿Y me preguntas a mí por qué no estudié fotografía? —se atrevió a decir cuando cerraba el aparato.

Marcel la miró enarcando una ceja con rostro inescrutable.

—Besas bien, nada más —soltó, poniéndose de pie. Anel se retrajo de inmediato. Pestañeó respirando un tanto ansiosa. ¿Qué ocurría con él? Ese juego en el que se estaba sumergiendo la hacía sentir cada día más alerta, más ansiosa, deseosa de alejarse, pero a la vez de pegarse a su cuerpo para sentir esa seguridad que le brindaba su brazo alrededor de la cintura; el roce de su aliento sobre su piel, su mirada llena de fuerza, de suspicacia, de misterio, de magia. La hacía sentir anhelo, pero, a la vez, la hundía, le dolía.

—Debo irme —dijo de pronto. Tomó su mochila caminando, con menos dolor, hacia la salida.

Su mano la detuvo.

—Solo no quiero que olvides que esto no llegará a ningún sitio, Anel —murmuró sobre su cabello, oliéndolo. Cerró sus ojos pasando saliva.

—¿Q-qué quieres de mí?

Su apenas audible voz se le clavó en un lugar entumecido, dormido desde hacía demasiado tiempo. Apretó los dientes haciéndola girar para verla a los ojos.

—Ya te dije… —La forma en la que hablaba lograba que su determinación disminuyera, pues la bruma que dejaba su esencia sobre su piel, la embelesaba sin remedio.

—Mis besos.

Él suavizó el gesto y, sin más, sonrió. Pegó sus labios a los suyos con cuidado, midiendo las reacciones de su cuerpo primitivo.

—¿Qué harás mañana? —se encontró preguntando como un imbécil embrujado por ese sabor a miel que la chica dejaba en su lengua cuando la probaba, aunque fuese de esa forma delicada, inocente.

—To-tomaré fotos —logró decir torpemente.

—¿Dónde?

Encogió los hombros negando débilmente. Marcel seguía dándole pequeños roces que la iban resquebrajando de a poco.

—En cualquier sitio.

—¿A qué hora?

—Temprano.

—Yo te llevo.

Anel intentó alejarse, pero la sujetó con cuidado por la cintura.

—¿No quieres compañía? ¿O es que ya la tienes? —lo decía un tanto venenoso, otro tanto burlón.

«¡Ah, era imposible!», pensó Anel, colocando sus manos sobre su pecho para separarse.

—Es muy aburrido —fue sincera.

Al escucharla, elevó una de las comisuras de su boca con prepotencia.

—¿A las ocho o nueve?

Ella sonrió como una pequeña. De nuevo ese aguijonazo que solía hacer a un lado y que, sin comprenderlo, empezaba a gustarle.

—Ocho.

Abrió los ojos. ¡Maldición, eso era tremendamente temprano!

—Bien, ahora te llevo.

Un tanto nerviosa, negó. Su cambio de actitud lo intrigó, pero decidió ignorarlo.

—Yo…, no es necesario.

Chasqueó la lengua, ahora verdaderamente curioso. Apagó las luces, le descolgó la mochila, sujetó su mano y salió con ella siguiéndolo sin remedio.

Menos de diez minutos y ya se encontraban frente a la enorme casa. Marcel silbaba observando la gran construcción y barda perimetral. Jamás hubiese pensado que esa chiquilla tuviese tanto dinero.

—Gracias, nos vemos mañana —dijo sin darle tiempo de nada. Se bajó. La vio entrar sin girar ni una sola vez. Pestañeó, atónito. Esa joven silenciosa, de olor a cítrico dulzón y bastante flacucha, lo estaba doblegando, lo mantenía en vilo.

Sacudió la cabeza, molesto. ¿Qué mierdas le ocurría? Era una niñita más, la típica tímida, pero al final no tan santurrona si se prestaba a ese juego que le urgía acabar.

Arrancó, confuso. Saldría por la noche y seguro que con un poco de alcohol y alguna chica, olvidaba esas estupideces que parecían no querer dejarlo en paz de una puta vez.

Por la mañana, Anel, sin poder evitar ilusionarse, estuvo lista a las ocho, tal como habían quedado. Veinte minutos después supo que no llegaría. Pidió un taxi. Odiaba que el chofer la llevase, y se fue, sintiendo un hueco molesto en medio del estómago. ¿En serio había esperado que él se presentara ahí? Sabía muy bien lo que quería de ella, no daría más, no sentiría más, no habría dulces momentos, tampoco palabras tiernas. Si acaso las que usara para persuadirla de llegar a tenerla como deseaba. No era tonta, el mundo se regía así… Todo era embuste, egoísmo, dar para obtener, la gente lastimaba, a veces tanto que ya daba igual lo que sucediera con el resto de las personas.

¡Mierda! Dios, la cabeza le dolía terriblemente, era como si miles de personillas pisotearan su cerebro con el único propósito de hacerlo retorcer. Se quejó, molesto. ¿Qué maldita hora era? No sabía cómo había llegado de nuevo a su apartamento. Solo esperaba no haber chocado la camioneta.

La una.

Se levantó, gimiendo. Necesitaba agua. Ni siquiera se quitó el puto pantalón para dormir, notó al poner los pies en el piso frío. La luz del exterior casi lo hizo dar un portazo. Se acostumbró lentamente. ¿Qué carajos había bebido para terminar así?

Recordaba todo, jamás le había ocurrido eso de «no sé lo que pasó». ¡Y una mierda! Esas eran excusas baratas. Lo real era que una vez borracho, no controlaba ni lo que hacía ni lo que decía y sus instintos y estupidez lo dominaban de tal forma que terminó besándose con una chica buenísima que no le quitaba la vista de encima desde que había llegado al antro. Ahí, a un lado de la mesa, la manoseó hasta que se hartó, hasta que…

Abrió los ojos dejando el vaso vacío en la repisa. ¡Puta madre, Anel! Bufó, irritado. Había dicho a las ocho. Regresó a su habitación, seguro tendría una llamada perdida en el móvil. ¿Qué le diría? Lo encontró en el piso, a un lado de la cama. Prendió la pantalla sintiéndose miserable. Salvo algunas tonterías del grupo de amigos en la mensajería instantánea, nada.

Se dejó caer, resoplando, sobre el mullido colchón. La cabeza le martillaba como si el mundo fuera a acabarse y, aun así, solo podía pensar en que él se había ofrecido, que ella se había negado, que lo que estaba haciendo no era lo correcto. La estaba arrastrando a ese juego donde el deseo era el premio, el fin, donde sabía que ella era novata.

No debía, no era justo. Chicas como la del antro eran las que debía frecuentar, no alguien como ella, tan suave, tan reservada, tan frágil, tan endemoniadamente apetecible. Tanto que mientras besaba a esa pelinegra, a pesar del alcohol que encima traía,

no pudo evitar compararla, desear con locura que esa joven fuera la que estuviera allí, que nada a su alrededor existiera y la pudiera estar probando de esa forma que tanto le agradaba.

No, debía dejar eso de una jodida vez; no era lo mejor, no estaba funcionando.

Más tarde se encontró con sus amigos en un restaurante bar de moda entre los chicos y chicas de su edad. Pendiente de su móvil permaneció más que en otras ocasiones. Anel no dio ni una señal.

¿Y qué esperaba? No perdía oportunidad para dejarle bien claro lo que entre ambos ocurría y, bueno, en realidad no ocurría nada, no aún. Apretó los dientes de solo pensarla, tendida frente a él, dispuesta, mirándolo con esa dulce timidez que lo desarmaba, que lo dejaba listo para una cascada de hielos, miles, millones de ellos.

Por muy delgaducha que fuese, por muy ingenua que se viera, por muy tímida, lo cierto era que su boca lo enardecía, su piel lo aniquilaba y sus manos finas aceptándolo lo masacraban. Anel se alejaba mucho de lo que alguna vez fue una fantasía, pero en ese momento ya parecía haberse convertido en su obsesión continua, en algo que deseaba probar hasta hartarse para luego volver a hacerlo.

Hastiado y herido en su ego, terminó de nuevo la noche, ahora revolcado en la cama de una joven que era amiga de su prima Sofía, hija de una hermana de su madre. La veía poco en su casa, pero lo que era en fiestas y demás, no fallaban, siempre se encontraban y pasaban noches interminables llenas de alcohol y risas.

El domingo había pasado patéticamente lento; tuvo que asistir a la comida «familiar» que se organizaba cada mes en casa de su tío Efrén. Imposible no asistir pues, de no ir, no se los quitaría de encima las próximas cuatro semanas y era lo último que deseaba. Odiaba que lo hostigaran, que lo asfixiaran, que lo persiguieran.

Anel anduvo por los pasillos perdida en sus pensamientos. El sábado había ido al bosque Los Colomos, un sitio agradable, verde. Animalillos pasaban sobre las pistas donde los corredores, ya a esas horas, iban terminando su recorrido. Fotografió unos patos en el estanque, maravillada, como solía ocurrirle, y diferentes escenarios que el sitio le ofrecía y que no se cansaba de ver.

A veces, más a menudo de lo que creía, iba a aquel lugar y caminaba por horas, sola, escuchando los ruidos del aire contra los árboles, las pisadas de la gente a su alrededor. Esa noche su madre salió junto con su esposo, cosa común los fines de semana, al igual que Ary, así que pudo dormir tranquila ya que regularmente no regresaban sino hasta el día siguiente o salían de su habitación después de mediodía debido a la desvelada.

El domingo Mara le habló y fueron al cine a ver una cinta de terror que ambas catalogaron de satisfactoria. No había sabido de él. Jamás le marcó y lo cierto era que no esperaba que lo hiciera, no obstante, una partecita de sí, creía que podría ser posible. Ilusa, siempre era tan absurda que pensaba que podría importarle a alguien, aunque sabía que a Marcel menos que a nadie.

Las clases terminaron ese día y los dos siguientes sin que nada pasase. De hecho, evitó la cafetería a toda costa, no deseaba topárselo. Iba rumbo a la salida cuando la alertó un mensaje instantáneo. Arrugó la frente al tiempo que averiguaba quién era.

«Hay algo importante que quiero mostrarte».

¿Era en serio? Ni loca. Su vida ya era un completo caos, no necesitaba más complicaciones y mucho menos a un loco volátil.

«Estoy en el edificio K, aquí te espero».

Resopló, frustrada. Lo cierto era que deseaba verlo, por lo menos un segundo, pero… ¿Para qué?

Sin más, sus pasos titubeantes dieron la vuelta y se dirigieron hacia allá. ¿Qué más daba? Su existencia era tan plana y triste que algo fuera de lo común, como lo que Marcel le brindaba cada vez que se veían, no era tan malo. Después de todo no tenía por qué

estar molesta, no había nada entre ellos y sabía que no lo habría jamás.

Llegó rodeándose el cuerpo pues esa parte del campus era más fresca que el resto y la camisa más el chaleco, no la cubrían lo suficiente. De repente, apareció frente a ella un papel de publicidad. Él estaba por detrás. Respingó, pero no se giró.

—Es una exposición en el Centro. Este tipo la quita el viernes. —Señaló el folletito ubicándose a su lado. Ella lo tomó asombrada. No estaba muy empapada de ese mundo. Tomaba fotografías, adoraba hacerlo como una fuga, pero no leía mucho sobre ello, solo cosas que le ayudaban con la técnica—. Vamos, cierran a las seis.

Lo miró de reojo, acomodándose un mechón tras la oreja. Era tan desgarbado, todo parecía darle lo mismo, no lo veía desde el viernes y se comportaba como si el día anterior hubiesen conversado de lo más relajados.

—¿Ahora?

Marcel se ubicó frente a Anel. Se veía mejor, notó al ver un poco más de color en sus mejillas y no llevaba encima esas ojeras tan pronunciadas. Se metió las manos en los bolsillos de los *jeans*, asintiendo, estudiándola. ¿Le reclamaría por dejarla plantada? Esa pregunta había rondado su cabeza por días, tanto que al ir pasando por ahí, esa mañana, buscándola con la mirada como últimamente se encontraba haciendo y no dando con ella ni una puta vez, vio eso pegado en uno de los corchos de avisos. Sin dudarlo lo agarró y la citó, necesitaba verla, *ya* si era posible.

Y ahí estaba, frente a él, tan serena y tímida como siempre. Era curioso, pero tampoco la ponía nerviosa, simplemente parecía ser así: estoica, ingenua, cándida, sin embargo, recelosa, cautelosa, siempre silenciosa. Ya estaba más intrigado que cuando veía una puta película de suspenso.

—Ahora… Y te aclaro, no es una cita —esos ojos que parecían dos lagunas ecuánimes lo estudiaron sin emoción.

—Puedo ir sola —soltó sin saber cómo habían salido esas palabras. Marcel se mostró molesto. Le quitó el anuncio al tiempo que tomaba su cuello y la besaba, reclamando su espacio, sus pensamientos, nublándole, como solía ocurrir, sus sentidos. Al separarse un poco la observó incisivamente.

—Es mi idea, vas conmigo.

Ella asintió, aturdida aún. El chico torció la boca de esa forma sensual que ya sabía Anel, era una sonrisa de triunfo.

—Vamos.

Llegaron a aquel sitio poco después. El silencio reinó prácticamente todo el camino mientras la música que Marcel tenía puesta en volumen medio, la relajaba. No era su tipo, no era que tuviese alguno a decir verdad, probablemente instrumental, clásica, pero ese rock tranquilo le agradaba.

—Te ves mejor.

Anel giró sonriendo apenas.

—Lo estoy —solo dijo eso para de nuevo perder la vista en el exterior.

Marcel sabía que le atraía, que… le gustaba, que la chica se derretía con tan solo una caricia, pero se mostraba siempre tan fría, tan imperturbable, tan indiferente que comprendía que era justo eso lo que lo mantenía así: a la expectativa, atento a cada reacción, convirtiéndolo hasta en detective y haciendo tontería y media con tal de encontrar pretextos para verla. Sin embargo, en cuanto veía que ella bajaba las defensas, el miedo lo atacaba consumiendo su alma torcida. No debía dar más, no era el momento, no quería una puta relación con nadie y mucho menos sentir que necesitaba a esa persona para estar bien, así, solo, era mejor.

Lograron dar con el lugar sin mucha dificultad. Él pagó los pases, luego la siguió. Anel observaba cada imagen embelesada.

—Mira, es asombroso que lograra captar una ola así —murmuró con esa vocecilla que parecía campanitas agradables, de pie, frente a una enorme fotografía.

Marcel ladeó la cabeza abriendo los ojos al tiempo que asentía. Cierto.

—¿Cómo es que sigue vivo?

Anel soltó una risita que de inmediato captó su atención. Nunca la había visto reír con soltura. En su cuerpo navegó de forma agradable una dulce sensación que había olvidado. Era como sentirse en paz, alegre por ver así al otro. Extraño, demasiado. Sonrió torciendo la boca para luego ir a ver otra imagen y dejarla ahí, absorta en lo suyo.

—Esta sí es impresionante —aceptó minutos después.

Ella se ubicó a su lado, intrigada. Una mano joven sobre una muy arrugada con un fondo negro que dejaba más que claro el tiempo recorrido de ambos.

—Es el ciclo de la vida —susurró a su lado, absorta.

Él la observó asintiendo.

Anel notó sus ojos sobre sí y, de inmediato, se acomodó un mechón tras la oreja.

—El fin es inevitable —su tono fue algo que no logró descifrar, sin embargo, la cimbró haciendo que lo mirara fijamente.

—Lo inevitable es parte de la vida —se animó a decir bajito.

Marcel asintió pensativo, un segundo después la dejó ahí, de pie.

—Te espero afuera.

Anel no comprendió su actitud, pero si algo iba aprendiendo era a no intentar descifrarlo y de alguna manera eso la tranquilizaba pues él tampoco se inmiscuía demasiado en sus pensamientos, en su vida. Terminó sin prisa, sabía que estaría ahí cuando saliera.

—¿Te gustó? —quiso saber ya de nuevo en el auto.

Ella asintió un poco entusiasmada. Cuando salió del museo él la recibió, mientras le daba una calada a su cigarrillo, con un helado de chocomenta amenazándola con que en casa comería lo que hubiese. Anel aceptó mientras se lo engullía como una niña de cinco años. El motivo de su retraimiento había desaparecido.

Al llegar él calentó, como solía, algo en el microondas. En cuanto tuvo el plato frente a ella arrugó la frente. Albóndigas.

—Fue un trato —le recordó con voz seria mientras se sentaba en el sofá que estaba tras ella y prendía el televisor. *Deben de ser como las seis,* pensó, notando que el sol iba dejando de calentar el exterior. Resopló, torciendo la boca. No era su platillo favorito, la buena noticia era que era solo una con un poco de arroz a un lado. Podía tratar. Perdida en sus pensamientos lo acabó más rápido de lo pensado—. ¡Vaya!, alguien quiere dejar de parecer una chiquilla de doce. —Se levantó al verlo pasar frente a ella para dejar su plato.

—Deja eso —le pidió afligida.

El chico le quitó el plato vacío y lavó ambos. Al terminar, giró enarcando una ceja.

—¿Te importa lo que piense de ti?

Anel miró sus pies cubiertos por esas botas afelpadas y se encogió de hombros. Marcel se acercó y acarició su mejilla, haciendo que posara su atención en sus ojos oliva.

—Ya te dije que yo no tengo problemas con tu cuerpo, tampoco con tus labios. —Mordió levemente uno sin dejar de verla. Ella alzó una de sus manos respirando torpemente y la colocó sobre su muñeca, como solía hacer mientras que la otra, con la palma abierta, la ubicó sobre su abdomen.

Marcel sonrió al verla así; de nuevo turbada y afectada por su cercanía tanto como él. La besó de manera intensa, abriendo su boca sin reparos, invadiéndola sin tregua. Perdió una mano en su trenza suelta tocando así su nuca con aprensión y con la otra rodeó por completo su cintura. Anel otra vez dejó salir su lengua. Esta vez con mayor valentía se movió, lo probó, lo lamió.

De a poco, la fue sacando de la cocina. El encuentro se intensificaba con cada caricia, con cada roce. Su olor a cítricos lo mantenía en vilo. Sus dulces respuestas lo demolían placenteramente. Pasó una mano por su cadera, por su trasero, pegándola más a la

muestra de su excitación. Anel jadeaba quedamente perdiendo uno de sus delgados brazos tras su cuello y el otro en su ancha cadera.

El enorme sillón los detuvo. Con cautela, y a la vez con deseo enloquecedor, fue recostándola. Soltó esa boquita de corazón que a miel sabía, le quitó con cuidado sus gafas y probó, de nuevo, como ansiaba, su mentón, perdiéndose en su cuello que olía a limpio, a su esencia a naranja, delicioso.

Lamió con sutileza cada línea de su rostro disfrutando, absorbiendo su ser, muriendo por llegar al centro de esa chica que lo sumergía en una bruma tan espesa que tan solo el deseo se podía palpar. Era tan suave que pronto se encontró sobre ella mordisqueando su lóbulo, subiendo con seguridad su mano por debajo de su camisa, acariciando su abdomen plano, sus costillas prominentes, hasta llegar a donde deseaba. Cubrió su pecho al tiempo que Anel se arqueaba. Sacó la mano y la besó nuevamente en los labios con renovados bríos.

Pronto el calor fue asfixiante, en medio segundo su prenda superior salió volando sin darle siquiera tiempo a la joven de contemplarlo, mientras tomaba y se adueñaba por completo de su boca. Marcando su territorio con notoria convicción, fue abriendo botón por botón de la dulce camisa de ese ser que tenía frente a él.

Anel explotaría de un momento a otro, o por lo menos eso sentía. Su cercanía, la manera en la que se adentraba en su voluntad, en su torrente de ideas, barriendo y exterminando cualquier atisbo de inteligencia, reemplazándolo por ansiedad, por un apetito voraz que hasta ese instante jamás había creído que pudiera existir.

El pulgar de Marcel lindando en su pecho la hizo abrir los ojos. Él ya había abierto por completo su prenda y se la comía con la mirada. Nerviosa, respiró agitadamente. Quería decir algo, lo que fuera, pero su garganta estaba completamente

cerrada. Vamos, ni siquiera recordaba cómo articular ningún vocablo.

El chico aprisionó, sin dificultad, con las manos sus pechos aún cubiertos por aquel sostén rosa pastel que los vestía a la perfección, pero que dejaba ver el valle de las pequeñas protuberancias. El gemido ahogado que emitió él solo logró que se arqueara sin poder evitarlo y fue en ese momento que Marcel besó su clavícula para, poco a poco, ir descendiendo. Anel se sentía extasiada, pero al mismo tiempo más perdida que nunca. Colocó sus manos sobre sus anchos hombros dejando salir suspiros con los labios entreabiertos, nada era tan excitante, tan delicioso, tan estimulante.

Su talle era diminuto, estaba seguro de que podría rodear su cintura con sus dos manos sin problema, aun así, perdió toda proporción cuando la encontró semidesnuda frente a él, así, con esa prenda llena de inocencia, con sus pulmones bajando y subiendo, ansiosos, marcando de una forma asombrosa sus costillas. Tenía un lunar junto a su ombligo que lo dejó noqueado y otro bajo su seno derecho que deseó morder hasta hartarse. Era, a pesar de su delgadez, demasiado perfecta. La deseaba y la deseaba en ese maldito momento.

A lo lejos ambos escucharon el timbre de su celular. No reaccionaron de inmediato. Marcel iba bajando los tirantes con los dientes para cada dos segundos besarla y regresar a la tarea. Lo estaba trastornando a tal punto que si no hubiera sido porque ahora era el de su casa el que había comenzado a sonar, en su puta vida hubiera cedido.

Gruñendo y dándole un golpe al sofá se levantó irritado. Solo su familia tenía el teléfono de casa y si llamaban con tanta insistencia, eran capaces de ir a buscarlo. ¡Carajo!

Descolgó el inalámbrico que estaba junto al televisor, varios metros a distancia de donde Anel lo miraba intentando recuperar los sentidos. La miró de refilón muerto de rabia y entró a su habitación dando un portazo.

Ella comenzó a abotonarse la camisa con movimientos torpes. Abochornada hasta lo indecible, sintiendo cómo aún la sangre, frenética, viajaba por sus venas, cómo sus células aún no registraban lo ocurrido, ahí, hacía unos segundos. Se puso de pie. Los lentes estaban en otro sofá y se los colocó de inmediato.

Maldición, su cabello se había soltado. *La trenza*. Con la blusa ya abrochada comenzó a buscar la goma para agarrárselo. Tiritando, removió con nerviosismo los cojines, con las mejillas, sintiéndolas como dos fogatas, giró a su alrededor creyendo que si no la recobraba no lograría ser ella de nuevo. Las lágrimas amenazaban con hacer acto de presencia, el nudo en la garganta crecía.

—Debo irme —escuchó tras de sí. Se irguió pestañeando sin voltear. Marcel observó su melena castaña llegarle en ondas levemente marcadas por su anterior peinado a más de la mitad de su espalda. Se veía lustroso, espeso. La ternura que le provocaba era tan intensa como el deseo mismo. Se acercó curioso—. ¿Qué buscas? Anel, abrazándose a sí misma, no lo miró.

—La goma.

Asintió y sacó del bolsillo de sus *jeans* el objeto deseado, sin embargo, cuando iba a quitárselo la hizo hacia atrás logrando que Anel se pegara de nuevo a él.

—Déjalo así —dijo, alzando el brazo. La joven iba a retroceder cuando la atrajo a su torso desnudo. Dejó salir un jadeo ahogado y colocó, asombrada, las manos sobre sus pectorales. Dios, era perfecto, músculos tensos, abdomen plano y un poco de vello oscuro bajo el ombligo. Pasó saliva atreviéndose a mirar sus ojos, su color verde como el follaje de un árbol que está por secarse, la atrapó—. ¿Entonces a ti también te gusto? —preguntó con sensualidad contenida.

Maldito Efrén, maldita junta, maldito futuro que se le venía encima. No obstante, ella lograba, de una forma que no com-

prendía, que lo olvidara por instantes. Tal como ocurría en ese momento. La losa que cargaba sobre la espalda, y que incluso había noches que lo despertaba ahogándolo, no la sentía, ni siquiera la recordaba.

—¿Me la darás? —quiso saber, cautelosa, avergonzada.

—No lo sé… —jugueteó como lo haría un chaval de quince. Anel se intentó alejar, pero de nuevo la pegó más—. ¿Qué? ¿No quieres terminar como se debe lo que empezamos, chiquilla?

Dejó de respirar abriendo de más sus párpados, aturdida. Marcel disfrutaba de cada reacción, atontado.

—Y-yoo…

—Toma, de todas formas no será hoy. Como te dije, debo irme. —Y la soltó al tiempo que le daba lo que deseaba. Se terminó de vestir, agarró las llaves y abrió la puerta esperándola—. Vamos, te llevo.

Anel se hizo una coleta suelta que le pareció adorable y negó pasando frente a él.

—Me iré sola, gracias —Marcel arqueó las cejas cerrando tras de sí.

—Puedo llevarte —le dijo mientras esperaban el ascensor.

—Puedo irme sola —repitió Anel observando en qué piso iba el aparato.

—¿Qué? ¿Estás molesta porque te dejé plantada el sábado? ¿O porque no llegamos hasta el final?

Ella no se movió. Sabía que lo había escuchado, pues estaba a su lado y no había ruido alrededor, pero no dio acuse de recibido.

—No somos nada, no tengo por qué molestarme —le recordó cuando llegó el objeto metálico. Entraron.

—Ni lo seremos.

Anel aferró el tirante de su mochila con mayor fuerza.

—Entonces, no preguntes cosas como esas —reviró, dejándolo por primera vez mudo pues, aunque su vocecilla era dulce, como solía, sí sintió que lo decía con sinceridad, con crudeza.

Menos de diez minutos después ella bajó de la camioneta frente a la enorme casa en la que residía, pronunciando un «gracias» de lo más escueto.

La observó entrar, rabioso. ¡Ahg! Solo esperaba que valiera la pena para eso que lo habían llamado. Se había marchado irritado, frustrado y sabiendo que debería llegar por la noche a dejar salir de su cuerpo todo lo que ese pequeño ser le provocaba.

Nada más
capítulo 6

En el recibidor, las maletas de su madre le dieron la bienvenida. ¡No!, no de nuevo. Una hora después supo que se había ido. Estaría fuera dos días, así que el suplicio tenía dos noches por delante. La buena noticia era que el fin de semana él la alcanzaría.

Sin poder probar bocado de lo que Cleo le había subido a su habitación, intentó hacer los deberes. Iba a cerrar con seguro, pues una de las chicas del aseo se llevaba su charola intacta, cuando él apareció. De inmediato, tembló, sus palmas sudaron y el miedo le hizo respirar más rápido. Ary no tardaría en llegar o eso esperaba.

—¿Se puede saber dónde estuviste, Caramelito?

Sin dejar que pasara, lo miró rabiosa.

—No le importa.

El hombre agarró su mejilla para luego apresar su cuello con la intención de acercarla.

—No quiero chicos, Anel —le advirtió con un gesto que le heló la sangre. Sus ojos marrones la perforaron con ira y clara advertencia, con posesividad primitiva.

—Tengo que hacer tareas —murmuró, petrificada. Su olor le generaba náuseas, un asco tal que se sintió enferma de inmediato.

—Eso está mejor, céntrate en tus estudios… —su tono iba cargado de amenaza. Nunca le había hablado así ni se le había acercado tanto.

—Suélteme —le rogó con voz quebrada.

Alfredo acunó su barbilla con firmeza lamiéndose los labios al tiempo que veía los suyos. Las lágrimas aparecerían en cualquier instante.

—Mientras así sea…, podremos estar todos tranquilos y las cosas con tu madre irán bien. ¿Comprendes, Caramelo? Asintió, entendiendo; sin novio, no pasaría de la raya—. Me alegra, ya sabes, calladita —besó su frente, dejando un rastro de saliva y se marchó.

Anel cerró la puerta sin poder controlar su cuerpo. Se dejó caer al piso, apretando los dientes y puños con rabia e impotencia, limpiándose una y otra vez; sintiendo el maldito miedo atropellarlo todo. Ni la razón, ni la objetividad entraban, solo el hecho de que lo odiaba y que estaba jodidamente enfermo.

Varias horas después continuaba ahí con las manos enrolladas en sus rodillas meciéndose de forma convulsa. El piso frío no le importó, así como tampoco que la temperatura fuera bajando. Deseaba irse, salirse de ahí. Si lo hacía, ¿a dónde? Donde fuera, era mayor de edad. Temía que él la buscara, la encontrara y entonces sí estuviera a su merced. Ya en una ocasión se lo había dicho tras huir.

«Corre tanto como puedas, cuanto más lejos, mejor. Ya nadie podrá intervenir».

A media noche se tumbó en la cama mirando aprensiva la puerta. Atenta, con pánico. Siempre era así y aunque había pues-

to un mueble un poco pesado y que si se movía, sonaría al instante, el miedo solía anidar ahí como si no hubiera nada que lo limitara, entorpeciendo su pensar, su lucidez, envolviéndola en ese túnel repugnante donde solo podía sentir la impotencia de no poder escapar.

Para el viernes ya se sentía fuera de su órbita, pero nada diferente a otras ocasiones. A Marcel no lo había visto, sus amigas preguntaban poco sobre su vida. Con el tiempo, al ver que no daba mucho detalle, que se guardaba para sí lo importante, habían dejado de hacerlo. Las quería, claro que sí, pero Anel, desde que todo fue de mal en peor, parecía dejarse llevar como una tela por el viento. Leía mucho, se encerraba en su mundo y aunque salía con ellas de vez en cuando, le quedaba claro que el vínculo fuerte era entre Alegra y Mara, y ella tan solo las acompañaba, nada más. Se sentía seca y con poco que dar.

—¡Ey! No te había visto.

Salió de sus pensamientos al escuchar la voz de León, uno de los pocos amigos de su preparatoria y secundaria. Él había presenciado su cambio, él la apoyó, él la consoló cuando más lo necesitaba; él había sido su incondicional hasta que se enamoró de una chica y se alejó bastante. Sonrió sinceramente, girando. Era apuesto, de su edad, solía hacerla sentir más ligera. Sin más, la cargó para depositarla sobre el suelo riendo.

—¡Vaya, Anel! Si no vengo por algo en la mañana, no te veo. —Tomó sus manos para luego cambiar su expresión—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —mintió alegremente, ladeando la cabeza observándolo—. ¿Y Ely? —preguntó por su novia. Se llevaban bien, pero no era su amiga, no como él.

—Bien, ya sabes, sus loqueras, pero todo va genial. —Anel lo abrazó de nuevo—. Todo continúa mal… —murmuró León junto a su oreja. Ella asintió sin soltarlo—. Vamos, debes comer, yo te invito algo en la cafetería y me dices qué ocurre… No te ha tocado, ¿verdad?

Se separó, negando asustada. Era el único que sabía lo de Alfredo. Miles de veces conversando sobre ese sucio punto, lograron creer que no se acercaría, que de alguna manera mantendría las cosas así, pues ya había pasado mucho tiempo y no avanzaba.

—No, no —susurró avergonzada de su falta de control. La sola mención de ese hombre agravaba los síntomas de un cuerpo por demás descuidado, mal atendido, desprovisto de lo necesario. Él besó su frente, tomándola por los hombros.

—Vamos.

—No, tengo clases. No te preocupes, León.

Este acunó su barbilla, preocupado.

—Mierda, Anel. Siento mucho haberme alejado, prometo que estaré más al tanto. Júrame que comerás más tarde… Ya estás demasiado delgada.

Rodó los ojos asintiendo. Sabía que debía engullir más, sabía que no era sano seguir por ese camino, sin embargo, no lograba reconciliarse del todo con la comida, muchos de los peores momentos vividos los últimos años habían sucedido en el comedor, cuando pensaba ingerir lo que se le servía. De alguna forma, Analí siempre se las arreglaba para que su ingesta doliera incluso, como si de piedras con púas se tratara, y de a poco, sin percatarse, fue aborreciendo todo aquello que pasara por su boca.

—Lo prometo.

La acompañó hasta su aula, hablándole sobre su carrera, su relación, su felicidad. Lo escuchó taciturna, sintiéndose por primera vez irritada con él. Su alegría era molesta, su cercanía no llegaba a su ser como solía y, de hecho, le hastió. En las puertas del salón se despidieron quedando en marcarse. No lo haría, no pronto por lo menos, y sabía que ese chico tampoco. Ya no era lo de antes, ya no reía como solía y no tenían nada en común. Sacudió la cabeza y entró triste. Así era la vida. «El fin es inevitable», recordó sus palabras con nostalgia. Eso podía ser cierto.

Marcel bullía, sentado, mientras escuchaba la exposición de uno de sus compañeros. Deseaba romperle la cara, deseaba ir por ella y sacarla de la puta clase para besarla, besarla por completo y recordarle que ese juego aún no terminaba. Pero lo que más rabia le daba había sido ver cómo reía, cómo parecía despreocupada, cómo lo abrazaba, cómo se escondió en su pecho, aferrando su camisa con aquellas manitas que ahora tan bien conocía y que, ¡con una mierda!, no deseaba que estuvieran sobre nadie más, no mientras sintiera la puta sangre hervir gracias a lo que habían dejado pendiente.

Sí, desde esa maldita noche no había podido estar en paz. Su tío lo había llamado porque el consejo deseaba estipular la fecha de su incorporación, haciendo que firmara y se comprometiera de esa manera a no fallar. Tres malditas semanas después de salir de clases. Ese era el puto tiempo que tenía de libertad.

Al día siguiente quiso acercarse, pero su hombría se lo impidió, no le agradaba nada ver que no parecía afectada por su lejanía, que no lo buscaba, vaya, que ni siquiera parecía recordarlo cuando lo tenía lejos.

En cuanto la hora de clase acabó fue hasta aquel edificio donde los viernes tenía otra clase. Iba a subir cuando la vio bajar. Al toparse, Anel se detuvo.

—Hola —fue la primera que habló al notar su mutismo. Silencio—. ¿Estás bien? —quiso saber. No se movía, solo la miraba de arriba abajo notoriamente contrariado, contenido.

Marcel iba dispuesto a dejar claras las reglas de ese bendito juego, pero al verla, algo en su interior se detuvo. Iba dulcemente vestida, como solía; unos pantalones de gabardina color miel que si bien no le quedaban grandes no se le adherían, un suéter de cuello alto, holgado, rosa oscuro, junto con unas botas que iban bajo su atuendo. Pero lo que lo alertó fue sentir que no era el momento. Se acercó, observándola fijamente. Ella se aferró al pasamanos, pestañeando.

¿Qué le ocurría?

—De nuevo nos has comido ni dormido —apuntó seriamente. Anel se acomodó un mechón, descolocada—. Carajo, ¿qué mierdas ocurre contigo? —La tomó de la mano y la hizo bajar.

Ya en su apartamento husmeó en su frigorífico, y le sirvió una pasta fría acompañada de ensalada. Un minuto después se alejó, como solía. No había dicho ni media palabra, salvo de nuevo un *come* que no dejaba dudas a que obedeciera.

Al concluir, lavó la vajilla y se recargó en la repisa intrigada por su actitud. Había plátanos, muchos.

—¿Puedo? —preguntó bajito. Él asintió sin verla, parecía demasiado atento al televisor. Se acercó discretamente mientras le quitaba la cáscara. Una película de suspenso que ya había visto. Se sentó a unos metros de Marcel, poniendo atención a la cinta, nuevamente intrigada. Al acabar, se miraron sonriendo.

—Estuvo buena —señaló el chico relajado.

—Sí —admitió ella, al tiempo que este le quitaba la cáscara que se hallaba aún entre sus dedos.

—Digo, los finales felices siempre lo estropean todo, pero ya sabemos que es lo que la gente quiere ver…

Anel se levantó ubicándose tras la barra mientras él tomaba agua a grandes tragos.

—Deben existir —musitó.

Marcel se encogió de hombros, indiferente.

—Es una estupidez, la vida es esto… —señaló, dibujando un círculo en el aire.

—Supongo… —Jugó con sus dedos, abatida. De pronto lo sintió cerca, estaba recargado a su lado sobre la superficie plana.

—¿Por qué no duermes? —quiso saber. Ella se irguió, mirándolo de reojo, incómoda—. No importa, ven —la atrajo hacia su cuerpo con una mano sin dificultad—. ¿Qué quieres hacer? —Anel no lo comprendió, pero se acomodó en su pecho adorando la sensación de sentirlo, así, cerca. El chico acarició su mejilla

deleitándose con su aroma, con su reacción, con su piel laxa, cremosa—. Si comienzo ahora, no pararé —le advirtió con voz diabólicamente seductora. Debían ser casi las cinco, tenían un buen tiempo por delante.

—No sé —murmuró con voz estrangulada.

Marcel aspiró su olor cerrando los ojos y le quitó la goma del cabello. De inmediato se puso nerviosa.

—¿Q-qué haces?

—Yo sí sé —y comenzó a besar su cuello con infinita paciencia, lamiendo apenas perceptiblemente su piel. Sintió sus vellos erizarse, sus manos delgadas apretar su camisa mientras soltaba un suspiro delicado.

—Ma… Marcel —musitó quedamente.

Se separó y la miró con ojos vidriosos, con las pupilas dilatadas.

—Sí, yo…, yo nada más… ¿Comprendes? —Y devoró su boca con fervor. La tomó por la cintura y la sentó sobre la barra apresando sus caderas con fuerza. Sus manos comenzaron a viajar por su talle, por debajo de su ropa, como las olas cuando poseen la arena, como escarcha que congela cada rincón en una helada. De a poco, fue llegando de nuevo a aquella prenda que esta vez desaparecería. Se despojó de la propia, aferró su rostro e hizo que lo mirara—. Es tu oportunidad de decir «no» —jadeó, respirando como si estuviera en medio de un maratón. Anel, con sus labios hinchados, con el cabello alrededor de su rostro, ya sin sus gafas, se veía asombrosamente mujer, demasiado tentadora, arrebatadoramente hermosa, sensual, incluso—. ¿Has estado con alguien? —quiso saber antes de entrar en ese camino sin retorno al que moría por llevarla, por arrastrarla hasta que de esa boca salieran jadeos y gemidos cargados de lujuria. La chica, con su respiración agitada, lo miró a los ojos negando. ¡Mierda! No sabía lo que en realidad esperaba, lo cierto era que hubiese preferido que su respuesta fuese otra. Salvo una vez, no había vuelto a acostarse con una chica primeriza, pero sí sabía que tendría que

contenerse y eso no era lo que precisamente deseaba. Aspiró, asintiendo, mientras lamía su boca al ver que se iba enfriando—. Ya no hay retorno, Anel —le advirtió, mordisqueando un labio con sensualidad.

—No quiero que lo haya —admitió, aferrándose de sus hombros. Sonrió, torciendo la boca como solía y sin más la besó al tiempo que levantaba su suéter y lo aventaba al piso. Recorrió su espalda angosta disfrutando de lo que provocaba en ella, pues temblaba, dejaba salir pequeños suspiros y respondía sin dudar. Mientras torturaba su cuello, la elevó y se dirigió con ella a cuestas hasta su habitación. Si era su primera vez, ese no era el lugar adecuado.

La depositó sobre el colchón al tiempo que le desabrochaba el sostén lentamente. Anel observaba su torso, embelesada. Lo que vio en su mirada casi lo hizo rugir: aceptación, admiración, la necesidad de ser lo que ella requería. Le bajó los tirantes sintiendo sus pequeñas palmas tocando sus pectorales, investigándolo.

Su forma le agradó. Era tan suave, sin prisas, que se encontró descubriendo su pecho lentamente, entrando en ese mundo decadente, lleno de esa bruma que parecía permear sus sentidos, logrando que se sintiera bajo los efectos de un elixir.

La desnudó con ternura, saboreando cada momento, cada expresión, cada gesto. Disfrutando como nunca el hecho de que la joven que gemía de esa forma única bajo su tacto, también lo fuera conociendo. Era muy delgada, pero definitivamente hermosa, su piel blanca, sus lunares salpicados, sus vellos erizados. Todo tan perfecto que la fue inspeccionando con deliberada lentitud, probando cada uno de sus rincones, besando incluso sus dedos mientras ella sonreía enredando sus piernas alrededor de sus caderas. Verla así era delirante, inigualable.

Desprovisto por completo de las prendas que le quedaban supo que era el momento, pues Anel se arqueaba sudorosa, temblando como una hoja. Parecía no reconocerse, robar oxígeno

del aire para que sus pulmones no colapsaran, aferrándose a uno de sus hombros con una de sus manos mientras la otra él la mantenía apresada arriba de su cabeza. Tomó las precauciones necesarias y se adentró de una sola vez, sujetando su cintura con fuerza, pues sabía que no sería grata la invasión menos para ese menudo cuerpo. La chica intentó zafar su mano y, con la otra, apartarlo.

—No te haré daño… Shh… No te muevas, chiquilla.

Sus palabras lograron traerla a la realidad. Abrió los ojos con lágrimas. Marcel las lamió con sensualidad, apretaba los dientes conteniéndose y volvió a besar sus labios, a jugar con su interior; a esparcir con sus dedos caricias relajantes por todo su costado.

Cuando la sintió abandonada reanudó la lucha. Fue poco a poco, sin permitirle tensarse. Absorbiendo cada uno de sus gemidos, de sus quejidos. Saboreando uno de los momentos más extraños y asombrosos que había tenido.

Un poco después, se dejó ir sintiendo cómo ella, asombrosamente, lo acompañaba. Un último gruñido que salió desde el fondo de su estómago le hizo saber que todo había terminado. Sobre ese esbelto cuerpo la bruma fue despareciendo. Sin embargo, su corazón seguía golpeando como un maldito demente.

Desconcertado por lo fuerte de lo ocurrido, se apartó demasiado turbado. No, ella no podía adentrarse más. Se levantó con una opresión en el pecho, sintiendo cómo se cimbraban cada una de sus células, de sus jodidas neuronas. ¿Qué mierdas le ocurría?

—Saldré en un rato —se escuchó decir al tiempo que cerraba la puerta del baño, para después recargarse en ella negando con los ojos cerrados. Una vez había querido; una vez tuvo el deseo y esa persona no supo permanecer a su lado cuando más la había necesitado; cuando la soledad lo permeó todo, cuando el dolor casi lo había consumido. No, no entraría en ese maldito territorio, nunca más. Él era egoísta, demasiado, por lo mismo estaba así, solo, y no lo cambiaría.

Anel, con los ojos nublados, se incorporó sin dar crédito de lo que acababa de hacer y menos de lo que él le acababa de decir. Al sentarse, ese maldito dolor de cabeza regresó. Dos noches sin dormir, casi sin comer, más lo ocurrido, era ya demasiado. Se puso el sostén como pudo, evitando que las lágrimas que amenazaban por salir lo hicieran. No podía culparlo. Más claro no podía ser… Además, lo ocurrido había sido perfecto, mejor de lo que alguna vez creyó que sería.

Encontró su braga. Dios, la cabeza. Apretó los dientes y se la calzó torpemente.

Debía irse a dormir, olvidar todo y dormir. Ese tipo no estaría ya en casa y podría descansar. Se levantó con la intención de juntar el resto de su ropa. Al dar un paso, sintió que el piso se movía, que todo se nublaba a su alrededor; la cabeza iba a explotarle.

—¡Ey! —Cuando creyó que terminaría sobre el frío piso de mármol, unos brazos la elevaron y depositaron sobre el colchón. Gimió—. ¿Estás bien? ¿Anel? —parecía alterado, no lograba abrir los ojos.

—L-la ca-be-za —sintió ganas de llorar al tiempo que se llevaba una mano a la sien, apretando.

—No te muevas, voy por un analgésico —aunque quisiera no lo lograría, ningún músculo podía responder.

Nervioso, Marcel llegó con agua y un par de pastillas. Ella parecía ajena a todo, ahí, con su ropa interior, sobre sus sábanas revueltas, con esas enormes pestañas custodiando su débil espíritu. Se sentó a su lado preocupado… ¿Se habría desmayado? Dejó lo que traía en la mesilla y la sacudió tomando su mentón.

—¿Anel?

La joven gimió quedamente, pero no despertó. ¡No, no era verdad! De nuevo estaba ahí, dormida, en su cama, semidesnuda, después de que… No, no le podía estar pasando eso a él. La observó, atento, de arriba abajo; se detuvo en ciertas partes, como sus piernas suaves, o su vientre sumido. De solo recordar

cómo lo había recibido, volvía a arder. Más arriba; su cuello delicado, su amielada boca. Al llegar a los ojos se detuvo; esas malditas ojeras habían regresado, purpúreas, profundas y ese dolor de cabeza ya había ocurrido.

¿Estaría enferma? ¿Por qué le sucedía eso? Por lo menos había comido y eso, sin saber la razón, lo aliviaba.

La metió bajo las cobijas absorbiendo su maldito aroma que, ya para esas alturas, lo sentía instaurado en sus pulmones. Al tocar su mejilla la sintió muy fría; la arropó con mayor cuidado dejándola ahí, en su cama, en su habitación, en su apartamento. ¿Qué más podía hacer?

Se fumó un par de cigarrillos en la terraza, sentado en uno de los sillones del exterior observando la ciudad. No quería pensar, no deseaba cavilar de más respecto a lo que ahí pasaba, simplemente sentía la necesidad de dejarse llevar por lo menos unas horas. Anel no estaba bien y, con todo y eso, le había proporcionado uno de los momentos más extrañamente inigualables.

Entró. No traía nada que le cubriera el dorso y ahí el aire soplaba fuerte debido a la altura. Se puso la camisa observando el suéter de ella en el piso. Lo agarró instintivamente llevándoselo a la nariz. Olía a naranja. Era una fragancia delicada, tierna. Sonrió como un imbécil al recordar de nuevo todo. Sí, había sido mucho mejor de lo esperado a pesar de que era su primera vez. Sin embargo, ese momento se había opacado con la marea de sentimientos que llegaron cuando la bruma en la que lo sumergió, se fue, para después ser reemplazados por miedo al verla casi desplomarse frente a sus ojos, tan pálida como la nieve.

Se perdió en sus diseños arquitectónicos varias horas, como solía ocurrirle cuando se metía en ello. Sus amigos le habían marcado tantas veces que decidió apagar el móvil. No podía dejarla ahí sola.

Como a las diez, entró. Seguía incluso en la misma postura. ¿Qué debía hacer? Torció la boca, pensativo. ¿Cómo un ser tan

frágil le generaba tantas cosas en el interior? Sacudió la cabeza. Cenó algo y regresó. ¿Habría avisado a su casa? Se colocó a su lado y volvió a moverla con delicadeza.

—Anel, en tu casa se preocuparán… —susurró cerca de su rostro que, debido al calor del cobertor relleno con pluma de ganso, estaba *chapeteado*. Era en serio muy bonita. Ella dejó salir unos suspiros delicados. Cambió al fin de posición haciéndose ovillo y lo ignoró—. Anel, despierta… —un quejido caprichoso salió de esa pequeña garganta. No pudo evitar sonreír. ¡Maldita chiquilla, en qué lo estaba metiendo! Era viernes, igual y si la llevaba más tarde no tendría problemas.

Minutos después se metió bajo las cobijas, a su lado, con tan solo su pantaloncillo de pijama. No dormiría en otro sitio, sería absurdo después de lo que había ocurrido entre ambos. Noches evocando tenerla, aunado a las pesadillas recurrentes, tenía sueño, así que descansaría en su colchón, con esa pequeñuela a su lado. Con un brazo bajo su cabeza y el otro sobre su torso observó la oscuridad aún sin poder creer que estuviera compartiendo cama, menos que ese alguien fuera esa dulce chica.

Siempre que se acostaba con una mujer y todo acababa, salían al poco tiempo del apartamento, justo como intentó hacer hacía unos minutos, solo que por distintas razones. Mientras esa joven que tenía a su lado estaba generando una colisión en su mundo, las demás eran sexo que después de que sucediera, deseaba una buena borrachera y llenar los enormes vacíos que en su vida existían.

Dormiría un rato. Colocó el despertador a la una y media, suponiendo que tendría que salir a esa hora para llevarla.

—¡No!, ¡no!… ¡Déjame! ¡No!, ¡no me toques!

Esos gritos lo despertaron peor que si le hubiesen echado agua helada sobre el rostro. Anel se removía violentamente a su lado gritando como loca. Se acercó intentando despertarla, al hacerlo la chica abrió los ojos y con la mirada desorbitada se pegó a la cabecera, huyendo, o eso parecía. Arrugó, asustado, la frente.

—¡Mierda, soy yo, soy Marcel!, ¿qué te pasa? —Le habló fuertemente. Ella sacudió la cabeza aún perdida. La tomó por el mentón para que lo enfocara—. Despierta, maldición, ¡soy yo! —Primero intentó luchar, pero poco a poco fue regresando.

—Debo irme —musitó asustada al reaccionar. Quiso levantarse, pero él la detuvo. ¡Pura madre!, eran más de las tres de la mañana. ¿Y el despertador? Maldito aparatejo, no lo había escuchado. Luego ajustaría cuentas con él.

—Estás loca; es tardísimo —temblaba, sudaba. Las lágrimas comenzaron a salir. No comprendió qué sucedía ahí, sin embargo, la abrazó consolándola. Sabía muy bien lo que era tener intrusos en la mente cuando se estaba inconsciente, la desazón que dejaban en el alma, en la piel—. ¿Puedes quedarte? —se encontró preguntando con voz queda mientras acariciaba su espalda desnuda. ¿Por qué había dicho aquello? Ni idea, pero lo deseaba, en serio lo hacía. La joven asintió despacio, mucho más relajada, respirando de forma casi regular—. ¿Tus padres?

—De viaje… —logró articular limpiándose las mejillas, de ninguna manera deseaba apartarse de ese pecho que la hacía sentir inigualablemente segura, que derretía sus miedos como si se trataran de láminas de cera al contacto de las llamas de un fuego intenso—. Debo dejar un mensaje —dijo de pronto. Marcel asintió. Un minuto después salió por su mochila y se la tendió mientras ella permanecía ahí, en la orilla de la cama, acurrucada. Tecleó algo, luego lo miró—. Lo siento.

Él se acercó, sonriendo, se metió bajo las cobijas nuevamente y con una mano la atrajo hacia su pecho para que su nuca quedara frente a su nariz.

—Solo no me vuelvas a despertar así o me dará un paro cardíaco.

La escuchó reír, besó su cabeza y cerró los ojos. Eso era lo único que deseaba, dormir con ella adherida a su piel.

Vivir el momento
capítulo 7

Abrió los ojos al sentir demasiado calor. Ese olor, su nariz escondida entre su pecho desnudo, mientras sus brazos la rodeaban y su barbilla se hallaba recargada en su cabeza. Seguía dormido. No recordaba haber descansado así en años, no desde que había apartado esa imagen. Con la pesadilla donde «ese asqueroso» se acercaba con intenciones repulsivas, tuvo suficiente. Esas cosas le pasaban con más frecuencia de la que podía admitir, pero con Marcel ahí, el miedo había cedido casi de inmediato como cuando la luz refulgente del sol derrite el hielo después de una nevada.

Se apartó delicadamente, debía irse, de hecho, no debería de haberse quedado dormida sin más en aquella cama, mucho menos accedido a pasar la noche ahí. No obstante, después de ese espantoso sueño, lo último que quería era regresar a ese oscuro lugar donde se hundía cada minuto más.

Él, de alguna manera que no lograba descifrar y en la cual no deseaba ahondar, le brindaba la seguridad perdida, la necesidad

de olvidar lo que en su entorno lúgubre acontecía. Siempre dentro de una cueva húmeda, tan sola, tan perdida, ya ni siquiera se sentía ella misma; ya ni siquiera lograba adentrarse en su interior, hacer contacto con su ser, ese que se resguardó mucho tiempo atrás debido al dolor, debido a que esa fue la única manera de enfrentar el día a día; debido a que nada había sucedido que valiera la pena como para salir de ahí, de ese lugar donde se hallaba bien resguardada. Pero de pronto, había llegado ese chico duro, contradictorio, que generaba millones de emociones con tan solo un gesto rudo, que sensibilizaba su interior a un grado que no entendía, y… Y ya no se sentía igual, nada era lo mismo… Un miedo diferente, un sentimiento incongruente y que definitivamente se estaba haciendo demasiado fuerte, permeaba todo sin consultarle, sin avisarle. No, eso no estaba bien, no era lo más sano para su débil existencia.

Se sentó sobre el mullido colchón acomodándose el cabello que, sabía, no estaba tan desaliñado gracias a lo lacia que era. ¿Dónde estaban sus *jeans*?

—¿Qué sucede?

Esa gruesa voz la hizo girar. Él se frotaba los ojos poniéndose bocarriba.

—Yo… Yo no sé dónde está mi pantalón —admitió con un hilo de voz. Dios, era guapísimo.

Marcel se incorporó en un codo y le indicó con la otra mano un sillón gris oscuro. Apenas si se veía con las persianas gruesas corridas. Se levantó con timidez, y él la observó. La joven pasó saliva con dificultad, intentando enterrar cualquier demostración innecesaria.

—¿Qué haces? —quiso saber, tumbándose de nuevo, deleitado por lo que veía.

Anel se percató de su mirada lujuriosa, pasó saliva sin poder creer que la viera como si fuera algo tan apetecible, como si de verdad le gustara.

—Debo irme. —El chico de inmediato se tensó, incorporándose—. Siento haberme quedado dormida. —Acto seguido salió de ahí abriendo la puerta con cuidado, sin prisa.

¿Qué? ¿Así, nada más? ¿Qué mierdas?

Se puso de pie y salió tras ella. Ya se acomodaba el suéter y sujetaba su cabello con la goma que estaba sobre la barra de la cocina, todo a paso sereno.

— No tendrás problemas, ¿cierto?

La veía ir y venir con una indiferencia asombrosa, desconocida.

¡Al diablo! Si así se portaría de fría, él también.

Ella negó, regresando a su habitación para salir con sus calcetines y botas en la mano. Se las puso sin verlo a los ojos ni una sola vez. Metió sus cosas a la mochila ya un poco nerviosa por su extraña conducta.

—Gracias —musitó, avergonzada, al tener ya el picaporte de la puerta en la mano. No deseaba que él la echara porque sabía que entonces sí quedaría devastada. Irse sin hacer aspavientos era lo mejor, después de todo no eran nada y ella lo había aceptado.

—Cuando quieras —rugió él desde atrás apretando los puños con rabia.

La vio desaparecer, incrédulo. ¿Era en serio? Unos minutos más pasaron en los que no se movió esperanzado. No regresó, no nada. Aventó un cojín furioso y regresó a su habitación. Se dejó caer sobre el colchón lleno de frustración y, al hacerlo, su maldito olor apareció como si moléculas de polvo añejo se hubiesen elevado al moverlas.

—¡Ahhh! —gritó, dándole un golpe molesto a la cama. Se dio una larga ducha.

Bramando y maldiciendo, una idea surgió. De nuevo se sentía de buen humor. Se vistió deprisa y la llamó. Después de tres timbrados la escuchó contestar. Soltó el aire con disimulo.

—Hola… —su vocecilla lo hizo sonreír. Sí, aún necesitaba más de ella.

—Voy por ti en cuarenta minutos.

—Marcel, yo… —no sonaba convencida.

—Ponte ropa cómoda y trae tu cámara. Te veo afuera de tu casa —y colgó. Pasó por algo de comer, lo pidió para llevar y llegó justo a tiempo. La joven salió enfundada en *jeans*, una blusa violeta de algodón muy sencilla y tenis claros con una pequeña mochila colgando. Algo molesto se removió en el pecho al saberla tan suya, tan ajena. Se subió con timidez, sin mostrar ninguna emoción.

—¿A dónde vamos? —quiso saber, perdiendo la vista en el exterior. Era asombroso que nada hubiese cambiado en ella después de lo que habían compartido.

—Al zoológico.

Anel volteó, intrigada, intentando mantenerse imperturbable, pero él no se lo ponía nada fácil, aun así, lo seguiría intentando, eso que tenían no tardaría en acabar y lo sabía muy bien.

—No me veas así, ¿has ido?

—Hace muchos años —aceptó, sin poder comprenderlo. ¿Qué habría dentro de su cabeza que cambiaba tan abruptamente sus estados de ánimo?

—Yo también, pero es uno de los mejores, algo distinto suena bien —soltó, mirándola de reojo.

El lugar estaba asombrosamente cuidado, limpio. Lo recorrieron uno al lado del otro, todo sin tocarse, sin entrelazar las manos, simplemente ahí, juntos. Marcel observó cómo Anel iba relajándose conforme pasaban las horas. Si bien su forma seguía igual, sonreía un poco más, hablaba un poco más. Le señalaba animales para luego sacar la cámara y fotografiarlos encantada, entusiasmada, casi infantil.

Cuando el sol ya era muy fuerte compró una gorra del lugar y, sin consultarle, se la colocó. Anel torció el gesto sin estar muy convencida, él llevaba la suya y se veía espectacular, cosa que, estaba segura, ella no. El chico acarició sus mejillas con sus pul-

gares sonriendo de una forma mágica que logró cimbrar varias partes de su ser que no deseaba que asomaran cuando estaba en su presencia.

—Acabarás insolada… Aunque así luces más como una chiquilla.

Anel rodó los ojos y continuó su camino. ¡Ah, era imposible!

Horas después la instó a sentarse en un área verde obligándola a comer lo que llevaba.

—Pensaste en todo —musitó, mordiendo un plátano con las piernas cruzadas. Marcel iba a contestar cuando los recuerdos se agolparon como si de pronto una cinta se reprodujera ante él; a su madre le gustaba llevarlo ahí cuando pequeños. Observó su alrededor probando su emparedado y sintiendo incluso el viento de aquellos días—. ¿Eres de aquí? —Él aceptó encarándola con gesto lejano—. ¿Y tus padres?

Ahí iban las putas preguntas. ¿Qué nadie podía quedarse así, sin saber más?

—Muertos —dijo, dejándola helada por la manera en la que respondió y por el hecho en sí—. Y, por favor, no digas «lo siento», porque no me conoces y tampoco los conociste a ellos.

Anel dejó de comer sintiendo un nudo en la garganta. Marcel estaba molesto, incluso parecía haberse recluido de nuevo, ese tono hosco hizo su reaparición, así que como una flor que deja de ver el sol, también se cerró.

—¿Seguimos? —propuso después de varios minutos de silencio en los que ya no pudo continuar ingiriendo. Su confesión era dura, evidentemente demasiado dolorosa, pero no entendía por qué su molestia con ella.

—No hasta que termines la mitad de eso —exigió él, señalando un cuarto del emparedado.

—No finjas que te preocupa mi alimentación —reviró Anel envalentonada, no le temía, pero la desconcertaba tan profundamente que no le mostraría lo que generaba.

Marcel se acercó irritado, ubicándose a unos centímetros de su rostro con los brazos a los lados de su cadera. Ella continuó en su lugar sin moverse, sosteniendo su mirada con frialdad a pesar del maremoto que vivía internamente, sin embargo, no la amedrentaba, no él.

—¿Deseas terminar medio desmayada como ayer? Tu vida me importa un carajo, pero no quiero otra escena del tipo, me parecen ridículas. Ni soy un príncipe, ni tú una princesita de cuento. —Se levantó y la dejó ahí con el pulso a mil, con un sollozo atorado en el pecho.

La joven mordisqueó el trozo, no lograba pasarlo. Cuando creyó que ya era suficiente, tiró todo y pasó frente a él con su singular indiferencia. *No había nada, no había nada,* se repitió logrando así manejarlo, logrando así continuar el recorrido por aquel lugar asombroso. Marcel la siguió unos pasos atrás en silencio, solo observándola, culpable.

Se había portado como un imbécil, lo sabía, pero no podía evitar alejarla. Lily tendría su edad y odiaría saberla metida en algo como un desorden alimenticio, porque por mucho que Anel se empeñara en decir lo contrario, tenía uno y aunque todavía no la marchitaba, sabía que, si seguía, eso ocurriría pues aniquilaría su lozanía, su brillo, su… esencia.

Subieron al safari uno al lado del otro sin cruzar palabra. Ya arriba, la joven siguió fotografiando todo, comportándose como si no existiera, cosa que no parecía complicado, observó él, dejándola por un rato en paz.

De pronto unas jirafas se acercaron. La gente se emocionó al verlas tan cerca. Una de ellas, la más grande, no se detuvo y, de pronto, pegó su rostro al de Anel en un solo movimiento. Marcel se tensó a su lado mientras escuchaba los suspiros de sobresalto de los presentes. Por un momento creyó que se alejaría, que se asustaría, como muchas de sus amigas hubieran hecho, como podría pensar que era lógico. Por el contrario a eso, sonrió con

ternura y adhirió su frente a la del animal tocando su cuello con aquella delgada mano de forma delicada, casi mágica.

Apretó los puños. Mierda, la deseaba de nuevo, así, ingenua, dulce, suave.

Más tarde pasaron por la zona de monos, había de varios tipos, de varios tamaños. Unos pequeñitos que por ahí se encontraban sueltos, pues eran parte del atractivo, se subieron al hombro y cabeza de la chica. Anel tomaba fotos a un chimpancé sin percatarse de nada. Marcel soltó la carcajada sin poder evitarlo.

—No te muevas, tienes polizones —la joven ojeó su hombro intrigada y luego miró encantada hacia el cielo, sonriendo con frescura, con alegría. No lo pudo evitar, le quitó la cámara y capturó la imagen, y era que en su vida había visto algo más hermoso que ella riendo así, acercando su mano a uno de ellos mientras el otro se acurrucaba sobre su cabeza.

Un trabajador de ahí se los quitó segundos después con amabilidad al ver lo que hacían las simpáticas criaturas.

—Adiós, amiguitos —y los tomó entre sus dedos jugueteando un rato más con ellos mientras él notaba que en serio le agradaban los animales, y no solo eso, a ellos les agradaba ella.

Al terminar el recorrido se encontraban rendidos.

—Lamento lo de hace un rato —soltó de pronto mientras conducía rumbo a su apartamento. Anel no lo creyó del todo, sabía lo que deseaba y por eso se lo decía. Lo cierto era que también quería un poco más de él. Lo que le hacía sentir su cercanía no tenía comparación con nada y aunque pudiera parecer una tonta, lo necesitaba, quería aprovechar los momentos a su lado. Total, ahí no había mentiras, todo era tan claro como el agua.

—No pasa nada…

Al llegar ni mal cruzaron la puerta cuando Marcel se desprendió de la camiseta y a ella de la suya. La arrastró hasta la ducha y una vez que la tuvo bien desnuda, la metió bajo el chorro.

En una enorme tina, que fungía como regadera también, entre gemidos y suspiros se quitaron el polvo, el sudor, para terminar hechos uno sobre las cobijas de su cama, húmedos, colmados, saciados. En esa ocasión todo había sido más excitante, más fuerte, más delirante.

—Muero de hambre —anunció él a su lado, recobrando los sentidos minutos después. Anel buscó con qué cubrirse, de pronto se sentía demasiado expuesta. Marcel la miró de reojo y le tendió una camiseta que estaba sobre el sillón, fue un segundo al baño y salió ya con bóxer—. Vamos —la instó, saliendo de la habitación de lo más relajado.

Aún con las piernas temblorosas, y asombrada por lo impresionante que era compartir su cuerpo con ese chico rudo y seco, lo siguió. No se arrepentía, no lo haría nunca, lo que generaba su cercanía la hacía sentir viva, importante, y si ese juego terminaba al día siguiente, ya no se sentiría tan vacía, tan miserable pues de alguna forma la iba despertando.

Marcel supo que llegó unos segundos después. Mierda, todavía estaba turbado por cómo estaban sucediendo las cosas, pero más aún, por lo inigualable que era hacerla suya. No había remilgos ni exclamaciones exageradas, tampoco esa urgencia molesta sino vehemente, enloquecedora de sentirla en torno a su cuerpo, de poder gozar de sus suspiros y jadeos mientras la tenía solo para él.

—¿Helado o rosetas de maíz? —quiso saber al tiempo que abría una gaveta. Sabía bien lo que diría.

—Helado —le tendió un tazón para que se sirviera. Cuando sus palomitas estuvieron listas, un par de minutos después, las vertió en un tazón, las inundó de salsa picante y se dirigió al sillón en el que últimamente comía. Pronto encontró una serie de comedia.

Anel se acercó sigilosa y se sentó donde solía, no cerca, no lejos. Cuando el programa terminó, el chico se levantó y le entregó uno de los controles de la consola, riendo.

—Este es más sencillo, lo prometo —expresó inocente al ver que dudaba. No lo fue en realidad. Un juego de aviones navales era aún más complejo que el otro. No obstante, era divertido verlo gritar, maldecir y molestarse. Mientras ella intentaba dar una—. Nop, definitivamente esto no es lo tuyo —soltó cuando acabó finalmente. Anel le tendió el comando acomodándose un mechón tras la oreja, continuaba enfundada en su playera, sentada recatadamente a su lado, torciendo su linda boquita.

—Si ya lo sabes para qué me haces jugarlo.

Acunó su barbilla acercándola.

—Porque es divertido verte intentarlo.

Anel suavizó su expresión.

—Creo que nunca seré buena —su aliento logró que cerrase los ojos. Mierda, siempre olía así: a miel.

—La práctica hace al maestro —y sin soltarla la fue recostando sobre el sillón.

La chica elevó una mano y con timidez la posó en su mejilla. Le agradaba la sensación áspera, de barba incipiente, de piel cálida.

—Y tú te ocuparás de ello —se atrevió a decir osada, pero empleando esa vocecilla dulce que la caracterizaba.

Marcel viró un poco y mordisqueó con cuidado su palma.

—Por ahora, júralo… —sus palabras encerraban más de un significado y ella los entendió sin problema, sin embargo, decidió ignorarlo. Viviría el momento, aunque sabía las repercusiones de su decisión.

Ahí, en medio de la sala, estuvo a punto de tomarla otra vez; lo encendía como una turbina de avión, arrasando y absorbiendo todo a lo que su paso había. Anel sobre su regazo, dejándose llevar, abandonada, respondiendo a sus besos, a sus caricias; aventurándose con cada encuentro a tomar más, a recibir más, eso… Eso era mucho más de lo que podía asimilar.

—Quédate —se escuchó decir aún con ella encima, ya en su habitación, pues ahí estaba la protección y por mucha lujuria que sintiera no era ningún imbécil, jamás embarazaría a nadie.

Anel elevó el rostro y Marcel le quitó los cabellos que lo tapaban. Su piel estaba aún perlada, sus mejillas sonrojadas. ¡Dios, era hermosa!

—Debo avisar… —su tono cantarín lo hizo sonreír a pesar de darse cuenta de que ese tipo de solicitudes podían complicar las cosas.

Después de informarle a Cleo, de nuevo por mensaje, que estaría en casa de su tía Laura, ambos quedaron rendidos ahí, en esa recámara por segunda noche en menos de cuarenta y ocho horas. Si sus amigos llamaron, si había fiesta, reunión, salida a algún antro o bar, sencillamente lo había borrado de su cabeza. Entre ella, y el ejercitado día, cayó noqueado en cuanto tocó la almohada al igual que Anel, que a su lado, acurrucada, sin tocarlo, cerró los ojos y se dejó llevar sintiéndose, a pesar de lo extraño y torcido de la situación, en paz.

Por la mañana el sonido del interfono los despertó. Anel se encontraba presa en sus brazos, bien escondida en su pecho, mientras que una de sus piernas se hallaba enredada entre las suyas. Gimió, calientita ahí, sin desear moverse, aún sumergida en ese dulce sueño. Marcel, al percatarse de cómo habían amanecido y de lo bien que se sentía, sonrió nervioso. De nuevo el timbre. ¡Diablos! La joven se removió haciéndose hacia atrás lánguida, somnolienta.

De nuevo.

—¡Con un carajo! —bramó extendiendo el brazo. Aunque sonaba afuera, podía contestar desde ahí.

—¡¿Quién?! —Anel se talló los ojos mientras él la observaba desperezarse. Mierda, eran Rodrigo y Lalo. Se levantó de un brinco, rabioso. No quería que la vieran ahí—. No salgas, ahora los echo. No quiero que sepan que me acuesto con una chiquilla —soltó sin pensar al tiempo que cerraba la puerta.

Anel se incorporó sobre sus codos de nuevo incómoda. Era asombrosa la habilidad que tenía para subirla y bajarla en segundos, para hacerla sentir única y, enseguida, algo insignificante. La puerta se abrió, depositó él sus cosas sobre la cama, mientras que con el dedo le indicaba silencio.

Sin darle vueltas a la situación, resguardando sus sensaciones en un sitio seguro donde solían estar, se vistió de inmediato. Ciertamente no eran nada. Había entrado al juego de forma consciente, así que no existía qué reprochar, sin embargo, ni era ninguna «chiquilla» ni estaba dispuesta a durar un segundo más ahí.

¿Qué quiero de Marcel?, se preguntó trenzándose el cabello mientras escuchaba murmullos afuera. Nada. Todo. *Dios, ya no lo sé,* admitió mirándose en el espejo del elegante baño, tan elegante como el resto del apartamento. Sus padres no vivían… Esa sería una de las razones por las que se comportaba así, tan seco, tan… Se echó agua al rostro para refrescarlo. Los dos últimos días fueron tan mágicos, como irreales, que se encontraba agotada tanto emocional como físicamente. Marcel la arrastraba a un vaivén continuo por lo que ya se sentía, en ese momento, en el límite.

Tomó su móvil, ansiosa. Las doce. Por la noche su vida sería lo de siempre; patética, oscura y llena de rechazo. Bufó, no era tan distinta ahí. Deseaba estar sola, sola de verdad.

—¿Anel? —Enseguida apareció en el marco de la puerta del baño—. Ya se fueron, pero debo salir. —La joven asintió dándole una ojeada a través del espejo con su acostumbrada indiferencia y pasó a su lado. Ya en la habitación, tomó su bolso dirigiéndose a la salida—. ¡Ey! —La aferró por el brazo molesto—. ¿Te enojaste?… Digo, porque he sido bien claro. No hay nada entre tú y yo y que la pasemos bien en la cama, bueno, no indica que eso cambie. Fui honesto.

Ella miró su mano en torno a su brazo, impávida, como si no le generara nada. Eso lo descolocó.

—Yo también debo irme, tengo cosas qué hacer —murmuró con su vocecilla sin reproche, así, serena, gélida. No sabía qué era lo que le molestaba más: si su indiferencia o lo que acababa de decir. Apretó los dientes soltándola.

—No debes esperar nada de mí —soltó, acercándose. Anel clavó sus extraños ojos sobre los suyos de forma imperturbable, casi vacía.

—Por eso estoy aquí, Marcel —acto seguido, dio la media vuelta y lo dejó ahí, de pie, sin más, absolutamente asombrado.

Cuando supo que se había marchado le dio un golpe a la pared, irritado. ¿Qué mierdas le pasaba con ella? ¿Por qué la quería y rechazaba al mismo tiempo? Odiaba sentir que necesitaba a alguien y adoraba la sensación de sentir que alguien lo necesitara. Rabioso, se frotó el rostro. Debía poner distancia de una maldita vez. El deseo, después de lo ocurrido, debía menguar. ¿O no?

La semana transcurrió y no hubo ni un solo acercamiento. Era asombroso encontrarla por el campus tan normal como siempre. En la cafetería la había visto un par de veces, e incluso se encontró siguiéndola con la mirada en más ocasiones de las que jamás aceptaría, pero tal parecía que para Anel, esos días, no existieron. Todo lo contrario que para él.

Esa noche, al regresar del restaurante-bar, hasta ducharse fue un problema. Sin percatarse cada cosa se iba permeando de su esencia de una manera que nunca se hubiera imaginado. Sus sábanas, que por supuesto tuvo que mudar el sábado por la mañana, olían de nuevo a ella. Las estrujó, frustrado, porque como si eso fuera poco, ese lugar donde había vivido solo por años, de pronto le pareció demasiado grande, demasiado oscuro, demasiado vacío.

Dormir costó trabajo, su cercanía era tan relajante como estimulante y sus ruiditos al estar completamente sumergida en sus sueños, que descubrió la noche del sábado, los añoraba. Por lo mismo, decidió que lo mejor era no buscarla, dejar que las cosas terminaran así, tal como habían empezado.

Trampa agria
capítulo 8

El martes iba rumbo a la cafetería cuando Laila, una chica con la que solía salir y a veces tenía noches un tanto desenfrenadas que en ese momento se le atojaban patéticas, se colgó de su cuello. Al sentir sus brazos rodeándolo, giró riendo de esa forma que solo él sabía. En cuanto la vio, no pudo esconder la desilusión. Ojalá no hubiese sido ella, ojalá alguien tímido con enormes pestañas se hubiese atrevido a hacer algo como eso. La joven besó su mejilla sin soltarlo.

—¿Qué?, ¿ya me olvidaste?

Se la quitó de encima sutilmente, había algo que no lo hacía sentir cómodo, no como solía.

—Sabes que eres inolvidable —con voz gélida le guiñó un ojo, dándole por su lado.

Cuando ya iban a entrar, se posicionó frente a él obstaculizándole el paso, enredando sus manos en su nuca. La intentó alejar de manera educada, pero no cedía.

—Te veo en la noche… —murmuró en su oído. Elevó la vista resignado, ubicando sus manos en la cintura de Laila que de pronto no le pareció tan atractiva como antes, en realidad, todo lo contrario, deseaba que dejara de invadir su espacio personal. Por supuesto que no harían nada y se lo diría en ese momento. Sin embargo, se quedó sin palabras al ver a Anel entrar junto con sus amigas sonriendo de esa manera sutil, suave. Ese gesto lo desconcentró de inmediato. De forma inconsciente se topó con su mirada. Si sintió algo al verlo ahí, con ella tan pegada a su cuerpo, no lo demostró. Su pecho ardió y una marea agria lo permeó todo.

Sin más unos labios demasiado gruesos atacaron los suyos. ¡¿Qué mierdas?! Laila lo besaba con descaro mientras sus amigos, a unos metros, armaban alboroto. Se zafó, desconcertado, turbado como nunca antes. Enseguida buscó la mirada de Anel, ansioso, sin entender muy bien el porqué. Pero la joven bebía algo y sus ojos se hallaban perdidos en ese maldito libro. Apretó los puños profundamente perturbado. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Otro día… —La hizo a un lado molesto y se sentó sintiendo el cerebro desconectado del cuerpo. A la joven le importó poco su rechazo y sin preguntar se sentó sobre sus piernas. Cerró los ojos, ofuscado, rabioso, contenido como nunca antes. Su indiferencia era tal que deseaba cruzar el lugar y zangolotearla. ¿No era eso lo que deseaba? Se recordó preso de sus propias trampas.

Lo que quedó de la semana había sido una maldita pesadilla, y para el viernes bufaba, ladraba y quería matar a quien se le atravesara. Rodrigo con sus tonterías cursis, Lalo hablando cochinadas, Joel solo buscando a quién cazar y él escuchándolos y fumando como una chimenea, deseando ser mago y desaparecerlos.

A lo lejos, Anel pasó enfundada en un vestidito de gabardina negro, con mallas grises junto con unas botas a media pantorrilla. Era un atuendo de lo más inocente, dulce hasta lo indecible

aún con lo oscuro de los colores y, a pesar de eso, ella se veía demasiado apetecible.

¿Habría comido bien?, ¿tendría ojeras?, ¿la cabeza le dolería?

—¡Ey!, ahora sí no puedes fallar, Marcel —La vio dirigirse al edificio donde tenía su última clase esos días—. Animal, no te hagas el sordo.

Los miró al tiempo que tiraba el cigarrillo. ¿Qué mierdas decían?

—¿Qué graznas? —rezongó.

—En la noche. En la Cantina.

Negó poniéndose de pie.

—No, no sé… —entre sus amigos se miraron riendo. Marcel estaba extraño, y el fin de semana anterior hasta había desaparecido. Había dicho que uno de sus tíos lo mantuvo ocupado, lo cierto era que no le creían, él era lo opuesto a un ambiente «familiar», tanto que vivía solo desde hacía cuatro años y alejado de todo aquello que lo anclara aunque fuera un poco. No soportaba que le dijeran qué hacer, mucho menos cómo. En el tiempo que llevaban de conocerlo jamás había tenido una relación, mucho menos hablaba de lo que fue su vida antes. Parecía, muchas veces, un ser lleno de rabia, de coraje. Su futuro estaba asegurado, tendría el mundo a sus pies y eso, fuera de parecerle genial, como a cualquiera, parecía odiarlo. Hasta cierto punto era un acertijo, sin embargo, era buen amigo, siempre presente y el mejor compañero de farra.

—¿Otra reunión familiar? —se burló Lalo.

—Vete a la mierda, quizá tengo algo mejor que hacer que verles la jeta… —murmuró, alejándose.

—¡Laila! —gritó Joel. En respuesta se encogió de hombros, dándoles a entender qué podía ser. Escuchó las carcajadas varios metros adelante.

Esperó en la esquina de aquel edificio cruzado de brazos. Los chicos iban bajando, hablando entre ellos. Anel al fin apareció.

En cuanto la vio, la jaló hacia uno de los salones desocupados. La joven tardó en reaccionar hasta que ya la tuvo pegada a un muro.

—¿Y…? —preguntó, mirando sus ojos y su boca de vez en cuando. Moría por probarla.

Anel ladeó la cabeza, curiosa, excesivamente turbada en su interior, pero muy decidida a no demostrarle nada.

—¿Qué quieres, Marcel? —Con sus manos sobre su pecho deseó alejarlo, el efecto fue el contrario ya que él se pegó más y comenzó a pasar su nariz por su mejilla, a dejar roces en sus labios por donde iba oliendo.

Se sintió deshidratada de pronto, con los vellos erizados, con la piel demasiado sensible. ¿Era en serio?

—Ya lo sabes —murmuró, lamiendo con deliberada lujuria su lóbulo, logrando que de su garganta saliera un pequeño gemido sin remedio.

La semana fue espantosa. El domingo, su madre, que se hallaba de buen humor, no paró de criticarla en cuanto la vio y aunque se sentía más tranquila debido a su caminata por el parque donde perdió su atención en las familias que departían, en los niños jugando, en las mascotas yendo y viniendo, nada nunca lograba blindar lo suficiente su corazón para esos momentos en los que Analí despotricaba sobre su presencia, su cabello, su voz, su falta de maquillaje, sus pocas relaciones.

En la noche, cuando iba a dormir le marcó a su tía Laura. Debía avisarle sobre su mentira para que no la echara de cabeza. La mujer se mostró entusiasmada por cubrirla y más aún porque le inventó que era su novio y no deseaba que su madre se enterara. Entre ellas se llevaban bien, pero la conocía y, sabía, era especial en todo lo concerniente a Anel. Le agradó ser su cómplice, solo pidió que le avisara si volvía a pasar para fingir frente a ella y no tener problemas.

El lunes pasó gris, como solía. Inmersa en una nueva lectura, retocando fotos y escuchando las letanías de los profesores sobre

cosas que en realidad no le llamaban mucho la atención, transcurrieron las horas. Por la tarde, los tres en aquella mesa. No había probado bocado pues Analí y su marido se devoraban ahí, en plena comida.

En la noche editó las fotos que tomó en el zoológico. Encontró un par que le había tomado a escondidas. Siempre tan desgarbado, siempre tan indiferente. Con el dedo índice acarició su perfil sonriendo tímidamente. Si cerraba los ojos podía evocar su forma de tocarla, aquella primera vez y las dos subsecuentes.

No tenía idea de cómo lo hacía, lo cierto era que Marcel pasaba un dedo por su piel y el mundo no solo se paraba, sino que retornaba e iba en dirección contraria, como si los engranes de un reloj inmenso se detuviesen y de pronto fueran hacia atrás. Era mágico, único, pero cuando sentía que podía ceder, que podía dejarse fluir, él, de alguna forma, se contraía como si fuese un pez globo, le decía algo que la hería sin poder evitarlo y, en respuesta, se replegaba retrocediendo lo avanzado.

Despertar al mundo de la sexualidad de su mano, no era algo de lo que se arrepentía, no obstante, dolía saber que en cualquier momento encontraría a alguien más interesante y se olvidaría de algo que para ella quedaría tatuado por siempre en su mente. Junto a él las cosas molestas se olvidaban, el miedo en el que vivía desaparecía y, de forma extraña, se sentía más segura de sí, menos insignificante.

Pero al día siguiente todos esos pensamientos se habían desmoronado como un castillo de arena cuando una ola malintencionada llega más lejos de lo que suele. Al verlo ahí, con esa hermosa chica, se sintió una estúpida. Deseó llorar, deseó arrancarla de su lado, deseó que él se acercara y… No, sabía bien que eso no ocurriría, que ese era el precio por entrar en todo aquello.

Ya no solo le atraía y lo sabía muy bien. Poco a poco, de alguna manera se estaba metiendo en su vida, tanto que no había minuto que no lo pensara, menos después de lo que había ocu-

rrido, pues de no haber sentido algo más, jamás se hubiese atrevido a dar el paso. Pero ahí estaba, siendo espectadora de cómo él se olvidaba de esas inigualables noches, de los momentos, de… *Nada, entre Marcel y yo no hay nada*, se repitió convulsamente el resto de los días.

Ya en casa, sola, derramó algunas lágrimas al tiempo que estrujaba la fotografía que había impreso de él. ¿De qué manera entendería que no valía lo suficiente, que no era bonita, mucho menos alguien con quien desear ir más allá?Esa noche casi no había dormido. Primero por culpa de ese chico de ojos oliva y mirada dura, de sonrisa diabólicamente perturbadora, pero también, porque cuando bajó a la cocina por un plátano, pues llevaba casi dos días sin ingerir prácticamente alimento, se topó con ese tipo. Deseó regresar a su habitación de inmediato, pero él la sujetó por la muñeca evitando que se alejara.

—¿Por qué te vas, Caramelito? —intentó zafarse, llorosa—. No te preocupes, solo vine por un té para tu madre…, pero a ti —y acarició su rostro—. ¿Qué te trae por aquí? No sueles comer —se hizo a un lado forcejeando un poco más.

—Un plá… Plátano —el hombre sonrió lujurioso. Llevaba un pijama por demás abrigador, aun así, se sintió desnuda. La soltó y tomó uno del frutero tendiéndoselo.

—Qué descanses, Caramelo —lo agarró y salió corriendo. Por supuesto, no lo comió. Para el miércoles, Cleo la había obligado a engullir, después de verla tan pálida, un caldo de res en su habitación. Ingirió un poco, lo suficiente como para sentir que de nuevo tenía un poco de energía. Los días siguientes fueron similares, deseaba desesperadamente desaparecer. Las horas eran oscuras, opacas, y ya no le entusiasmaba irse por ahí a caminar, tomar fotografías a cada cosa absurda que veía. Deambuló por algunos parques que conocía, recorriendo el bosque Los Colomos, deseando sentir de alguna manera cierta paz. Nada. Hasta la madrugada hacía tareas, dormía poco. Y él se aparecía así, y la

comenzaba a seducir sin más… Simplemente no lo podía creer, y lo peor era ver que su cuerpo respondía sin el menor empacho ante su cercanía.

—Yo… —jadeó al sentirlo sobre sus labios, ansioso.

—Tú también quieres lo mismo, no digas una mentira —posó su mano sobre su brazo con los latidos a todo babor.

Dios, no lograba regular, y mucho menos controlar, sus reacciones y lo cierto era que él decía la verdad.

—P-pero…

La besó intensamente invadiendo su boca sin contemplaciones, adueñándose de su último gramo de cordura.

—Vamos… Anda —le rogó, sujetando su rostro con ambas manos—. Lo quieres tanto como yo… Anel, no te resistas —asintió con las piernas gelatinosas, era cierto, lo deseaba.

Sin esperar más la tomó de la mano y salieron corriendo de ahí. Las miradas cargadas de electricidad, las manos viajando por sus piernas; robándole besos cada vez que podía, arrancándole gemidos llenos de ansiedad. Así fue el trayecto. Al llegar, aventó sus cosas elevándola para que enrollara sus muslos en su cintura. Cuando la vio sobre su colchón sonrió complacido, soltando el aire que estaba conteniendo.

—Aquí era donde te quería. —Le quitó sus gafas con cuidado y luego besó esas lagunas enormes que tanto había anhelado ver de cerca.

La abstinencia de los días solo había logrado que lo que era fuego se convirtiera en lava, que lo contenido saliera a presión explotando sin más. Sentada sobre su regazo escondió la nariz en su olor que ya estaba de nuevo adherido a su sistema respiratorio.

—En serio besas bien —soltó, logrando que ella girara un poco, sonriendo apenas. Aún no podía articular palabra. Jamás habría creído que la pasión pudiese ser como un maremoto que acaba y aniquila cualquier atisbo de cordura, de razón. Su tripa de pronto sonó. Marcel rio—. Guou, alguien tiene hambre.

—Posó sus labios lánguidos sobre su delicado hombro al tiempo que ella intentaba alejarse. La detuvo aferrándola por la cadera. No, deseaba sentirla así, cerca, embriagándolo con su olor, con su dulce ternura, con sus pequeños pulmones inhalando y exhalando como los de un pajarillo—. Además de helado y plátano… ¿Qué más te gusta?

Anel torció la boca volteando por completo para ver el sentido de su pregunta. Con él nunca sabía lo que vendría. Sonrió.

—No sé… —admitió, frunciendo la boca pensativa.

Marcel besó su nariz respingada sin poder evitarlo. Se veía preciosa así.

Tan suya, tan cerca, tan… Ella.

—Vamos… Algo debe de gustarte —la instó, acariciando sus piernas aún enrolladas en torno a su cuerpo.

—Pastel de tres leches —admitió, abriendo los ojos.

Sus estanques brillaron como si una lluvia de estrellas se hubiese derramado justo ahí. Jamás había presenciado algo similar.

—Chiquilla, eso es un postre, no comida… —sonrió seductoramente ubicando una de sus manos sobre su pequeña cintura.

—Es que es una pregunta difícil —admitió, susurrando, con su vocecilla ya que lo tenía a un par de centímetros.

—*OK,* empecemos por saber… ¿Qué no te gusta?

Anel sonrió más segura. Mierda, su expresión se enterneció más si eso era posible; esa chica parecía un dulce listo para engullir.

—La *pizza* —anunció, elevando las cejas.

Marcel mostró su asombro e incredulidad.

—No, eso no es posible. A todo el mundo le gusta la *pizza*, Anel —recargó la frente en su hombro delgado negando con dramatismo. Ella rio. Ese sonido era celestial, pensó al verla y besarla en un impulso—. ¿Qué más? Por favor, no me digas que las hamburguesas —le rogó con una expresión de suplicio. Anel seguía sonriendo. Era tan extraño, ahí, desnudos, después

de todo lo ocurrido y parecía que para ambos solo importaba el momento. Posó una mano sobre su ancho hombro moviendo sus dedos mientras él disfrutaba de su soltura.

—No me gustan nada las gelatinas, tampoco los *hot dogs* —dijo con una mueca de asco. Marcel la escuchó atento—, las verduras no me desagradan, pero crudas, cocidas saben asquerosas…

—Bien, eso es algo… ¿La carne?, ¿la pasta?, ¿el pollo?, ¿los mariscos? —cuestionó divertido.

Anel se rascó la cabellera revuelta dando muestras de que cavilaba una respuesta. Un adorable gesto que lo embruteció.

—Los mariscos, no todos, solo los camarones. El pescado también. Lo demás que mencionaste, me da igual, lo como.

—Bien, entonces vamos por mariscos. ¿Qué dices? —observó, intrigada. ¿Qué le sucedía?—. Pero antes… —y la tumbó sobre la cama para quedar sobre ella.

—¿Puedes quedarte hoy?

Su pregunta la tomó por sorpresa.

—Y- yoo… —murmuró confundida. ¿Qué estaba pasando?

—Sí, fui un imbécil el otro día…, déjame resarcir la falta. —¿Cuál de todas? Deseó saber ella—. Hay un lugar que quiero mostrarte. Mi padre… —Su gesto se oscureció—. Solía llevarme y…, creo que te gustará —ante una confesión así, no pudo hacer más que asentir. Marcel sonrió para desaparecer en el baño.

Cuando salió la joven ya estaba vestida, de nuevo buscaba la goma.

—Déjalo así, se te ve muy bien —le señaló su cabello mientras se ponía los *jeans.*

—No estoy acostumbrada —confesó, sujetando su melena con una mano.

Marcel se acercó y se la soltó, para luego pegarla a su dorso desnudo.

—No te la daré —le anunció, alzando las cejas. Anel abrió la boca, incrédula.

—Pero es mía —se quejó bajito sin comprenderlo en lo absoluto.

—No, hasta que te deje en tu casa; eres mía y la goma también —la besó fugazmente y fue por su camiseta.

—Yo no te he quitado nada… —murmuró, alisándose el pelo con sus finos dedos, sin esconder su confusión.

—La paz, eso no es poco. Hay un cepillo en el baño, es nuevo, no tengo ni puta idea de por qué está ahí, pero úsalo —dijo, mientras sacaba algo de su buró.

—Marcel… —intentó de nuevo.

El chico negó saliendo de la habitación. Anel resopló con las mejillas encendidas. ¿Por qué siempre se tenían que meter con su aspecto?

Lo encontró unos minutos después en la puerta de su apartamento viendo algo en el móvil. En cuanto la sintió, elevó la vista. Su cabello se desparramaba por sus hombros con una naturalidad perfecta, era tan lacia que las ondas ya habían desaparecido prácticamente.

—¿Lista?

Anel apretó los puños a los costados juntando coraje.

—Dijiste que no nos meteríamos con nosotros mismos… Si no te gusta cómo estoy, no entiendo para qué todo esto —sintió que se quitaba una losa de encima.

El chico enarcó una ceja acercándose como un león a su presa, extasiado al verla abrirse un poco más, hablar un poco más.

—No tienes una jodida idea de lo que dices. Tú me gustas, Anel. Creo que lo he dejado más que claro… Y no me meto contigo, solo deseo verte más relajada… ¿Eso es malo? —Parecía incrédula. Marcel pasó una mano por su melena sintiéndola bajo

sus dedos con atención—. Además, tienes un cabello hermoso, y huele… —Se acercó, perdiendo la nariz ahí, junto a su cuello. Los vellos se le erizaron de inmediato, ¿por qué hacía eso?—. Y huele delicioso.

—¿Me la regresarás después? —quiso saber con voz ahogada.

—Lo prometo, chiquilla —y apretó su nariz con dulzura.

Respuestas capítulo 7

Llegaron a un restaurante de mariscos algo informal. Marcel la guio entre las mesas desocupadas y le indicó una, por la hora ya no había mucha clientela.

—Pide lo que quieras. —Lucía muy relajado. Ella observó el menú sin saber qué. El chico se acercó y le indicó lo que podría gustarle. Al final, eligió un filete al limón con ensalada.

Esperando las bebidas comenzaron a conversar con soltura. Un poco de las noticias, la fuerte situación del país, otro poco de algunas películas. Cuando los platillos llegaron, Marcel atacó el suyo muerto de hambre, mientras ella picoteaba.

—Anel, no me puedo ir a otra mesa para que comas. Sería raro —le hizo ver serio. La chica sonrió notando a qué se refería; casi no había comido y él iba por la mitad—. Juguemos… —la desafió, dejando su tenedor sobre el plato y abriendo demasiado sus ojos oliva.

—¿Jugar?, ¿a qué? —Se acomodó un cabello tras la oreja, intrigada.

¡Mierda!, deseaba besarla. Cerró los ojos un segundo y respiró profundo. La tendría toda la noche, ahora debía comer.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Si contesto, tú darás dos bocados —la retó, cruzándose de brazos mientras se recargaba por completo en el respaldo.

—¿Dos?…

—Sí, mis respuestas deberían valer el platillo, eh, pero seré generoso.

—¿Y si no contestas? —deseó saber sin poder dar crédito a sus ocurrencias mordiéndose la lengua para no reír.

Marcel era una caja de sorpresas y nunca sabía lo que diría al segundo siguiente.

—No comes.

—¿Y tú qué ganas? —No comprendía.

—Ah, yo también puedo preguntar —chasqueó la boca con diversión, y una mirada maliciosa.

—Y si contesto… ¿qué harás?

—¿Qué te gustaría que hiciera?

Sus mejillas se encendieron y desvió la vista por todo el lugar pensativa mientras él la observaba absorto en cada una de sus delicadas facciones.

—No me vuelvas a decir que parezco de doce —ladeó la cabeza, intrigado. No pensó que eso le había dolido, pero el trato era justo.

—Hecho…

—Y no seguirás diciendo cada dos segundos que no somos nada; eso ya lo sé…

No lo veía a los ojos, sin embargo, la notó tensa. Apretó la quijada, una corriente extraña recorrió sus venas, algo molesta si era sincero.

—Bien.

Ella lo encaró asombrada.

—Pregunta —la instó, regresando a su comida.

—¿Por qué vives solo?

Él sabía que por ahí irían las cosas, de cierta manera se había preparado para ello.

—Ya te dije que mis padres murieron —le recordó, imperturbable.

—Sí, pero…

—Ah —elevó un dedo y luego señaló su plato—. No seas tramposa, dos bocados —Anel entornó los ojos—. La curiosidad juega a mi favor, anda —obedeció sin remedio.

—Pero ¿no tienes más familia?

—Sí, sí tengo.

Anel se desinfló al ver que le indicaba de nuevo el plato. Diablos, debía formular mejor sus preguntas, comprendió sonriendo y sintiéndose relajada. Todo era atípico, pero agradable.

—¿Por qué no vives con ellos?

—Porque lo intenté y fue un desastre —otro bocado. A ese paso lo terminaría pronto, notó, triunfante, Marcel.

—¿Por qué no estudiaste arquitectura?

Pestañeó, recargando de nuevo su espalda en la silla al tiempo que le daba un gran trago a su cerveza.

—No era lo conveniente —respondió seco. Ella dio otro par de bocados y dejó de hablar, observando a su alrededor con timidez—. ¿Qué?, ¿son todas?—Anel lo miró, turbada.

—¿T-tienes…?¿Tienes novia?—tartamudeó.

¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Crees que tengo una?…

La joven escondió las manos en su regazo claramente nerviosa.

—No sé, pero… —y lo miró—, no me gustaría ser, ya sabes…

—«El cuerno» —se rio—. No, no eres *el cuerno*, Anel. No ando con nadie y no tengo planes de hacerlo, pero por lo que veo me crees capaz de algo así, ¿cierto? —La desafió, intrigado, no le agradaba que pensara eso de él.

—Yo… —levantó la palma rodando los ojos.

—No contestes, tu actitud me lo dice todo.

—Es solo que… La otra mañana…

Marcel comprendió al fin a qué venía eso. La observó fijamente.

—Come cuatro bocados y seguimos —iba un poco más de la mitad.

Ella negó con firmeza y sin dudar.

—Ya no quiero…

—No responderé —le advirtió asombrado por su resolución.

—No tienes que hacerlo —no supo por qué, pero deseó aclarar el punto, más aún al ver cómo ella se retraía, adoptando de nuevo ese aire ausente, indiferente, taciturno.

—Hace mucho tiempo salimos y, bueno, a veces, ya sabes, hemos pasado buenos momentos —confesó serio, esperando su reacción.

—Entiendo —murmuró, tomando nuevamente el tenedor y llevándoselo a la boca como si no hubiese dicho nada.

¡Guau!, eso fue extraño, admitió él.

—¿Estás celosa? —se encontró preguntando. Anel dejó el cubierto sobre el plato un tanto alterada, con el corazón taladrando. ¿A qué venía esa pregunta? Odiaba pensar en sus labios sobre los de alguien más, pero… eso no lo podría evitar, no después de comprender muy bien las reglas de ese juego.

—¿De qué te serviría saberlo? —reviró, dejándolo helado. Esa chica parecía ingenua, lo cierto era que, aunque sí lo creía, eso no lo convertía en tonta, al contrario.

—Entonces no entiendo para qué la pregunta… —Ella se encogió de hombros metiéndose una zanahoria cruda sin más— ¡Ey!, no soy un santo, pero tampoco me meto con varias al mismo tiempo. —Sabía de alguna manera, por su postura, por su actitud, que creía que se acostaba con ambas a la vez y, bueno, no sería un pecado, no tenía compromisos, pero maldita sea, no se

la sacaba de la cabeza. ¿Cómo mierdas retozaría con alguien más mientras esa chiquilla, que llevaba viendo desde hacía un mes, parecía haberse instalado en su cerebro?

—No tendría nada que objetar. ¿Podríamos cambiar de tema? —suplicó, comiendo más.

Marcel haría lo que fuera con tal de verla ingerir así, gratis, lo que tenía frente a ella. Aunque ciertamente no le agradó nada que lo tomara tan ligeramente. Anel lo descolocaba con una facilidad que lo dejaba helado.

—¿Tienes hermanos? —Fue el turno de él.

—Sí, una… Mayor, creo que tú y ella son de la misma edad…

Poco a poco se fue soltando. Gracias a ello se enteró de que se llamaba Ariana, que sí, en efecto, tenían veintitrés ambos y trabajaba en algo relacionado a su carrera. Que Anel había ingresado un semestre atrasada a la universidad porque entró tarde a la preparatoria debido a que tuvo problemas con algo referente a sus papeles. Había nacido en Chicago, lugar donde aún residía su padre pues él era de allá, y ese detalle fue el que acarreó algunos problemas debido a las dos nacionalidades, hasta que su madre, abogada, logró arreglarlo hacía unos años y todo parecía ir normal.

En ese momento comprendió ese extraño color de ojos, algo en ella siempre le decía que no era del todo latinoamericana y sí, no se había equivocado.

Se encontró escuchándola, atento, con la barbilla en la palma de su mano, mientras Anel engullía todo su platillo sin mayor aliciente que su interés en ella y en lo que decía.

Su nombre era Anel Baker Díaz. Saber más era estimulante, intrigante, pero mejor era ver que hablaba sin limitarse, con esa preciosa vocecita, con sus ademanes suaves, cargados de feminidad; con sus ojos serenos, que aunque ojerosos, parecían alegres. No obstante, hasta el momento en que su mamá se había casado, todo parecía ir bien en su semblante, pero en cuanto mencionó el hecho de que comenzó con un novio, con el que se unió en

matrimonio… La mirada de Anel se oscureció dramáticamente y dejó hasta ahí la historia. Intentó sacarle un poco más, pero no hubo manera, al parecer la madre se había alejadoy no llevaban una relación como antes.

Mientras la observaba, supuso que era normal sentir celos y un poco de rabia hacia alguien que llega y lo cambia todo… Por lo mismo, decidió no escarbar más. Cuando fue su turno, se mostró más reacio.

—¿Y tú?… ¿Me dirás algo? —preguntó, recargada en su asiento. Su plato casi vacío lo hizo sonreír complacido.

—Ya fue tu turno.

Anel jugó con sus dedos, seria.

—¿Cómo murieron? Digo, si no quieres hablar de ello, está bien. Es solo que no comprendo por qué vives solo…

Marcel torció el gesto meneando el líquido ámbar de su botella.

—Un accidente. Iban mi hermana, mi madre y mi padre. No sobrevivió ninguno.

Su voz era tan sombría que le daba escalofríos, sin embargo, quién podía juzgarlo con lo que acababa de decir.

—¿Cuándo fue?

—Tenía diecisiete —ella asintió, sin mostrar emoción alguna—. Vivo solo porque no deseaba hacerlo con mis tíos, cada quien tenía su familia y simplemente preferí que las cosas fueran así. Después de todo esa es mi realidad…

Anel tomó un poco de su bebida, serena. Marcel no leyó en su mirada ni lástima, ni asombro, nada. Era como si para ella esa fuera la reacción lógica.

—Debes estar feliz de que pronto terminarás la carrera, ¿no? —cambió de tema.

Él la observó intrigado, agradecido también. Aunque tampoco deseaba hablar de eso. Se encogió de hombros dando otro trago a la cerveza.

—Un papel más… —la joven se acomodó un mechón tras la oreja sobándose el vientre discretamente, no recordaba haber comido tanto en años—. ¿Qué?, ¿fue mucho? —sonrió intentando aligerar el momento.

Anel observó su barriga asintiendo quejosa. Su gesto adorable lo hizo mirarla con ternura.

—No estoy acostumbrada —admitió, enseñando los dientes.

—Mientras te vea comer, dejaré eso en paz. Pero dime algo… ¿Cómo haces para quedarte conmigo sin tener problemas? —Su rubor lo destanteó tanto que casi se encontró su lado rogándole que se lo dijera.

—No te molestarás —le exigió en tono amigable. Con ese timbre de voz; imposible. Negó alzando la mano—. Una tía, vive sola… Le inventé que eras mi novio y… —Anel juró que soltaría la carcajada, pero contrario a ello, se recargó en su asiento llevándose las manos a la nuca con los ojos bien abiertos al tiempo que silbaba.

—O sea, que ahora en tu casa piensan que tienes novio…

Había algo detrás de su tono que la incomodaba.

—No, solo ella… Y como nunca he tenido uno, creo pensó que no tenía nada de malo cubrirme —al escuchar lo segundo se incorporó de golpe, logrando que ella diera un respingo.

—¿Jamás de los jamases has tenido uno?

Ella se contrajo avergonzada.

—No, sé que tú debes de haber tenido demasiadas, pero…

—Una… —soltó sin más penetrándola con los ojos—. Hace mucho y no mereció la pena el esfuerzo —lo gélido de su tono la dejó con los labios secos. Unos minutos de silencio prosiguieron en los que ambos se perdieron en el lugar ya vacío. Las siete—. ¿Nos vamos?

—Tengo que pasar por algo de ropa —él asintió sereno.

Se estacionó donde ella le indicó. Si por algo lo veían, todo se vendría abajo. Solo rogaba porque su madre no estuviera así como ese asqueroso.

Entró por la puerta trasera, como solía. En cuanto vio a Cleo le informó que iría de nuevo a casa de Laura a pasar el fin de semana.

La mujer asintió, comprendiéndola. Sí, de hecho, le parecía increíble que continuara soportando a la energúmena de su madre.

Su tía ya estaba al tanto, pues al ir ingresando, habló con ella.

En su dormitorio agarró una mochila y metió lo que creyó que necesitaría. Ropa cómoda, cosas de aseo personal, el cargador de la cámara y un pijama. Se sonrojó al recordar que era probable no usarla. Lo conocía tan poco, pero parecía que desde aquella primera vez que la besó, había transcurrido un siglo. Qué más daba, necesitaba hacerlo, deseaba hacerlo, era su oportunidad de sentir que existía algo más, que la vida no se reducía a eso.

Al salir, apagó la luz y, al girar, se encontró frente a frente con su madre.

—Dice Cleo que te vas con Laura. —La observó de arriba abajo, seria. Había cierta competencia, envidia, que Anel, con su poca experiencia, con el amor que le tenía, con el sitio que ella ocupaba en su vida, no detectó.

—Sí, ¿hay problema? —preguntó en un murmullo.

La mujer tocó su cabello suelto chasqueando la lengua con cínica burla.

—Pareces un espantapájaros, Anel. Sujétalo, y ya sabes, no andes repitiendo estupideces a mi hermana —apretó su mentón, pegándola a su rostro. En otro momento hubiera hecho justo eso: ir a trenzar su melena, pero no cuando a él así le gustaba, no cuando de alguna manera, sí, se sentía liberada.

—No, mamá, solo iré a dormir —la soltó, sonriendo maliciosamente.

—Y ponte unos *jeans*, ese vestido hace que te veas esquelética. En serio, niña, eres patética. Tendré que pagar para que alguien nos haga el favor de salir contigo siquiera a un maldito puesto

de tacos. —Sintió el nudo en la garganta crecer. Lo intentó pasar mirándola con dolor—. En fin, no des molestias a tu tía —se dio media vuelta y desapareció.

Un segundo después bajó corriendo las escaleras, sintiéndose de nuevo hundida. Una vez afuera, se recargó en un árbol del gran jardín intentando aclarar su mente, sacar de su cabeza esas palabras cargadas de veneno, de desaprobación. Temblaba y, por mucho que intentaba proteger su interior, no lo lograba. Siempre le dolía lo que le decía; cómo la miraba y cada vez veía más difícil que algún día la volviera a querer a pesar de que hacía todo para que eso ocurriera y su relación fuera como solía. Añoraba tanto sus paseos por el parque, sus tardes andando en bicicleta por las calles de aquel fraccionamiento donde había crecido, o las muchas veces que terminaban haciendo guerra de cosquillas cuando una no quería levantar los platos sucios, pues se los turnaban. O las tantas ocasiones que, frente al espejo, al peinarla con esas manos firmes y suaves, le había dicho que era muy hermosa, que la amaba y que era su niña especial.

Una lágrima traicionera quiso salir al evocar su feliz infancia, pero la sorbió con decisión. Afuera la esperaba él, y no deseaba que la viera así. Aspiró el aire fresco de febrero una y otra vez, conteniendo el llanto, apretando los dientes y encajándose las uñas en las palmas. Logró salir más serena, aunque de nuevo lastimada, sangrando en su interior sin poder evitarlo.

Al verla aproximarse, bajó y tomó su mochila estudiándola con curiosidad. Estaba algo pálida y su semblante de nuevo se encontraba contenido.

—¿Tuviste algún problema? —deseó saber. Anel negó, metiéndose en la camioneta sin más. Marcel alzó las cejas sin comprender.

Al llegar, él fue derechito a su habitación, ella, en cambio, permaneció con la cadera recargada en la barra de la cocina con la mirada perdida en la ciudad ya iluminada, dándole vueltas a lo

mismo sin poder evitarlo. Y es que dolía, por mucho que intentara que no abriera una nueva herida, Analí lo lograba cada vez que la veía. Deseaba, de alguna manera, que su situación fuese diferente, que su entorno no la dañara… Tener las agallas para salir de eso de una vez.

—Ven, tengo algo que mostrarte —dijo Marcel sacándola de su penumbra. Se acercó a la consola y le tendió un control. La joven negó, haciéndose hacia atrás. No, no lo podía creer. Ese chico era terco y no se sentía de humor para otra humillación gracias a un juego de video.

—¿Es en serio? —lo cuestionó cuando la aferró por la muñeca con demasiada familiaridad y la pegó a su pecho.

Su sonrisa seductora apareció y esa arruga que se le hacía en la comisura de los ojos. Dios, era guapísimo, y lo sabía, en ese instante dejó de pensar.

—Oh, sí —rozó sus angostos, pero carnosos labios, ansioso de más. Se contuvo, lo que en ese momento necesitaba era quitar esa expresión que no le gustó en lo absoluto y que habitaba en su rostro desde hacía más de quince minutos—. Toma —y se lo puso sobre su palma. Prendió el juego, ahí de pie, frente al televisor. Unos dibujitos animados, de lo más cursis, aparecieron ahí. Anel pestañeó atenta.

—¿Qué es eso?

—Por algo debemos comenzar y me dijeron que este puede funcionar, digo —la miró de reojo—, inventé que tenías como seis años… Así que supérate.

La joven no pudo postergar más la risa. Marcel, sin verla, disfrutó en secreto de ser el responsable de ese gesto que tan escaso era en ella y que reemplazaba al otro que tenía.

—¿Cuál quieres? ¿La tortuga o la princesa?, hay varios más —y se los mostró.

—El mono —decidió, señalándolo. Luego eligió la moto como vehículo. Él un auto deportivo.

—Mira, esa es la pista… —le fue explicando lo poco o nada que sabía, pero que la chica de la venta le había mencionado.

Y así fue como comenzaron la noche. Ambos frente a la pantalla, riendo, gritándose, haciéndose a un lado. Marcel no podía creer que su dragón no avanzara como ese maldito mono. Anel reía sin contenerse genuinamente divertida, mientras él maldecía una y otra vez. Se hacían trampa con descaro. Al ver que la joven tomaba la delantera comenzó a hacerle cosquillas para que errara. Se retorció, pegada a su ancho cuerpo, intentando zafarse, ahogada en risas burbujeantes que sonaban como miles de campanillas tenues, dulces, embriagadoras, ahí, sobre su pecho.

—¡Déjame, Marcel! —le rogó, mientras él la rebasaba en el juego con una mano y la otra la mantenía aferrada.

—No, resultaste un peligro. Tú y tu chimpancé no me ganarán, chiquilla —dejó de moverse. Cuando se distrajo creyendo que ganaría, le quitó su comando y comenzó a correr por todo el lugar—. ¡Ey! ¡Dame eso! —le exigió a un lado de la mesa del comedor que nunca usaba. Anel se protegía tras ella, negando—. Iré por él, te lo quitaré y ya verás…

—No me importa, ahora los dos perdimos —rio cínicamente con esa dicción tan suya.

El chico giró y, asombrado, vio cómo otro de los muñecos animados que ahí concursaba, les ganaba. Se llevó las manos a la cabeza con la boca abierta. Se volvió.

Anel lo miraba de forma pícara.

Mierda, con ese inocente gesto lo derritió. Entornó los ojos fingiendo enojo.

—Esto te saldrá caro —soltó, cruzándose de brazos.

Lo observó sin saber qué esperar. Se recargó en la pared con los comandos en las manos, aguardando. Marcel se acercó en dos segundos notándola perturbada. Le quitó los controles con gesto serio, los dejó sobre la mesa y luego la estudió con expresión dura. Anel pasó saliva, se iba a acomodar un mechón cuando

él detuvo su mano y lo hizo dejando su palma a un lado de su cabeza sobre el muro.

—Llegaste lejos, eh —soltó muy cerca.

—Es un juego —balbuceó sin quitarle los ojos de encima.

Parecía un depredador.

—Nunca había perdido —admitió desafiante.

—Pero…

Silenció sus labios con el dedo índice.

—Ahora pagarás el precio —acercó su boca al hueco de su cuello y comenzó a lamerlo con deliberada lentitud. Anel no se movía, sus pulmones los sentía trabajar más rápido. Sus lagunas bien selladas por esas largas y rizadas pestañas le indicaron que se abandonaba de nuevo. La observó triunfante. Era tan sencillo que lo igualara en el deseo que se encontró gozando más que nunca el momento—. Bésame, An —le exigió con voz ronca casi pegado a su boca, usando ese diminutivo sin darse cuenta. La joven abrió lánguida los ojos y terminó con los pocos centímetros que los separaban de inmediato.

Marcel no se movió, simplemente apresó su cintura y la dejó llevar esta vez la situación.

Poco a poco su roce se fue intensificando. Su lengua, más osada, se aventuró hasta llegar a la suya. La sentía segura, vehemente. Se puso de puntillas para alcanzarlo mejor mientras sus dos manos aferraban su cabeza. Le respondió de inmediato pegando ese cuerpo delgado al suyo ya demasiado excitado.

¡A la mierda el autocontrol!, ¡a la mierda el precio!, lo único que deseaba era hacerla suya una y otra vez, rogando por que de algún modo eso pronto fuera suficiente.

Minutos después ya nada se interponía entre su piel y la suya, y ahí, en el tapete de la habitación, a los pies de la cama, yacían ambos cuerpos saciados. La breve anatomía de Anel sobre el pecho de Marcel no le impedía llenar sus pulmones, tampoco recobrar el aliento, pero maldita sea, si no la quitaba, se adentraría

en ella nuevamente y es que había respondido en esa ocasión con mayor ardor, con mayor confianza, entrando, casi a la par de él, en ese juego de seducción que ya no lograba saber cómo frenar.

Sentía su cintura bajo su palma, su aliento a un lado de su garganta, su cabello rozando su barbilla; sus dulces pechos sobre su tórax y su femineidad, demasiado cerca de su virilidad, que no tardaba en reaccionar nuevamente.

La hizo con cuidado a un lado. Cuando el rostro de Anel se convirtió en recelo, pasó sus brazos bajo sus piernas, enroscando el otro en su cintura; la elevó y tendió sobre la cama absorbiendo de nuevo su inigualable aroma.

—Ahora vengo, no te enfríes —ella sonrió al verlo entrar al sanitario comprendiendo que todo continuaba bien entre ambos. Un segundo después, soñadora, casi flotando por las muchas de sensaciones en las que se sentía atrapada, decidió ponerse algo encima y se levantó—. ¡Eh! ¿A dónde vas? —Su voz la detuvo—. A la cama —ordenó maliciosamente con un dedo—. Recuerda que pagarás por mi primera derrota. —Anel no supo qué hacer, ahí, de pie, nerviosa. ¿Era en serio? Se sentía tímida. Marcel se acercó. La giró con suavidad tomándola por las caderas e hizo que se recostara—. Ahora sí, saldarás tu deuda, chiquilla tramposa…

Mejor que ego; nada
capítulo 10

Una hora después, Anel dormía a su lado con una camiseta suya, pues cuando todo terminó, su cuerpo, desprovisto de masa muscular, entró en invierno.

Sentir placer era algo a lo que estaba acostumbrado. Darlo para obtenerlo, llegar al límite y sentirse saciado al instante, también. Pero jamás había sentido lo mágico que era proporcionarlo sin esperar nada a cambio.

Con ella así era. Despacio, había viajado con sus labios por partes que nunca hubiera pensado querer conocer de una chica y por otras que sabía que la enloquecerían. No obstante, en esos pequeños momentos, donde besaba su palma, o saboreaba su muñeca, a Anel la hacían casi hiperventilar. Aventurarse más, para conocer más y de ese modo saber qué y cómo le gustaba a esa joven con la que estaba viviendo una aventura extraña, era algo que nunca se había permitido experimentar antes.

Lágrimas de ansiedad, de deseo contenido, de momentos tan álgidos permeados de sudor, de gemidos y jadeos celestiales que solo alguien como ella podía emitir; era como tener un millón de orgasmos. Pero observarla llegar, desesperada, incluso asustada, no había tenido comparación con ningún mágico momento en su existencia.

Sonrió, girándose un poco para verla. Dormía bocabajo, con su rostro girado hacia el suyo. Su mano delicada reposada casi a un lado de su boca. Acarició su mejilla evocando todo lo que en el día había pasado. Anel se estaba colando con asombrosa facilidad en sus pensamientos, en los momentos, en su vida.

Cerró los ojos quitando la mano y llevándose los dedos al puente de la nariz.

No, no, no entraría en eso. La chica lo enardecía, lo enloquecía si era sincero, su ingenuidad lo consumía; sus dulces expresiones lo mantenían en vilo, sus besos lo enfermaban, pero eso no significaba nada, ni lo significaría nunca. Aprovecharía el tiempo que todo ese deseo existiera, que esa marea de ansiedad por saberse en su interior generaba. Pero nada más… Solo eso, no quería necesitar, mucho menos amar y no lo haría, no en ese momento por lo menos.

—Chiquilla, es tiempo de ducharte.

Anel abrió los ojos lentamente. Se sentía exhausta. Dejó salir pequeños suspiros girándose.

Marcel estaba a su lado, sentado, vestido.

—Saldré por algo de desayunar. No tardes, hay que irnos pronto.

Se sentó, frotándose los ojos, adormilada.

—¿Qué hora es?

Él sonrió quitándole algunos cabellos del rostro. Los mismos que lo despertaron hacía media hora. Algo cosquilleaba en su nariz y al intentar quitarlo se encontró con aquel cuerpo tibio pegado al suyo. Su trasero y espalda los tenía contra su pecho,

mientras su mano descansaba enrollada en su diminuta cintura, por lo mismo su melena desordenada se acercó a su nariz provocándole cosquillas. No quiso moverse al principio. Metió la mano bajo la camiseta y acarició con posesividad su piel. Era tan suave, tan tersa. De inmediato, el deseo llegó. Rodó los ojos sonriendo. No, con Anel así, era simplemente imposible mantenerse a una temperatura normal. Así que con cuidado se levantó y optó por un baño.

—Casi las siete… Anda, perezosa —y le quitó las cobijas, juguetón. Ella arrugó la frente y su deliciosa boca un tanto caprichosa, eso era nuevo.

—Hace frío —expresó abrazándose.

—Aunque muero por calentarte yo, no tenemos tiempo. Ve y deja que el agua haga su trabajo, ahora regreso.

Sin más le dio un beso sobre la frente y desapareció. Iba ataviado con unos *jeans*, junto con unas botas de montaña, una camiseta de manga larga oscura y un chaleco de nylon negro. Sintió un revoloteo en el estómago, ese que a última fecha aparecía cada vez que lo evocaba, pero que cuando lo tenía cerca, incrementaba escandalosamente y la hacía sentir en otra galaxia, capaz de sonreír todo el día y olvidar los acontecimientos de su vida.

Dejó que el líquido vital masajeara sus músculos adoloridos. Dios, lo que había vivido la noche anterior fue algo que, incluso recordándolo en ese momento, volvía a avergonzarla y a prenderla desde el centro como si de un volcán se tratara. Hizo a un lado esos pensamientos achicharrantes y se dedicó a lo que debía.

Salió relajada cuando él llegó. Al verla, sonrió complacido. Vestía *jeans* entubados, unas botas con cintillas, un suéter grueso y el cabello con una inocente línea de lado detenido por un pasador cualquiera. Se veía demasiado comestible, demasiado linda.

—Traje café, *muffins* y fruta —señaló, tendiéndole un vaso tapado—. ¿Sí te gusta? —deseó saber, curioso. Ella asintió, tomán-

dolo entre sus manos para calentarse—. Ahí hay leche y azúcar. No supe con qué pedirlo…

—Leche —admitió, abriéndolo y sirviéndose un poco de forma delicada.

Mierda, olía intensamente a naranjas. Casi desistió de la excursión, así que mejor salió a la terraza y prendió un cigarrillo en lo que la veía engullir sin más un poco de lo que había comprado. Se terminó el pan, picoteó un poco de durazno y mango. Negó, sonriendo a lo lejos. Era única.

Veinte minutos después salían rumbo a aquel lugar.

—¿Qué música te gusta? —deseo saber, mirándola de reojo. Algo hacía con su cámara muy concentrada.

—Escucho mucha clásica, pero…, la tuya no me desagrada —admitió, haciendo pequeñas muecas sin voltear. Sonrió, se veía muy tierna.

—Creí que te gustaría, no sé… La balada pop y esas cosas.

Anel alzó el rostro frunciendo los labios. ¡Mierda, debía dejar de hacerlo!

—No… Prefiero eso —y señaló su reproductor. Marcel asintió. The Strokes tenía buena música, pero era raro que le agradara si lo que solía escuchar eran esas aburridas melodías que su madre usaba para leer en la sala y que lograban hacerlo huir de inmediato.

—Eres extraña, ¿sabes? —notó cómo se tensaba, dejando de hacer lo que hacía—. ¡Ey! —Clavó juguetón sus dedos en su delgada pierna—. Me agrada, no me hostigas… Ni me mareas con tonterías. —Le guiñó un ojo.

Anel relajó el gesto riendo al sentir cosquillas.

—Deja eso, no las resisto —rio quitándole la mano.

Al llegar, Anel observó todo, intrigada, con suma atención. Había gente, una explanada que seguro era verde algunos meses. Más adelante, unas piedras gigantes amarillentas, y de muchos otros tamaños, se alzaban frente a ellos a varios metros. Vegeta-

ción por todos lados, propia de ese lugar. Quitándose cabellos del rostro debido a los fuertes vientos característicos de esa temporada, lo contempló encantada, sintiendo bullir en su interior esa vitalidad que le generaban los espacios abiertos.

—¿Qué es aquí?

Marcel agarró su mano y la hizo caminar en aquel suelo irregular.

—«El Diente», aquí vienen a rapelear más que nada —y señaló varios chicos con arneses y equipo de montaña—. Pero tú y yo iremos por acá. Hay cosas que te gustarán y no tan arriesgadas —sonrió avanzando.

—¿Venías aquí? —preguntó siguiéndolo y fijándose bien en no caer.

—Sí.

—¿Sabes hacer eso? —señaló a los chicos que iban dejando atrás.

—Sí, mi padre y yo lo hacíamos con frecuencia. —Su tono dejó claro que no diría más, así que concluyó la conversación—. Hay pequeñas rocas que podrás subir sin problema, te gustará cómo se ve todo.

Dos horas después, Anel perseguía una ardilla con la cámara entre las manos mientras él, sentado en una roca no muy alta, la observaba. No había parado desde que le indicó ese sitio. Iba, venía, se movía con agilidad, notó a veces, siguiéndola, otras viéndola a los lejos, mientras fumaba un cigarrillo. Esa chica tenía vitalidad.

—¡Ey!, no te vayas… Solo una.

La escuchaba hablar con el animalillo como si este le fuera a escuchar. Rio negando. En serio sí era una chiquilla, aunque opuesta a Lily, pues ella era extrovertida, hablaba hasta por los codos, lograba que la evocara de forma agradable sin poder evitarlo. Los recuerdos se agolpaban uno a uno en su cabeza. Las muchas veces que había ido, que pasó incluso noches acampan-

do cuando aún era seguro; las ocasiones que había logrado, con ayuda de su padre, llegar a la cima.

Ya no practicaba el rapel, no desde que todo ocurrió, y aunque iba al gimnasio a desfogar la energía, el deporte al aire libre nunca volvió a llamar su atención.

El viento sobre el rostro, el silencio del lugar añadido a ese sonido único de la naturaleza, acompañado de esa joven singular que ahora estaba agachada capturando una imagen; lo hacía sentir… En paz, más sereno que en mucho tiempo.

Observó su cigarro recordando los problemas que le había acarreado cuando su madre se enteró de ese vicio. Cuando su padre, sin estar de acuerdo, le dijo que no podía prohibírselo, pero que ojalá algún día lo dejara. Negando, lo apagó, descendió y se acercó a ella.

—¿Cómo va todo?

Anel giró con las mejillas encendidas, sonriendo, despreocupada, con esos ojos de color tan peculiar, excitados.

—Es perfecto, Marcel.

Él sonrió, quitándole un cabello del rostro.

—Me alegro, chiquilla.

Una parvada pasó sobre ellos, eso de inmediato la hizo girar y abstraerse en lo suyo.

Un poco más tarde la instó a subir, cuidando de cada uno de sus pasos, a una piedra que no era complicada. Mostrándole una vena temeraria que no creía que tuviera, la observó escalar con seguridad. Anel estaba en su elemento, eso era notorio, fascinante. Ya arriba la sujetó por la cintura con miedo a que resbalara.

—Es genial —admitió entusiasmada. Él la invitó a sentarse a su lado para contemplar la paz de ese lugar—. Gracias —musitó, perdida en lo que veía. Marcel la observó cautivado mientras ella mantenía su vista al frente, claramente extasiada. Se sentía bien, demasiado bien. Cerró los ojos negando, alejando esos sentimientos.

—De nada —musitó, girando a otro lugar.

La joven sacó de nuevo la cámara y volvió a lo suyo. De pronto, lo miró con el aparato en la mano.

—¿Puedo? —preguntó con timidez.

—¿Quieres una para ponerla sobre tu buró? —la retó con sarcasmo un tanto ácido. Ella bajó el objeto percibiendo el cambio en su carácter. Mierda, notar cómo se retraía lo hacía sentir algo en medio del pecho que lo incomodaba—. Solo no me gustan las fotos, Anel —le explicó.

—Está bien —admitió, intentando distraerse en algo más qué capturar.

—Una en la que salgamos los dos —propuso, doblegándose y los señaló a ambos, indolente.

La joven sonrió aceptando el desafío que vio en su mirada aceituna. Marcel era tan extraño, que se encontraba siempre deseando llegar más hondo, más profundo, sin embargo, se topaba con una pared enorme, bien dura, bien fuerte que la hacía desistir por momentos pues era más lo bueno que le ofrecía y eso… Era lo que valía.

Se levantó con agilidad, colocó la mochila sobre una protuberancia, luego ajustó concentrada algo en el aparato con manos hábiles y giró.

—Siéntate más atrás —ordenó con firmeza.

Eso casi lo hizo reír. La obedeció complacido, después de todo se iba develando poco a poco. Acomodó el artefacto con cuidado y se puso a su lado, recta.

—No, así no —y la tomó por la cintura recostándola sobre su pecho para que vieran el lente mientras se aferraba a sus brazos riendo y él ladeaba la cabeza pegándola a la suya. Se escuchó el disparo y, sin más, la hizo darse vuelta para besarla. Anel atrapó su cabeza sintiendo el cabello ralo bajo su palma mientras lo admitía en su interior sin problema.

Varias obturaciones más sonaron, pero ninguno de los dos prestó atención. Ella, para cerciorase de que saldría una toma

bien, la dejó con esa función, no lo recordó al sentirlo así: urgido de su aliento, de probarla de esa manera que ya era tan indispensable como el propio oxígeno.

A mediodía, Marcel decidió que era hora de partir. Debían engullir algo y el lugar se comenzaba a llenar.

De camino, compró en un sitio de comida rápida después de que a Anel le diera lo mismo y terminaron en su apartamento comiendo uno frente al otro conversando, relajados.

—Estoy molido —admitió, aventándose sobre el sillón al tiempo que dejaba su chaleco por ahí.

Anel observó el gesto.

—¿Quién te hace de comer y ordena todo? —deseó saber, comiendo helado en su lugar.

—La limpieza, una mujer que viene por las mañanas entre semana —enarcó una ceja, poniendo sus manos en la nuca—. ¿Qué?, ¿ves algo sucio?

Anel rodó los ojos, negando.

—No, es solo que no creí que fueras tú quien mantenía todo esto así —dijo señalando el lugar—. Y mucho menos cocinaras.

—No suelo ser desordenado, pero, no, no hago esas cosas, aunque… Sé hacer otras. —Se acercó, le quitó el tazón y la pegó a su cuerpo disfrutando del nerviosismo y la mirada única que generaba en ella.

—Yo…

La besó con exigencia.

—Tú aprenderás cuáles… —Minutos después, Anel, sudorosa, temblando aún, permanecía sentada sobre él, acurrucada, lánguida en su pecho. Marcel frotaba su columna absorbiendo el aroma de su cabello más que satisfecho—. Tomemos un baño y veamos una película, ¿quieres? —Todo con tal de que no se alejara. Ella asintió sin levantar el rostro. Parecía un gatito ahí, enrollada en ese lugar en el que embonaba perfectamente—. ¿Debes regresar hoy? —negó, alzando un poco el rostro. La noticia, sin

comprender el porqué, llenó su pecho de algo que no sabía que se pudiera sentir. Besó su nariz asintiendo.

Una hora después veían una cinta de terror en la habitación. Anel, entre jadeos y murmullos, mientras le lavaba a conciencia cada parte de su frágil cuerpo permeándolo todo de esa marea roja llena de erotismo que, con él, ya era común, le dijo que esas y las de suspenso eran sus preferidas.

Absortos, miraron la película sin hablar. Separados, atentos, concentrados. Al anochecer, sin darse cuenta, cayeron rendidos ahí, uno al lado del otro, justo cuando comenzaban el segundo filme.

El impacto producido por el choque de toneladas de fierro, en medio de la noche, con luces multicolores a su alrededor y comprender que ya nada era reversible, lo habían arrastrado a una corriente vertiginosa donde no lograba respirar, donde hubiera deseado que su corazón también colapsara en esa estruendosa colisión y su sitio, en este maldito mundo, quedara vacío, sin ese dolor qué soportar.

Con la mano en la garganta, evocando la angustia que había generado ese momento, se levantó sudando, produciendo un gemido tan lastimero como el que emite un ser que ve su vida extinguirse sin poder hacer nada.

Por primera vez, desde que había ocurrido todo aquello, no deseó que ese momento sucediera, no en ese instante, no de ese modo.

Anel despertó al escucharlo. Asustada, se acercó. Marcel temblaba… ¿Se estaba ahogando? Muerta de miedo, sin lograr comprender lo que ocurría en su mente, se arrodilló frente a él buscando su mirada. Nada, lucía ausente. Decidida y usando sus manos trémulas, sujetó su rostro con esfuerzo, pues se zafaba.

—¡Ey! ¡Tranquilízate!, ¡tranquilízate! Respira, todo está bien —intentó hablar alto para sacarlo de la pesadilla donde parecía aún estar sumergido. El chico, con los dedos enredados en su

cuello, sollozaba. Parecía intentar respirar, pero no lo lograba. La joven observó alrededor deseando pensar más rápido y de nuevo lo enfocó—. ¡Mírame! Abre los ojos. ¡Mírame! —Le rogó, zangoloteándolo, con la voz quebrada.

Con su fuerza no lo movió ni medio centímetro. Frustrada, se echó el cabello hacia atrás. Lucía aterrado, contraído, dolido hasta lo indescriptible. Sin pensarlo, se pegó a su cuerpo y lo besó.

Al principio, Marcel continuó removiéndose, pero, de pronto, rodeó su cintura suavemente para, poco a poco, hacerlo con fuerza. Lo que al principio había sido un roce de su parte buscando hacerlo reaccionar, se convirtió lentamente en una invasión de la que dependía su bienestar. Anel notó cómo todo iba pasando, cómo el miedo iba desapareciendo, cómo el deseo lo iba reemplazando. Aliviada, enrolló sus manos alrededor de su cabeza dejándolo llevar el momento como decidiera. Jamás había visto esa expresión en nadie, parecía estar presenciando algo realmente abominable, espantoso. Sabía lo que las pesadillas producían y, sin poder evitarlo, le dolía que él pasara por algo semejante.

Marcel, en medio de todo aquello, solo pudo seguir ese olor que se coló hasta el centro de su mente, de su cerebro, de sus neuronas, mandando señales de alerta, de otro tipo de colisión, como si se encontrara en el fondo del océano, con una gran cadena aferraba a su tobillo. De pronto, luchando, logró liberarse, llegar hasta la superficie y pudo ser consciente de lo que entre sus brazos había, un cuerpo tibio, frágil, suyo. Sin pensarlo dos veces la aferró como a una tabla de salvación y la devoró con vehemencia. De un movimiento, la tumbó sobre el colchón y se separó jadeante.

Anel lo estudió turbada, intentando traspasar su alma con ese inocente gesto. Pegó su frente a la suya llenando de su esencia los pulmones que hacía unos momentos los sentía del tamaño de una pasa.

Ella lo rodeó con sus delgados brazos escondiendo su rostro en el hueco de su cuello.

—Gracias —murmuró con ternura a su oído.

Anel lo aferró con más fuerza, cosa que solo sirvió para buscar su boca y terminar lo que ahí había comenzado.

—No supe qué más hacer —admitió cuando sintió su aliento casi sobre sus dientes. Marcel acarició con un pulgar su labio inferior.

—Mejor que eso, nada —y la besó con suavidad, degustando ese par de turrones sabor miel que le generaban un placer indescriptible.

Una pesadilla como esa hubiese terminado con él bajo la ducha y lágrimas de por medio, pero nunca imaginó que un momento tan detestable en sus recuerdos se pudiese volver tan cargado de sexualidad, de deliciosa pasión.

Anel de nuevo dormía, pero ahora acurrucada mientras él acariciaba su espalda desnuda. El día había estado cargado de recuerdos, de sensaciones que hacía mucho tiempo no rememoraba, pero a su lado fue fácil, incluso agradable.

Bajó el rostro un segundo para esconder la nariz en esa maraña castaña. ¿Cuánto tardaría en verlo de otra manera? Esa pregunta le molestaba.

No soportaría que sus ojos lo observasen diferente, no ella, no Anel. Debido a su propia posición no pasaría mucho antes de que se enterara, sin embargo, sabía que por ahora no tenía ni idea, y sentía la seguridad de que aunque le dijese su apellido, seguiría dándole lo mismo. Ella no era como las típicas chicas con las que salía, o como Sofía, su prima; siempre preguntando la procedencia, los viajes, interesada en los lugares a los que asistía, la ropa que usaba. No, esa joven que descansaba lánguida después de haber compartido su cuerpo de nuevo y sin reparos, no parecía influenciada por esas tonterías, al contrario, la veía siempre muy ajena a todo.

Horas vacías
capítulo 11

Por la mañana la sintió moverse. Abrió los ojos con renovados ánimos, extrañamente alegre al saberla pegada a él.

—¿Qué sucede, chiquilla? —preguntó, colocando una mano sobre su cadera.

—Tengo hambre.

Marcel abrió los ojos de par en par al escuchar esas palabras de su boca. Claro que él también tenía. Se habían dormido sin cenar.

—¿Qué esperamos? —sonrió, desperezándose.

Sándwiches de jamón con queso, más un plátano y jugo de naranja, fue lo que desayunaron. Entre los dos lo hicieron mientras reinaba un ambiente relajado.

—En serio tenías hambre —expresó, al verla meterse a la boca el último trozo.

Anel sonrió tiernamente y es que cuando lo hacía de esa manera sus lagunas bicolores se hacían más pequeñas y brillantes. Se sintió un imbécil contemplándola.

—Es raro —musitó, limpiándose los labios, sintiéndose demasiado alegre. El sonido de la vibración de un móvil sobre alguna superficie rompió el momento.

Marcel, al cerciorarse de que no era el suyo, le dijo que debía ser el de ella. Anel intrigada lo agarró. Era su tía, así que contestó de inmediato.

—*Hola, jovencita*.

Sonrojada a más no poder, se giró para sentarse de forma recatada en el sillón.

—Hola…

Marcel aprovechó y comenzó a lavarlo todo.

—*Quisiera verlos a ti y a tu novio en mi apartamento. Digo, si seré la tapadera debo aclarar unas cuantas cosillas.*

Anel tembló incómoda.

—Yo… No sé si él tenga algo qué hacer, tía.

Marcel giró intrigado.

—*Pues si quieren que siga solapando esto, debo hablar con ustedes… Aquí los espero a la una, Any* —concluyó y colgó, dejándola con el móvil en la mano.

Agachó la cabeza, nerviosa. ¿Ahora qué le diría?, ¿qué haría? Las palmas le sudaron y no tenía idea de cómo encararlo.

—¿Qué pasó? —quiso saber él con el secador en la mano, ella se acomodaba un mechón tras la oreja, notoriamente turbada.

—Nada —soltó y caminó hacia la habitación.

No podía pedirle eso. La mano sobre su muñeca la hizo girar. Dejó de respirar por un segundo con los ojos bien abiertos viendo el suelo, como si la hubiesen pillado en algo malo.

—¿Quiere vernos?, ¿es por eso que le inventaste?

No se atrevía a mirarlo, solo asintió paseando la vista por aquel lugar que ya conocía tan bien.

A Marcel no le agradaba la idea, pero era lo justo. Ella se quedaba; él iba y daba la cara, si no, seguro ese cuerpo en su cama ya no estaría más.

—¿A qué hora?

—A la una —musitó.

Elevó su barbilla con un dedo. Parecía culpable, un tanto retraída. No le gustó verla así.

—Tenemos tiempo… —le guiñó un ojo para luego besar sus labios y sentir cómo se relajaba solo un poco.

Al llegar a los apartamentos de su tía, Anel continuaba silenciosa. Sacudió su pierna, relajado.

—¡Ey!, quita esa cara. No pasa nada, le diremos lo que quiere oír y listo —se encogió de hombros con desgarbo.

La joven descendió con una media sonrisa. Eso no era lo que la tenía así, sino lo que en realidad ocurría, lo fuerte del sentimiento que estaba experimentado, la aprensión y necesidad de él. Supo, desde el inicio, que no debió meterse en algo como eso, que de alguna manera eso la lastimaría. Ahora ahí estaba, caminando con ese joven de sonrisa seductora, de mirada dura y manos que la enloquecían, sin ser nada más que conocidos, pues ni en la categoría de amigos entraban. Suspiró al tiempo que timbraba. Ella lo había elegido, esa era la consecuencia.

Minutos después se encontraban sentados frente a una guapa mujer de unos cuarenta y tantos años, en la sala de ese asombroso lugar.

—Me alegra que pudieras venir, Marcel. —Las presentaciones se dieron justo en el umbral, cuando su tía los recibió enfundada en unos *jeans* cualquiera y una blusa sencilla. Este asintió sentado al lado de Anel, que mantenía la postura erguida, expectante—. Bien. Primero que nada, quería conocer personalmente a ese chico que enamoró a esta niña —lo decía con dulzura.

La joven se sonrojó, turbada. Dios, eso no sería sencillo.

Él sonrió por educación de esa forma tan suya, mirándola de reojo.

—Yo también deseaba conocerla… Agradecerle —habló Marcel, un tanto molesto, pues Anel, en cuanto escuchó esas

palabras, pareció incomodarse. Eso, y el hecho de que estaba notoriamente ausente, lo hacían sentir que lo último que deseaba era verlo ahí: con alguien de su familia. ¿Qué sucedía con ella? Ciertamente actuaban, pero tampoco era para que se comportara como si fuera impensable algo con él.

Laura lo estudió detenidamente. Era alto, de cuerpo atlético y con un físico un tanto amedrentador en la misma proporción que atractivo. Parecía dueño de la situación y bastante relajado, aunque por su mirada podría jurar que se hallaba un poco irritado con su sobrina, que a su lado parecía una tímida flor, delicada, femenina. Un contraste asombroso, hermoso, si era sincera. Anel, nerviosa, con esos lindos ojos bien abiertos, con sus facciones delicadas, tensas; le pareció adorable el cuadro de esos dos chicos.

—También fui joven, por lo mismo debía hablar con ustedes… Espero que se estén cuidando.

La menor se acomodó un mechón tras la oreja, perpleja, sin atreverse a verlo debido a la vergüenza que experimentaba.

Marcel asintió, serio.

—Un embarazo a la edad de Anel sería terrible, pero además está el hecho de las enfermedades… —de pronto, lo observó con detenimiento, como si quisiera recordar algo.

—Lo sabemos y somos responsables con ello.

La joven jugaba con sus manos escuchando.

Todo lo que ocurría ahí era por demás bochornoso, por no decir horrible. Y, bueno, en eso de los cuidados no mentían, pero el responsable había sido él, tuvo que admitir, pues en lo que respectaba a ella, ni lo había tomado en cuenta la primera vez y… Varias subsecuentes.

—¿Cuántos años tienes, Marcel? Lo siento, pero es que te veo muy mayor.

El chico negó relajado. Siempre le decían lo mismo, desde pequeño.

—Veintitrés.

La mujer soltó un poco de la tensión. Cinco años no eran un abismo, aunque sí una diferencia a esa edad. No obstante, quién era ella para objetar, ambos estaban en esa etapa en la que es común enamorarse y uno no va por la vida preguntando los años que se tienen para ver si es candidato o no.

—Oh, perfecto. En ese caso… Solo quiero decirles que, si algo sale mal, no me sentiré culpable, ambos son mayorcitos… Y si tú vives solo… Espero que sepas lo que hacen… Anel no cuenta con mucha experiencia, así que confío en que en ti quepa la inteligencia para no tener un accidente. —Esa mujer era demasiado directa, tenía carácter fuerte, sin embargo, le cayó bien, aunque notaba que seguía viéndolo con cierta suspicacia—. Disculpa, pero debo preguntar esto, ¿cuál es tu apellido?

Ahí estaba. ¡Mierda! Anel parecía demasiado ensimismada y, a la vez, alerta.

—Lazcano.

La mujer asintió y asomó una sonrisa como comprendiendo algo, pero no dijo más. En ese instante supo que ya sabía de quién era hijo. Lo cierto era que Anel ni siquiera se movió. Su apellido no le decía nada…

—Marcel, debes tener cosas qué hacer y, en realidad, eso era todo… Bueno, todo contigo. —Lo señaló relajada—. Ahora debo hablar con mi sobrina…

La chica cubrió su boca emitiendo un leve quejido que, a pesar de sentirse enojado con su actitud, le pareció adorable.

—Tía… —murmuró con su vocecilla sin ver ni una vez al que se suponía que era su novio. Sabía que, al salir el chico de ahí, la hermana de su madre le empezaría a hablar de temas que la apenaban sobremanera.

—Nada, es necesario.

Iba a levantarse cuando él la detuvo con un ademán. Se atrevió a hacer contacto con sus ojos: estaba enojado. Ya sabía ella

que no había tenido que decir esa horrible mentira, por eso Marcel estaba molesto.

—No pasa nada, te marco después —dijo y salió así, sin más.

Una vez solas, Laura se sentó junto a la chica y tomó su barbilla con cariño. Adoraba a esa niña. Siempre había sido dulce, tierna y demasiado inteligente, aunque de algunos años a la fecha ya no era lo que había pensado que sería. Si bien siempre había sido delicada, un tanto silenciosa, se la veía feliz, sonreía todo el tiempo y parecía vivir con esa libertad con la que se manejan solo ciertas personas en el mundo, aquellas que desde el fondo de su alma lo negro no entra y nada los oscurece… Sin embargo, eso había cambiado, y ahora su expresión siempre era tensa, ausente, incluso a veces leía miedo en esos preciosos ojos bien redondos.

—Es muy guapo, Any —admitió y torció el gesto sonrojada—. No le diré nada a Analí, pero a cambio hablaremos de este tema, *¿OK*?

No tenía más remedio, no, si no quería que su madre se enterara, y a su vez ese asqueroso, de la ficticia relación que mantenía con Marcel. Ese era el precio de entrar en ese maldito juego, se recordó fingiendo escucharla mientras su corazón se iba contrayendo con cada minuto que pasaba.

Horas más tarde la dejó en su casa y, fuera de experimentar alivio, deseó regresar a la seguridad de esos fuertes brazos, de ese apartamento donde no se sentía expuesta, rodeada de amenazas. De alguna forma ahí existía lo que en ningún sitio encontraba. Armándose de valor ingresó por donde solía. Ahí estaba de nuevo su realidad espantosa, su soledad y su tortura. Se encerró en su habitación con los pulmones estrujados y es que desde que su tía le había marcado no lograba que regresaran a su tamaño original.

Amanecer en el cielo y dormir en el infierno.

Eso no sería sencillo y curiosamente dolía más que antes, pues de alguna manera vivir de forma lúgubre era lo natural desde

hacía mucho, pero al tener ahora un punto de comparación, se sentía más perdida.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué de solo pensar que al día siguiente él no se acercaría, tenía ganas de llorar?

Se dejó caer sobre su cama acurrucándose como si se encontrase en plena nevada; congelada por fuera, escarchada por dentro.

Era una idiota, una completa y absoluta idiota. Se había enamorado; había ido enamorándose desde que… Ah, no sabía desde cuándo, pero lo sentía en su interior como burbujas de champaña que no tenían la menor intención de tronarse, viajando por todo su cuerpo de forma juguetona, colorida, y ahora… Ahora tendría que lidiar con el sentimiento sola, morderse la lengua para no decirlo, aplacar su alma para no mostrárselo. Se giró bocarriba, resoplando, al tiempo que se limpiaba una lágrima que resbaló por la comisura de los ojos.

—Asúmelo, eres una tonta, una completa y absoluta tonta.

Un sollozo escapó de su garganta al tiempo que se giraba y aferraba a la almohada. Lo quería, lo quería y ya nada podía detener lo que iba creciendo… Lo que permeaba todo su ser, lo que consumía su mente, lo que ocupaba su alma.

¡Maldita noche de infierno! No había pegado el ojo prácticamente. Al final terminó dormido en el puto sofá de la sala, aquel donde, aunque también se le venía su imagen, no estaba tan endiabladamente lleno de su jodido olor.

Al salir del apartamento de esa mujer había decidido que ir al suyo sería una tontería. Se sentía enojado, sí, enojado con ella. Era una hoguera en un momento y un glacial en el siguiente. No era que él mismo no fuera distinto, pero es que… ¡Mierda! Las chicas no eran así. Después de todo lo sucedido el fin de semana creyó que… Bueno, no sabía qué era lo que creía, pero no que se comportaría como si no existiera, como si la mera idea de que fuese su «novio» la incomodara tanto. Les habló a sus amigos, y

como siempre estaban en una comida. Sin pensarlo dos veces, fue directo para allá.

La diversión no fue la que solía. Las voces ruidosas y estruendosas de las chicas le molestaban, le parecían exageradas, eso sin contar la forma en la que se movían, o vestían. Por lo mismo, decidió embriagarse hablando estupideces sobre fútbol junto al grupo de varones aglomerados en una esquina rechazando categóricamente a cualquier joven que se le acercara, que lo intentara seducir, que prometiera un momento desenfrenado.

Esa mañana el frío parecía no ser tan intenso, marzo no tardaba en aparecer y eso vaticinaba el calor que llegaría, como siempre, insoportable. Con un café bien cargado, escuchando las tonterías de Lalo sobre la juerga del día anterior, permaneció atento al corredor principal. No le había llamado ni lo había buscado. Anel era tan extraña, tan diferente a lo común que ya no sabía qué esperar de esa chiquilla flacucha que lo enardecía sin siquiera proponérselo, que le generaba unas ganas locas de cuidarla, de saberla bien. Rodó los ojos girándose, debía olvidar sus estupideces; la pasaban bien en la cama, listo, nada más…

No se toparon ni siquiera en la cafetería, entre que decidió no dar su brazo a torcer y entre que de verdad no la vio, acabó el día. Llegar a su apartamento fue demoledor, el maldito frutero lleno de plátanos, la nevera con sus sabores de helado favoritos y, por si fuera poco, en el baño había olvidado su cepillo y un anillo. Salió molesto.

—Te invito a comer, llego en quince minutos por ti… —Colgó, un poco de distracción era lo mejor. Sofía jamás se negaba.

Anel pasó la tarde en su habitación poniéndose al día con los deberes. Por mucho que intentaba no le gustaba; el Derecho era aburridísimo y lo peor… El jueves tendría un examen que no tenía ni la menor idea de cómo aprobaría.

—Te quiero en la mesa, ahora, Anel. —Su madre entró como siempre, sin tocar.

Tensa, bajó. Ary solía llegar después de las diez, por lo que nunca coincidían, así que, para variar, tuvo que permanecer ahí, bajo las miradas hostiles de su madre y lascivas de ese tipo que aborrecía. Con la garganta cerrada, jugó de nuevo con la comida.

—Estás muy mimada, demasiado consentida… En serio eres patética, Anel.

¡No!, ahí iba de nuevo. Cerró los ojos aspirando. Se sentía más deprimida de lo normal. Descubrir sus sentimientos hacia Marcel fuera de ayudar en algo, la habían hundido más. No lo había visto en todo el día, pero también evitó deliberadamente cualquier sitio donde sabía que podía topárselo… ¿Por qué? Porque no sabía qué haría cuando lo tuviera enfrente ahora que comprendía que lo quería. Por otro lado, él tampoco había hecho nada para acercarse, para buscarla, y, aunque lo esperaba, había dolido. Eso sin contar que no durmió muy bien y que el ambiente en esa casa era tan tenso como las cuerdas de un violín.

—Déjala —ordenó el marido de su madre en tono conciliador.

Esa intromisión lo empeoraría todo. Aferró su servilleta de lino que descansaba sobre sus delgadas piernas sintiendo la conocida ansiedad.

—¿Qué?, ¿no ves que desprecia siempre lo que se le hace de comer…? —respondió su madre irritada, para variar.

—No… Es eso —musitó la joven, intentado llevarse un bocado. Dios, era una tortura comer así.

—¡Ah, no! La señorita parece vivir de aire… Quieres estar delgada, bien. ¡Cleo! —gritó. La mujer apareció de inmediato mientras Alfredo se frotaba la frente—. Quítale el plato a esta niña y tráele dos hojas de lechuga, quiere estar esquelética, le ayudaré…

—¡Basta, Analí, haces las comidas un puto infierno! —intervino su marido, ya enojado.

—¡¿Por qué siempre la defiendes?! ¡Ya te dije que es mi hija y no quiero que te metas! —rugió, dándole un golpe a la mesa.

—Retírate, Anel —habló sin verla, confrontando con la mirada a su esposa. La chica no supo qué hacer.

—¡No te atrevas a moverte, Anel! —Su sangre fluía enloquecidamente, el miedo de lo que vendría la tenía paralizada—. Escucha bien, Cleo, no quiero que se le suba nada, lechuga comerá hasta que deje esa faceta de escuincla consentida que desdeña todo. ¡No quiero saber que come algo más! ¡¿Está claro?!

—Señora, por mí no hay problema… —dijo la mujer preocupada por la muchacha que palidecía cada segundo.

—¡Di una orden!

—¡Eso es aberrante! ¿Por qué no la dejas en paz? La que debería comer eso eres tú, ya te dije que la edad no te está pegando, querida.

Anel abrió los ojos mirando a Cleo, asustada. El ama de llaves también la miraba. Eso iba a terminar mal. Las dos lo sabían.

—¡¿Qué tratas de decir?! —rodeó la mesa y tomó a Anel por el brazo con fuerza desmedida. La chica intentó zafarse ansiosa al tiempo que se quejaba—. ¿Te gustan los huesos? ¿Así? —Y la apretó más, acercándosela.

Las lágrimas amenazaban por salir, mientras luchaba por librarse de ese agarre que le estaba cortando la circulación del brazo. Alfredo la miró un segundo sin poder esconder su respuesta. Luego se la quitó de un jalón y aferró por el codo a Analí.

—Deja de dar espectáculos —farfulló y la llevó hasta su habitación entre gritos y portazos.

—Sube a tu recámara, Any, ahora —le ordenó Cleo, temiendo por ella.

La joven hizo eso sin perder tiempo. El brazo le punzaba, la cabeza dolía, su corazón, herido, sangraba de nuevo. Permitiendo salir el llanto se dejó caer sobre el piso con el rostro escondido. Ya no podía más, simplemente no podía más.

Otra noche sin descansar. Otro día sin poder comer bien, pues ahora su madre personalmente había verificado que no se le diera nada. En la universidad entre clases y clases, no había tenido tiempo de nada. Y cuando estaba libre, intentó estudiar. Alegra y Mara se mostraron comprensivas cuando les explicó que pronto tendría pruebas por lo que no las acompañaría a la cafetería de nuevo.

Más horas sin verlo, más horas vacías; más horas deseando desesperadamente desaparecer.

Por la tarde, decidió que su casa no era el mejor sitio para estar, no si Analí seguía con ese humor de perros que a últimas fechas se acentuaba escandalosamente. Se fue a un café. Ahí si bien no había paz, tampoco se sentía tan sola ni tan ansiosa.

Al anochecer llegó cuando sabía que la cena ya había pasado. Corriendo se encerró en su habitación. Nada sucedió, cosa que terminó agradeciendo.

El miércoles no fue distinto, no obstante, a lo lejos lo vio. Conversaba con chicas y chicos en una de las bancas esparcidas por el campus, fumando. Parecía relajado, como si no se acordara siquiera de su existencia.

Él alzó la vista. Por un segundo se toparon sus miradas, pero de inmediato Marcel cortó el contacto, ignorándola. Así que, con el corazón comprimido, adolorido, siguió su camino sin percatarse de que la observaba alejarse, tenso, desconcertado hasta la médula.

Marcel ya no sabía cómo sacarla de su puta cabeza. No deseaba aceptarlo y se excusaba con los buenos momentos que pasaba perdido en ese cuerpo delicado, pero lo cierto era que la extrañaba como un maldito demente. Necesitaba escuchar su dulce voz, perderse en su mirada, sentir sus frágiles manos sobre sus caderas. Mierda, necesitaba de ella, pero le daría un par de días más, si no… Si no enloquecería y tendría que buscarla, como solía. La deseaba y moría por sentirla gemir, jadear, vibrar bajo

sus caricias, sobre todo, verla sonreír; colmar su piel de ese jodido olor que lo ponía a mil.

Por las noches poco dormía, y se encontraba preguntándose «¿cómo estará?». Sabía que no debía hacerlo, no podía evitarlo. Esa chiquilla se estaba convirtiendo en un veneno que lo estaba aniquilando lentamente, en una droga que cada día era más adictiva, en un bocado del que no se sentía saciado.

La mañana del jueves no pudo más, toparse con ella el día anterior de lejos lo había dejado peor. La espió al verla llegar para saber en qué aula entraba.

A las nueve de la mañana, la joven salió enfundada en ese suéter holgado gris claro, junto con unas mallas negras y bota de piso. Su cabello lucía, aunque trenzado, algo desaliñado, por no decir mal peinado.

En cuanto pasó a su lado, sin verlo, absorta en sus pensamientos, la tomó del brazo y la arrastró hasta una esquina, justo tras el edificio por donde la gente no solía pasar. Sin pensarlo dos veces, la besó, apretando su cintura, desesperado. Un segundo más y entraba al puto salón para sacarla él mismo.

—¡Ah! —se quejó retorciéndose al tiempo que intentaba alejarlo.

Abrió los ojos desconcertado, molesto. ¿Qué no se daba cuenta de que necesitaba de ella? Al fijarse, haciendo a un lado lo que su flacucha le despertaba, notó que se hallaba extremadamente pálida, enormes ojeras otra vez estaban bajo esas lagunas y una lágrima que jamás había visto en su rostro viajaba por su mejilla al tiempo que jadeaba, temblorosa.

Anel no estaba bien, comprendió alterado, demasiado asustado.

Caos emocional
capítulo 12

—¿Qué pasa? —Ella negó, poniendo una mano entre ambos, respirando entrecortada—. Anel, ¿qué pasa? —insistió.

La joven intentó alejarse con debilidad, pero la tomó por la cintura. No se iría. La chica se arqueó gimiendo.

¡Qué mierdas! Sin saber por qué, agarró la orilla de su suéter y lo levantó.

¡No, no!

Alzó la vista hasta sus ojos, sus lagunas perforaban el piso con el rostro claramente tenso, contenido. Sintió su dolor sin siquiera ser consciente de ello.

—¿Quién carajos te hizo esto?

La rabia e impotencia corrían vertiginosamente por todo su cuerpo. Ella negó de nuevo, iba a irse. La aferró por la muñeca sintiendo una marea de sentimientos que no logró acomodar.

—Déjame, Marcel —le rogó esa vocecilla que tanto había echado de menos.

Negó con los ojos bien abiertos. Tenía en su costado varias marcas espantosas e, incluso, algunas estaban abiertas pues el líquido rojo ya había manchado levemente una parte de su atuendo y parte de su piel, no en grandes cantidades, pero sí hilos que no pasaban desapercibidos.

—Ni lo sueñes. —La tomó por el codo y la guio hasta el estacionamiento importándole una mierda quién los viera y que aún faltaran tres clases—. ¡Sangras! ¿Qué carajos pasa contigo? —le preguntó con la boca seca, sintiendo en los puños fuego pujando por salir. La subió a la camioneta con cuidado y dio un portazo cuando él también se montó—. Me vas a explicar qué es eso… Quién te hizo esa salvajada… ¡Entiendes! —le exigió, asustado, temblando.

Anel se hallaba a punto de perder la conciencia; su rostro cenizo, sus labios resecos y blancos. Aceleró sintiendo el latir del corazón como cuando la vida va de por medio.

Se detuvo en una farmacia. Compró lo que sabía que necesitaría y manejó a su apartamento. Parecía ida, con sus ojos clavados, ausentes en el exterior, y sus delgadas manos laxas sobre sus piernas. ¿Qué habría pasado? La ayudó a descender empleando todo el tacto que no sabía que tenía. Estaba débil, blanca como una hoja.

¿Qué había sucedido con la chica del fin de semana? Esa que sonreía, esa que tenía sus mejillas un tanto sonrojadas, esa que parecía una niña relajada. Ahora parecía una lucecita extinta. No le gustó, no le gustó nada.

Con movimientos sumamente suaves la ayudó a sentarse sobre su cama. Anel no hablaba, solo se dejaba llevar.

—Debo quitarte eso… —señaló su suéter en voz baja.

Dejó, cual muñeca, que se lo pasara por arriba de la cabeza. En uno de sus brazos, arriba del codo, las huellas claras de las manos que seguramente la habían lastimado. Del lado izquierdo, observó con detenimiento esas heridas. Eran de diferentes tama-

ños, dispares, unas hacia arriba, otras hacia abajo, un par más gruesas que las demás. Eso era salvajismo puro.

Rechinando los dientes aspiró profundamente sintiendo como si a él se las hubieran hecho.

—¿Con qué te lo hicieron? —quiso saber al tiempo que se acercaba, mostrándose lo más sereno posible. Era evidente que ella lo último que necesitaba era uno de sus arranques.

—U-un cinturón —gimió, al sentir el algodón frío sobre su piel. Marcel tensó la quijada. Eso era inhumano, espantoso. La habían lastimado y eso hacía hervir su sangre como jamás lo había experimentado. Sus pulmones subían y bajaban como los de un pajarillo herido. Ahí, sentada con su delgado brazo hecho a un lado, la mirada puesta en un punto lejano, se sintió impotente, ansioso.

Dios, su fragilidad lo desarmaba, lo desmoronaba y a la vez lo inyectaba de fuerza, de posesividad. Sentía ganas de matar con sus propias manos al o a la responsable de semejante atrocidad. Concentrado, limpió delicadamente esas heridas esparcidas en su costado. Un hueco de enorme se abría en medio de su pecho. Él y sus estúpidos juegos y, mientras tanto, ella…, ella viviendo quién sabía qué cosa. Era un puto miserable.

Cuando terminó de curarla, hizo las cobijas a un lado pues la mujer del aseo no tardaba en llegar para ordenar la habitación; le quitó las gafas y la recostó sobre el colchón.

—¿Quieres dormir? —preguntó con suavidad, acariciando su rostro demacrado con la yema de sus dedos. Anel asintió—. Bien, estaré afuera.

La cubrió con ternura. La observó unos segundos con las manos en los bolsos de los *jeans* sintiendo miedo, ese miedo que genera ácido en la garganta, que quema el esófago.

Salió hasta la terraza y fumó tres cigarrillos al hilo. No podía quitarse de la cabeza esas malditas marcas, ese jodido malestar que lo hacía sentir lleno de rabia. ¿Qué mierdas vivía Anel?

La señora que limpiaba el apartamento llegó. La saludó, serio, prohibiéndole entrar a su cuarto. No obstante, para cerciorarse de que Anel durmiera decidió ir. La chica se encontraba sentada sobre la cama con la cabeza entre sus manos meciéndose lentamente. De inmediato, se acercó preocupado.

—¿Qué ocurre, chiquilla?

La aprensión nuevamente barrió con todo, hubiese querido ser algo más de lo que era para poder ayudarla.

—M-mi cabeza, Marcel —gimió quedamente, lloriqueando, mirándolo con dolor desolado tras esos ojos asombrosamente lindos, pero que en ese momento solo transmitían tristeza, aflicción.

—¿Qué has comido? —preguntó de inmediato, sin tocarla, solo sentado a su lado, más ansioso que nunca y percibiendo sin dificultad la marea de sentimientos vacíos que Anel proyectaba, desilusión principalmente. La joven negó con debilidad. Resopló, intentando contenerse. Se levantó y salió dejándola en la misma posición. Al regresar, diez minutos después, llevaba en una charola un sándwich y un jugo de naranja que la mujer se ofreció a hacer al verlo tan preocupado—. Bebe esto… —con lágrimas en los ojos y mirada llena de desespero, tomó el vaso.

—U-unas pastillas —le pidió apretando los dientes, ya no soportaba esa punzada, si no tomaba algo gritaría, juraría que le estaba atravesando el cerebro.

—No, no hasta que comas… Así que anda. Inténtalo —exigió sin titubear.

Anel dio sorbos cada vez más largos a su bebida mientras mordisqueaba de a poco el emparedado. Marcel se acomodó a su lado acariciándole la espalda desprovista de ropa, donde podía ver sin problemas esas heridas que seguro dejarían cicatrices. La joven parecía irse relajando con su roce, ingiriendo cada vez un poco más. Acabó media hora después. No había sido tan difícil con él ahí, haciéndola sentir importante, segura, tan lejos de su abominable realidad.

—Te daré los analgésicos y descansarás un rato, ¿sí? —iba a ir por ellos cuando lo detuvo aferrando con esfuerzo su antebrazo.

—Yo… No te vayas —le pidió con esa linda vocecilla que lo derretía sin dificultad.

Su mirada ojerosa, lagrimosa, lo había doblegado de inmediato. Se quitó los tenis, se recostó y la atrajo hacia sí para que las lesiones quedaran del lado contrario a su cuerpo. Anel se recargó sobre su pecho, aún temblorosa. Marcel deseaba adentrarse en ese ser frágil y sanar lo que sea que estuviera doliéndole. Besó su cabeza absorbiendo su aroma.

—Cuando despiertes quiero saber lo que ocurrió —sentenció, acariciando su brazo decadentemente.

Ella asintió cerrando los párpados, los sentía como dos piedras pesadísimas sobre sus ojos.

Saberla dormida ahí, protegida, segura, lo hizo sentir poderoso, invencible y decidió, justo en ese momento que la tenía respirando quedamente, así, acurrucada y tranquila sobre sí, que Anel solo sería suya, la quería solo para él. Ese sentimiento fiero de protegerla, de cuidarla, había crecido en las últimas horas de forma desmesurada y se juró que lo haría pasara sobre quien tuviera que pasar.

Media hora después, la movió de esa incómoda posición, la recostó suavemente y la arropó sonriendo al percatarse de pronto de su inocente sostén blanco. Dios, adoraba eso: su clara ingenuidad, su suavidad dulce. Besó su cabeza y salió cerrando la puerta tras de sí.

Marcel pasó la mañana leyendo para las próximas evaluaciones. Era un desastre en muchos aspectos, pero los estudios eran importantes y una de las formas de sentir que resarcía lo hecho. La carrera no era lo que hubiese preferido, pero en ese momento, a unos meses de terminar, aceptaba que no era tan mala, incluso le agradaba…

A mediodía escuchó la puerta abrirse. Alzó la vista de la mesa del comedor donde se encontraban sus apuntes. Ella salía vestida, sin zapatos, frotándose los brazos, nerviosa. Se levantó de inmediato y se acercó.

—¿Cómo estás, An?

La joven lo miró de una manera única, asintiendo afligida.

—Mejor… —murmuró quedamente.

Marcel la tomó de la mano y la guio hasta el sofá, una vez sentada se puso en cuclillas frente a ella. Acunó su barbilla e hizo que le pusiera atención.

—¿Quién fue?

Sus ojos se enrojecieron.

—Mi mamá —admitió con sinceridad.

El joven deseó maldecir, vociferar blasfemias, pero Anel y su fragilidad lo hicieron solo asentir.

—¿Ya había ocurrido antes? —deseó saber serio. Enseguida se puso nerviosa—. Hace unas semanas… No te caíste, ¿cierto? —negó débilmente. Llenó de aire sus pulmones y acarició con el pulgar su mejilla—. No tienes por qué soportarlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí…

—¿Qué sucedió?

Su adorable labio tembló, sonrió intentando relajarla. Todavía lucía cansada, pálida y ojerosa, aunque no como más temprano.

—Se enojó… Ya no sé qué ocurre… Por qué me… —se calló con los ojos acuosos.

Mierda, esa chica tenía más problemas de los que había creído y de pronto muchas cosas comenzaron a tener sentido.

—Anel, golpear de esa forma solo lo hace alguien que no está bien… Es salvaje lo que te hizo —intentó encontrar las palabras menos rudas, menos hirientes.

—Lo sé, en cuanto pueda… Me iré —se escuchó decir al ver sus ojos verdes realmente consternados.

—¿Por qué esperar?

No deseaba por nada del mundo volver a ver algo similar en ese cuerpo que lo enardecía, por el que comenzaba a sentir que arrancaría los ojos a cualquiera, incluso el corazón. Comprenderlo lo dejó un tanto descolocado, no obstante, no era momento de ello, sino de centrarse en ella.

—Debo aguardar —se escuchó decir.

Él no la presionaría, tampoco dejaría el tema.

—Habla con Laura, quiero que te quedes —negó enseguida, nerviosa. Marcel se acercó a sus labios y los rozó con ternura, quedándose ahí unos segundos—. Por favor, solo deja que te cuide, ¿sí?

No entendía su cambio de actitud, sin embargo, tampoco deseaba irse.

—Mi mamá creerá que le dije… —susurró afligida, preocupada, con evidente miedo.

—Dile a tu tía que hable con ella, al escucharla tranquila sabrá que no es así… —no era mala idea, así que asintió débilmente—. Ahora dime… ¿Qué provocó la ira de tu madre? Aunque déjame decirte que no tiene justificación, podrías denunciarla con eso… —y señaló su costado maltratado.

Ni ella misma entendía bien qué había generado aquello, y lo poco en pie dentro de su ser, iba cayendo como si de pronto un río contenido se abriera paso pese a la protección de rocas que se instalaban como un dique, y el agua, rabiosa, encontrara su cauce generando estragos en todo lo que se topara, matando, inundando, consumiendo lo que alguna vez fue vida, color y sueños.

Simplemente iba entrando a su habitación después de ir por agua, cuando su madre apareció y la empujó hacia adentro logrando que el líquido que traía entre las manos cayera junto con el vaso, que por suerte no era de vidrio.

—¿Qué ocurre? —deseó saber, empapada, en el piso, asustada al ver su rostro.

Analí se acercó y empezó a abrir los cajones de su armario.

—¡Ocurre que no vas a destruir lo que construí! ¡No lo harás! —sacó un cinturón que hacía mucho no usaba, de hebilla dura. Anel lo observó, alejándose, intentó ponerse de pie, pero el agua no se lo permitió—. ¡Eres un maldito estorbo! ¿Entiendes? ¡Y estoy harta! —Se acercó, al tiempo que ella, levantada al fin, quiso correr. La jaló por la trenza y ahí fue cuando sintió el primer impacto sobre su cuerpo. Gritó, intentando zafarse—. A ver si así lo comprendes de una maldita vez —no reconocía su voz.

Iba vestida con un camisón negro que dejaba poco a la imaginación y olía a perfume, por no decir que parecía maquillada para una fiesta. Para ojos de Anel se veía impresionante, pero con esa mirada distorsionada, con el odio corriéndole por cada poro, no pudo hacer más que temerle.

Otro más, y otro más, tantos que perdió la cuenta. Al principio buscó quitársela de encima, al tercero, terminó en el piso sollozando y emitiendo otro gemido lastimero al sentir aquel objeto rasgarle nuevamente la piel a pesar de traer pijama.

—¡Estás jodidamente loca! —gritó Alfredo, tomándola por la cintura y sacándola de ahí mientras pataleaba—. No tenías nada qué hacer aquí —bramó, saliendo con ella a cuestas.

—¡Ella! ¡Ella! ¡Ella! —vociferó por el pasillo pues, aunque cerraron su puerta, se pudo escuchar su voz hasta que entraron a su dormitorio. Anel, herida por dentro, resquebrajada en cada partícula de su esencia, intentó incorporarse, pero el dolor era tan intenso que se dejó caer, sintiéndose muerta en vida. Ahí, en el piso, pasó la noche con los ojos bien abiertos. Hecha un ovillo, sin querer seguir en este planeta, deseando con fervor que el suelo donde reposaba se abriera y la tragara, que valiera algo para su madre, que la volviera a querer, a aceptar, que no la odiara como lo hacía, que no la estuviera aniquilando como lo estaba logrando. Porque si cada palabra cortaba y abría hondas grietas

en su temple, en su amor, lo sucedido había sido como sentir que la enterraba viva.

Su alarma sonó al amanecer. Entumecida y sintiendo cómo cada herida se abría, se colocó algo encima buscando que no la lastimara, tenía una prueba importante a primera hora y no podía fallar. No tenía deseos de ir, de salir, pero si se quedaba estaba segura de que cometería una estupidez y no era esa clase de personas, no de forma consciente.

Le narró *grosso modo* lo ocurrido. Marcel la escuchó intrigado, sintiendo que le faltaba mucha información.

—¿Nadie acudió? ¿Tu hermana? ¿Por qué no le dices a tu tía?… No sé, An, pero… No puedes permitir que algo así vuelva a ocurrir, no está bien, ¿comprendes? Nadie, nunca, tiene derecho a lastimarte, jamás…

Lo observó de forma especial y es que él también de cierta manera era parte de ese dolor que la consumía.

—Es complicado, Marcel. Pero… Estaré bien, sé que algo debo hacer —admitió, pensando en qué.

Con ese tipo acechando no era tan sencillo alejarse porque, aunque se fuera de casa, él podría encontrarla y le prometió no hacer nada mientras viviera en ese sitio. No le creía del todo, pero no deseaba averiguar si lo haría. Pensaba en su padre nuevamente, o decirle, como Marcel proponía, todo a su tía. Pero si su madre sabía, si él se enteraba… No saldría tranquila a la calle, tenía dinero, mucho, y era consciente, de alguna manera, de que, si la deseaba, la tendría y eso la llenaba de pavor. Todo el tiempo se sentía viviendo en la orilla de la fachada de un edificio altísimo, escabulléndose, pegando su cuerpo a la pared para no caer, dando pasos pequeños para no permanecer en el mismo sitio, sola y en peligro constante si daba un mal paso, si se movía demasiado.

Escuchó al chico resoplar, ansioso, para luego acercase nuevamente y besar con delicadeza sus labios.

—Avisa, calentaré la comida.

Mientras le marcaba a su tía fingiendo voz serena lo observó hacer lo que decía. No tuvo problemas, la mujer se mostró dispuesta, además de divertida. No le veía nada malo a lo que hacía, y así lo demostraba con esas actitudes. Siempre liberal, feminista e incondicional de su familia. Solo le pidió que no fueran entre semana ese tipo de peticiones pues era más probable que hubiese un inconveniente debido a sus continuos viajes y de los cuales, la mayoría, su madre estaba al tanto.

Minutos después comieron en silencio pasta blanca y ensalada. No pudo ingerir mucho. Marcel se mostró complacido con su porción. En cuanto acabó, se ubicó a su lado, le tendió su mano con gesto tierno, y la guio de nuevo a la habitación.

—Ahora a dormir… Saldré a comprar algo que hace falta. Traeré el celular, pero tú cerrarás esos ojos y no quiero que los abras…, no en un buen rato, aquí nada malo pasará… *¿OK*?

Sonrió tímida, lo peor en cuanto a él ya había ocurrido y de eso Marcel no tenía la culpa. Se movió con cuidado, pues no hacía falta mucho esfuerzo para que las heridas calaran. No había salido de la recámara cuando ya se encontraba completamente perdida.

Una hora más tarde llegó con unas cuantas bolsas. Elegir ropa de mujer no era lo suyo, pero gracias a los coqueteos de la intendenta no le fue tan complicado. Ropa interior discreta, como la que solía usar, un pijama que aunque no hubiera deseado jamás usaría, tuvo que comprar, ahí hacía frío y Anel con ese flacucho cuerpo no era capaz de guardar calor suficiente, por lo que tiritaba con una facilidad asombrosa. Unos *jeans* oscuros, calcetines, un suéter blanco y encontró un par de blusas más que podrían agradarle y que decidió tener por cualquier cosa. Cepillo de dientes, y crema para cuerpo de la misma marca que vio que había llevado el fin de semana, además de un perfume y un pastel de tres leches.

Todo, menos la comida, lo dejó en su cuarto al entrar para verificar que, en primera, ahí se encontrara aún, y si era así, que estuviera dormida. Claro que lo hacía, ajena a todo, dulce, apacible. Ahí, sobre sus cobijas, acurrucada, con su gesto completamente relajado.

Después de recibir un par de llamadas de sus amigos y una más de Efrén recordándole el cumpleaños de su prima Blanca, una pequeña de diez años, el fin de semana, no tuvo mayor novedad.

Casi a las once, Anel abrió de nuevo los ojos. Marcel revisó las heridas complacido al verlas mejor, proponiéndole un baño. Pero, como era de esperarse, primero la obligó a merendar un plátano, zumo de uva y un trozo de pastel, el cual ella había visto sonriendo agradecida, apreciando el detalle de que lo recordara y, además, lo hubiese comprado. Después le mostró lo que había adquirido como si fuese cualquier cosa. Anel no supo qué decir, tampoco comprendió a qué venían tantas atenciones y salvo un poco de lástima; no se le ocurrió algo más. Pensarlo dolió, pero no veía otra razón y lo cierto era que ahí se sentía a salvo, su espíritu de alguna manera tomaba fuerzas y su ser se reconstruía lentamente.

Se duchó, se lavó los dientes y salió con esa dulce pijama que llevaba estampadas florecillas violetas en el pantalón y una grande en la blusa de manga larga, sintiéndose menos miserable, más serena. «La magia de la ducha», algunos le decían.

Marcel la observó desde donde se encontraba. Lucía preciosa, admitió para sí. Su carita más descansada, su cabello húmedo y suelto, mientras sonreía dulcemente agradecida. Asombrosamente lo que había comprado le quedó, eso lo hizo sentir aún mejor.

—Gracias —murmuró, avanzando hacia la cama, tocando levemente la blusa.

Él asintió, serio, ya dentro de los cobijas con la tableta en la mano. No hacía nada importante, en realidad tonteaba por la

red, pero sabía que, si no se ocupaba en algo, olvidaría el cómo se encontraba y saltaría sobre esa criatura que lo hacía hacer cosas que no haría por nadie, aun sabiéndolo en peores situaciones.

—Espero que no tengas problemas para dormir, chiquilla.

Anel se metió en la cama lentamente. No le dolían los golpes como en la mañana, aunque sí seguía sintiéndolos ahí, punzantes.

—Yo también…

Se acomodó de lado, observándolo mientras veía algo atento en su aparato. No lo entendía, no lograba comprender su proceder, lo cierto era que ese día sentía, paradójicamente, que podía volver a sonreír pese al caos emocional en el que se encontraba inmersa y del que trabajaba a mil por hora para salir.

Su vida era patética, tan oscura como un pozo del que había creído que no podría salir. Y, de pronto, aparecía él, tan extraño, tan hosco, y lo cambiaba todo. Vio, sin más, una luz tenue a lo lejos, la posibilidad de cambiar su futuro, su presente, su existencia.

No tenía ni la menor idea de cómo aferrarlo, cómo anclarse a esa esperanza pues sentía que jugueteaba con su cordura apareciendo y desapareciendo, pero lo cierto era que al fin veía algo en esa penumbra, algo que le daba indicios de una posibilidad. Cerró los ojos con su imagen encerrada en ellos y, sin más, volvió a perderse en la inconsciencia.

Por la mañana despertó mucho mejor. Ojeó el reloj con pereza, agradecida de encontrarse en ese sitio. Las once. ¡Dios! Se sentó aturdida. ¿Dónde estaba Marcel? Una nota en su buró captó su atención. La tomó al tiempo que prendía la lucecilla de la lámpara quejándose un poco de lo que el movimiento le había generado.

«No te vayas, regreso a medio día. Come lo que dejé en la cocina. Marcel».

No lo podía creer. Ni siquiera se percató de cuándo se había ido. Se tumbó en la cama de nuevo, perezosa. No solía faltar a

clases, lo cierto era que no tenía muchos ánimos. Ahí, acurrucada, se llevó su almohada a la nariz sonriendo bobalicona. A pesar de que su vida era tan triste, se sintió, en ese momento, importante para alguien, tranquila, en paz.

Sabía que el sentimiento era efímero, pero qué más daba, los últimos días habían sido tan aterradoramente espantosos, que ese momento de tranquilidad lo aceptaba de buena gana y con los brazos abiertos.

Ya no tenía sueño, y cómo tenerlo después de dormir tanto.

Al salir, notó que había movimiento, cautelosa anduvo por la estancia. Una mujer menuda la saludó con un ademán cordial. Anel respondió del mismo modo.

En la barra, sobre un pequeño mantel, se hallaba un emparedado, un poco de zumo, un plátano y otra nota. La tomó sonriendo de esa forma que solo alguien enamorada puede.

«Eso te lo comes sin problema, no quiero trampas, chiquilla».

Sacudió la cabeza riendo. Odiaba que le dijera así, pero tal parecía que a él le encantaba, la realidad era que la hacía sentir una niña y no deseaba que así la percibiera.

Se comió todo relajada, sin emplear mucho esfuerzo. Más tarde se dio un baño, limpió un poco las heridas, aunque no pudo del todo, pues estaban en zonas a las que no tenía fácil acceso y agarró la ropa que el día anterior le había llevado. Se la puso asombrada de que le quedara casi como la propia. Se dejó el cabello suelto después de desenredarlo y prendió el televisor de la habitación, que para ese momento ya estaba en orden gracias a la mujer del aseo. Cambiándole de canal los ojos se le volvieron a cerrar sin percatarse. Era tan sencillo descansar, comer, cuando todo era silencio, seguridad, tranquilidad.